

A decorative red flourish or symbol located in the top right corner of the page.

NORA ROBERTS

La mujer de Sullivan



Colin Sullivan estaba dispuesto a realizar la obra definitiva de su carrera teniendo a Cassidy St. John como modelo. Pintarla, con su pasión por la vida y aquella belleza que le cautivaba, representaría todo un desafío.

Pero, cuando la tuvo día tras día frente a él, comprendió que el auténtico desafío no sería capturar su imagen, sino su corazón.



Nora Roberts

La mujer de Sullivan

ePub r1.0

Titivillus 26-09-2018

Título original: *Sullivan's Woman*
Nora Roberts, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Cassidy esperó. La señora Sommerson lanzó el tercer vestido que rechazaba a sus brazos.

—Simplemente, no me gusta —musitó la señora Sommerson mirando con el ceño fruncido un vestido de lino azul oscuro.

Tras un momento de consideración, aquel vestido se sumó a la pila que cargaba Cassidy en brazos. Aun así, la dependienta intentó no perder la paciencia.

Tres meses después de comenzar a trabajar en The Best Boutique, tenía la sensación de que había aprendido a ser paciente, pero no había sido fácil. Obedientemente, siguió a la corpulenta señora Sommerson a otro de los expositores de vestidos. Al cabo de veinte minutos de permanecer a su lado como si fuera un perchero, pensó que aquella paciencia que tan duramente había adquirido estaba seriamente dañada.

—Me probaré este —anunció por fin la señora Sommerson, y se dirigió hacia los probadores.

Musitando pasar sí, Cassidy comenzó a colgar los vestidos descartados.

Se apretó una de las horquillas que llevaba en el pelo con un gesto de irritación. Julia Wilson, la propietaria de la tienda, era muy estricta en todo lo referente a la limpieza y el orden. No permitía que cayera un solo pelo por los hombros de sus empleadas. Era una mujer ordenada, disciplinada y falta de imaginación, concluyó

Cassidy, y arrugó la nariz mirando el vestido de lino azul. Desgraciadamente, Cassidy era una persona desorganizada, imaginativa y no demasiado ordenada. Su pelo era el epítome de su personalidad. Tenía matices rubios y castaños que se fundían en un tono similar al del dorado de un cuadro antiguo. Era una melena larga y tupida que protestaba al verse constreñida a los confines impuestos por las horquillas que continuamente se le resbalaban. Al igual que la propia Cassidy, su melena era ingobernable y tozuda, pero también suave y fascinante.

De hecho, había sido el atractivo poco convencional de Cassidy el que había favorecido su contratación. La experiencia no figuraba entre sus cualificaciones para el trabajo. Julia Wilson había reconocido en ella una publicidad en potencia para su mercancía. Sabía que, en un cuerpo alto y esbelto como el de Cassidy, resaltarían los colores intensos y el estilo de su línea más atrevida. Indudablemente, su rostro también era un extra. Julia no estaba segura de que pudiera describírsele como bella, pero sabía que tenía una cara llamativa. Era una mujer de facciones marcadas y angulosas, innegablemente aristocráticas. Las cejas se arqueaban sobre unos ojos rasgados, unos ojos que parecían enormes en un rostro estrecho y eran de un color sorprendentemente violeta.

Julia había visto en el rostro, el tipo y la bien modulada voz de Cassidy todas las referencias que necesitaba para el trabajo, pero había insistido en que se recogiera el pelo. Cuando lo llevaba suelto, imprimía una sensualidad excesiva a sus facciones aristocráticas. Apreciaba la juventud de Cassidy, su inteligencia y su energía. Sin embargo, poco después de contratarla, había descubierto que no era tan moldeable como su edad sugería. Tenía, pensaba Julia, una desafortunada tendencia a olvidar cuál era su lugar y a mostrarse excesivamente amistosa con las clientas. En más de una ocasión, la había visto hacer alguna pregunta impertinente o dar un consejo innecesario. De vez en cuando, sonreía como si estuviera disfrutando de una broma secreta. Y a menudo, demasiado a

menudo, de hecho, soñaba despierta. Julia había comenzado a tener serias dudas sobre la idoneidad de Cassidy para el puesto.

Después de devolver a su lugar los vestidos que la señora Sommerson había descartado, Cassidy se dirigió a los probadores. Desde allí podía oír el débil susurro de las telas. Al estar ociosa, su mente hizo lo que hacía invariablemente cuando tenía oportunidad: voló hacia el manuscrito que estaba esperándola sobre el escritorio de su apartamento.

Hasta donde le alcanzaba la memoria, escribir siempre había sido su sueño. Durante los cuatro años de universidad, había estudiado seriamente el oficio. A los diecinueve años, se había quedado sin familia y con muy poco dinero, de modo que, mientras aprendía la disciplina y el arte de la profesión elegida, había tenido que aceptar todo tipo de trabajos. Entre los estudios y el trabajo, Cassidy apenas había disfrutado de tiempo libre. Y había renunciado incluso a esos escasos ratos para trabajar en su novela.

Para Cassidy, escribir no era un trabajo, sino una vocación. Había orientado toda su vida hacia ese objetivo, dejando apenas espacio para otro tipo de ataduras. La gente le fascinaba, pero había pocas personas con las que tuviera una relación estrecha. Le gustaba escribir sobre relaciones complicadas, pero apenas tenía conocimientos de primera mano sobre el tema. Lo que daba calidad y profundidad a su trabajo era su aguzado talento para la observación y la extraordinaria profundidad de sus sentimientos. Durante gran parte de su vida, había podido volcar esos sentimientos en su obra.

En aquel momento, un año después de su graduación, continuaba aceptando todo tipo de trabajos para pagar el alquiler. Su primer manuscrito continuaba yendo de editorial en editorial, mientras que el segundo iba cobrando vida lentamente.

Cuando la señora Sommerson abrió la puerta del probador, la mente de Cassidy estaba completamente absorta en la reelaboración de una escena dramática. Al ver a Cassidy frente a

ella con actitud sumisa, asintió con gesto de aprobación. Incluso pareció pavonearse.

—Este me queda muy bien, ¿no te parece?

La elección de la señora Sommerson era un vestido de color rojo fuego. El color, advirtió Cassidy, resaltaba su cutis rubicundo, pero hacía un bonito contraste con su melena negra. En realidad, el vestido le habría quedado mucho mejor si la señora Sommerson hubiera sido un poco más delgada, pero, aun así, Cassidy le veía posibilidades.

—Atraerá muchas miradas, señora Sommerson —le dijo tras un momento de consideración.

Con algunos accesorios, decidió, la señora Sommerson podría tener un aspecto magnífico. Sin embargo, la seda se tensaba sobre sus anchas caderas. Necesitaría una faja bien firme, diagnosticó, o una talla mayor.

—Creo que tenemos una talla mayor —musitó, pensando en voz alta.

—¿Perdón?

Cassidy estaba tan concentrada en sus pensamientos que no se fijó en el peligroso arqueamiento de cejas de la clienta.

—Una talla más —repitió amablemente—. Este le queda un poco ajustado en las caderas. Una talla más le quedará perfectamente.

—Esta es mi talla, jovencita —el enorme pecho de la señora Sommerson se elevó y cayó de nuevo al ritmo de su respiración.

Concentrada en resolver el problema de los accesorios, Cassidy sonrió y asintió.

—Yo diría que quedaría bien una gargantilla de oro —se dio unos golpecitos con el dedo en el labio inferior—. Ahora, déjeme ir a buscar un vestido de su talla.

—Esta —insistió la señora Sommerson en un tono que atrajo toda la atención de Cassidy— es mi talla.

Cada una de las sílabas que pronunciaba parecía hervir de indignación. Al reconocer su error, Cassidy sintió que se le hundía el estómago. ¡Uf!, dijo para sí, e intentó poner en juego todo su

ingenio. Pero, antes de que pudiera comenzar a tranquilizar a la señora Sommerson, Julia apareció tras ella.

—Una excelente elección, señora Sommerson —dijo con su modulada voz de contralto.

Con una educada sonrisa, desvió la mirada de su clienta a Cassidy y miró de nuevo a la señora Sommerson.

—¿Hay algún problema?

—Esta jovencita —la señora Sommerson volvió a suspirar con fuerza— insiste en que me he confundido de talla.

—¡Oh, no, señora! —protestó Cassidy, pero se calló en cuanto Julia arqueó una ceja perfectamente depilada en su dirección.

—Estoy segura de que lo que la señorita St. John quería decirle es que, en este estilo en particular, el corte es un poco diferente. Las tallas no responden a las habituales.

Debería habersele ocurrido algo así, admitió Cassidy para sí.

—Bueno —la señora Sommerson aspiró sonoramente y miró a Cassidy con desaprobación—, podría haberlo dicho así, en vez de sugerir que era yo la que necesitaba otra talla. Realmente, Julia —se volvió de nuevo hacia el probador—, deberías preparar mejor a tus empleadas.

Los ojos de Cassidy parecieron despertar y agrandarse ante aquel tono. Miró las costuras de la seda roja protestando sobre el voluminoso trasero de la señora Sommerson. Pero la rápida mirada con la que la fulminó Julia acalló su respuesta.

—Iré a buscarle el vestido, señora Sommerson —intentó tranquilizarla Julia, volviendo a adoptar su amable sonrisa—. Estoy segura de que le quedará perfecto. Espérame en mi despacho, Cassidy —añadió en voz más baja antes de alejarse.

Cassidy observó a Julia marcharse con el corazón hundido. Reconocía demasiado bien aquel tono. Tres meses, pensó, y suspiró. Bueno, dirigió una última mirada a la señora Sommerson y cruzó el pasillo para dirigirse al pequeño y elegantemente decorado despacho de Julia.

Recorrió con la mirada aquella habitación cuadrada y sin ventanas y se decidió por una silla de respaldo recto y tapizada en color bronce. Había sido allí, recordó, donde la habían contratado. Y era allí donde iban a despedirla. Volvió a colocarse una horquilla que estaba fuera de lugar y frunció el ceño. En cuestión de minutos, entraría Julia, arquearía la ceja izquierda y se sentaría tras su bonito escritorio de madera de palo de rosa. La miraría un momento, se aclararía delicadamente la garganta y empezaría a decir:

—Cassidy, eres una joven encantadora, pero no pones el corazón en el trabajo.

—Señora Wilson —se imaginó diciendo a sí misma—. La señora Sommerson no puede llevar una talla catorce. Era...

—Por supuesto que no —imaginó a Julia interrumpiéndola con una paciente sonrisa—. Jamás se me ocurriría vendérsela, pero... —seguramente, levantaría entonces uno de sus largos dedos para dar más énfasis a sus palabras—, no podemos poner freno a sus ilusiones y a su vanidad. El tacto y la diplomacia son esenciales en una vendedora, Cassidy. Y me temo que todavía tienes que aprender a desarrollar esas cualidades. En una tienda como esta — Julia posaría la mano en la superficie del escritorio—, debo poder confiar sin reservas en mis empleadas. Por supuesto, si este fuera el primer incidente, podría pasarlo por alto, pero...

Llegados a ese punto, Julia se detendría antes de suspirar suavemente y continuar:

—La semana pasada le dijiste a la señorita Teasdale que con el vestido de crepé negro parecía que estaba de luto. Esa no es la mejor manera de vender nuestra mercancía.

—No, señora Wilson —Cassidy decidió que se mostraría de acuerdo y adoptaría una expresión de disculpa—. Pero con el pelo de la señorita Teasdale y su cutis...

—Tacto y diplomacia —reiteraría Julia con el dedo levantado—. Podrías haber sugerido que el color azul marino quedaría mejor con sus ojos, o que el rosa resaltaría su cutis. Debemos mimar a nuestra clientela mientras vendemos nuestra mercancía. Toda mujer que

salga por esa puerta debe sentir que acaba de comprar algo especial.

—Lo comprendo, señora Wilson. Odio ver a alguien llevándose una prenda que no le queda bien. Por eso...

—Tienes un buen corazón, Cassidy —Julia le dirigiría una sonrisa maternal y después prescindiría de sus servicios—. Simplemente, no tienes talento para vender, o, al menos, el nivel de talento que yo exijo. Por supuesto, te pagaré toda la semana y te daré buenas referencias. Eres una persona rápida y en la que se puede confiar. Quizá podrías intentar trabajar en unos grandes almacenes.

Cassidy arrugó la nariz al imaginar aquella escena, pero suavizó sus facciones en cuanto la puerta se abrió. Julia la cerró con cuidado, arqueó la ceja izquierda y se sentó tras su escritorio de madera de palo de rosa. Estudió a Cassidy un momento antes de aclararse la garganta con delicadeza.

—Cassidy, eres una joven encantadora, pero...

Cassidy alzó los hombros y los dejó caer con un suspiro.

Una hora después y sin empleo, vagaba por el muelle, disfrutando del alegre bullicio y del ambiente de feria. Adoraba aquel batiburrillo de olores, sonidos y colores. En aquel lugar siempre había gente. Allí estaba la vida, con sus sabores siempre cambiantes. San Francisco respondía al concepto que Cassidy tenía de una ciudad perfecta, pero el muelle, el Fisherman's Wharf, era para ella como el final del arcoíris. El lugar en el que la fantasía y la realidad iban de la mano.

Paseó entre los puestos, contemplando con aire ausente las baratijas que ofrecían, acariciando pañuelos de seda recientemente importados y absorbiendo olores. Pero era la bahía lo que realmente la atraía. Avanzó caminando lentamente hacia allí mientras la tarde daba paso a la noche. El olor a pescado dominaba el aire. Y bajo él se percibía el olor a cebolla, a especias y a humanidad.

Oyó a los vendedores gritar sus ofertas y observó mientras seleccionaban un centollo y lo metían en un caldero de agua

hirviendo. El muelle estaba bordeado de restaurantes y abarrotado de tiendas. Su ambiente era vagamente destartado e incluso un tanto chabacano, pero sin complejos. Cassidy lo adoraba. Era un mundo antiguo, amable y satisfecho consigo mismo.

Mordisqueando un *pretzel* caliente, fue pasando por los puestos de orejas de mar y centollos vivos. Comenzaban a correr los jirones de niebla a sus pies y el sol se hundía en el horizonte. Cuando empezó a levantarse la brisa marina, agradeció la chaqueta de color ciruela que llevaba.

Aunque no hubiera conseguido nada más, por lo menos había podido comprarse ropa bonita con un buen descuento. Cassidy frunció el ceño y le dio un generoso mordisco a su *pretzel*. Si no hubiera sido por las caderas de la señora Sommerson, todavía tendría trabajo. Al fin y al cabo, había puesto todo su interés. Enfadada, se quitó las horquillas y las tiró en la primera papelera que encontró. La melena cayó por sus hombros en una larga cascada de rizos. Suspiró aliviada.

Masticó con agresividad y se dirigió a la zona que estaba frente al mar. Necesitaba aquel trabajo. Realmente, necesitaba aquel estúpido trabajo. La depresión amenazaba con hacerse presente mientras caminaba entre los botes amarrados en el muelle. Empezó a repasar mentalmente sus finanzas. Tenía que pagar el piso la semana siguiente y necesitaba otra resma de papel para la máquina de escribir. Según sus precarios cálculos, podría cubrir ambos gastos si no ponía excesivo énfasis en la comida durante los siguientes días.

No sería la primera escritora que tenía que apretarse el cinturón en San Francisco. Y, en cualquier caso, los cuatro grupos de alimentos básicos estaban sobrevalorados. Se encogió de hombros y terminó el *pretzel*. Aquella sería su última comida completa durante algún tiempo. Sonriendo, hundió las manos en los bolsillos y caminó hasta la barandilla del borde del muelle.

La niebla iba envolviendo la bahía como un fantasma gris. Se acercaba a la tierra y parecía ir engullendo el agua en su camino.

Era una niebla fina aquella noche, llena de huecos, no la niebla espesa que a menudo envolvía la bahía y cegaba la ciudad. Hacia el este, el sol se hundía en el mar y lanzaba llamaradas sobre el borde del agua. Cassidy esperó hasta que desapareció el último resplandor dorado. La luna comenzaba a elevarse en el cielo. Se sentía llena de optimismo, de suerte y de fe. Creía en el destino. Y su destino, sentía, era escribir. La venta de artículos y de algún que otro cuento a revistas le permitía mantener vivo su sueño. Durante los cuatro años de universidad, su vida había girado alrededor de la obra perfecta. Los trabajos le proporcionaban un techo para vivir, pero no significaban nada más. Las citas solo se las permitía cuando le dejaba su horario y habían sido siempre informales. Hasta entonces, no había conocido ningún hombre que le hubiera interesado lo suficiente como para hacerla desviarse del camino elegido. En su proyecto no había curvas ni rodeos.

La pérdida de trabajo supondría una distracción temporal. A pesar de que comenzaba a oscurecer y las luces del muelle empezaban a titilar, su humor iba mejorando por momentos. Era joven y fuerte.

Ya aparecería algo, decidió mientras se inclinaba sobre la barandilla. Las olas golpeaban suavemente el casco de un bote de pesca que tenía a su lado. En realidad, no necesitaba mucho dinero. Se conformaría con cualquier trabajo. No estaría mal trabajar como dependienta en unos grandes almacenes. O, a lo mejor, en una tienda de electrodomésticos. Debía de ser difícil hacer mella en la vanidad de alguien vendiéndole una tostadora. Complacida con aquel pensamiento, Cassidy dejó de lado sus preocupaciones y observó cómo iba acercando la niebla sus largos tentáculos hacia ella.

Cuando se levantó la brisa, se enfrió el ambiente. Dejó que la envolviera, que agitara su pelo y despertara su piel. Los sonidos de los puestos se alejaban, amortiguados por la niebla. Ya era casi de noche. Oyó un pájaro cantar mientras se elevaba en el cielo y levantó la cara para observarlo. El primer rayo de la luna bañó su

rostro. Sonrió, permitiéndose soñar un poco. Y contuvo bruscamente la respiración al sentir una mano en el hombro. Antes de que hubiera podido emitir ningún sonido, se descubrió mirando el rostro de un desconocido.

Era un hombre alto, con el rostro enjuto y rodeado de rizos. Su mente trabajaba a toda velocidad intentando categorizar aquel rostro y rechazó el adjetivo «atractivo» a favor de «peligroso». A lo mejor fueron la sorpresa, la niebla y el cielo cada vez más oscuro los que hicieron que fuera aquel el adjetivo que acudió a su mente. Pero, pensó, mientras alzaba el rostro hacia él, sus facciones eran más propias de Barbary Coast que de la zona del muelle. Tenía unos ojos de color azul intenso bajo unas cejas oscuras y se adivinaba una frente ancha entre sus rizos. Tenía la nariz larga y recta, la boca llena y un hoyuelo en la barbilla. Los vaqueros de color negro y el jersey, del mismo color, acentuaban su complexión delgada. Cuando pasó la sorpresa inicial, Cassidy se aferró con fuerza al bolso y cuadró los hombros.

—Solo tengo diez dólares —le advirtió, haciendo un esfuerzo por mantener la barbilla en alto—. Y los necesito tanto como tú.

—No digas nada —la ordenó cortante, y entrecerró los ojos.

Había una extraña intensidad en su rostro, en su mirada escrutadora, que la hizo estremecerse. Cuando la agarró por la barbilla, Cassidy perdió todo el valor. Sin decir nada, movió la cabeza de un lado al otro mientras él continuaba mirándola con absoluta concentración. Tenía una mirada hipnótica. Le observó sin decir nada mientras él fruncía el ceño. Había un punto de especulación en su mirada. Cassidy intentó apartarse.

—No te muevas, ¿de acuerdo? —le pidió.

Su voz tenía un tono de enfado y la sujetaba con firmeza.

Cassidy tragó saliva.

—Ahora, escúchame —le dijo ella con aparente calma—. Soy cinturón negro de kárate y, si intentas molestarme, te romperé los brazos.

Mientras hablaba, miraba por encima de los hombros de su agresor y descubrió consternada que las luces del restaurante habían quedado ocultas bajo la niebla. Estaban solos.

—Puedo partir un tablón con solo una mano —añadió al ver que la expresión de su agresor no registraba el terror y el respeto que esperaba.

Advirtió que aumentaba la firmeza de los dedos con los que la sujetaba la barbilla y que, a pesar de su delgadez, era un hombre de hombros anchos.

—Y puedo gritar con todas mis fuerzas —continuó—. Así que será mejor que te vayas.

—Perfecto —musitó él, y deslizó el dedo pulgar por la mandíbula de Cassidy. A ella le latía con fuerza el corazón—. Absolutamente perfecto. Sí, servirá.

De pronto, toda la intensidad desapareció de los ojos del desconocido. Sonrió, y la transformación fue tan rápida, tan sorprendente, que Cassidy se le quedó mirando fijamente.

—¿Por qué querrías hacerlo?

—¿Hacer qué? —preguntó Cassidy asombrada por aquella transformación.

—Partir un tablón con una sola mano.

—¿Qué? —repitió. Había olvidado ya su propia mentira. Frunció el ceño confundida—. ¡Ah! Bueno, para practicar. Tienes que concentrarte en el tablón, creo, así que...

Se interrumpió, repentinamente consciente de que estaba en un muelle desierto en medio de la niebla, manteniendo una conversación absurda con un loco que la tenía agarrada por la barbilla.

—Será mejor que me sueltes antes de que haga algo drástico.

—Eres exactamente lo que estaba buscando —le dijo él, pero no dio ninguna muestra de tener intención de aceptar su sugerencia.

Cassidy advirtió entonces que tenía un ligero acento que sugería un origen diferente, pero no se detuvo a analizar de dónde podía ser.

—En fin, lo siento, pero no me interesa. Tengo un marido que juega de defensa con los 49ers. Mide más de dos metros, pesa casi cien kilos y es muy celoso. Llegará de un momento a otro. Ahora déjame irme y te daré los malditos diez dólares que tengo.

El desconocido volvió a fruncir el ceño. Con la niebla arremolinándose tras él, parecía más fiero. Arqueó una ceja bruscamente, haciéndola desaparecer bajo sus rizos.

—¿Crees que quiero atracarte? —un relámpago de irritación cruzó su rostro—. Querida niña, no quiero ni quitarte diez dólares ni acabar con tu honor. Voy a pintarte, no a violarte.

—¿A pintarme? —Cassidy le miró intrigada—. ¿Eres pintor? No lo pareces —pensó en sus facciones de pirata—. ¿Qué clase de pintor eres?

—Un pintor excelente —contestó tranquilamente, y le inclinó la cabeza ligeramente hacia arriba para que la iluminara la luna—. Un pintor famoso, con mucho talento, y muy temperamental.

Esbozó una encantadora sonrisa, Cassidy reconoció entonces su acento irlandés, y respondió a ambas cosas.

—Estoy absolutamente impresionada —confesó.

Evidentemente, era un loco, pero un loco atractivo. Se olvidó entonces de su miedo.

—Por supuesto que lo estás —dijo él, y la hizo volver la cabeza para observar su perfil izquierdo—. Es lógico.

Por fin le soltó la barbilla, pero Cassidy continuó sintiendo el cosquilleo de sus dedos en la piel.

—Tengo una casa flotante a las afueras de la ciudad. Iremos allí para que pueda hacer algunos bocetos esta noche.

A Cassidy se le iluminó la mirada con recelosa diversión.

—¿No se supone que lo que se dice en estos casos es que me invitas a tomar café en tu casa, o esta es una variación del tema?

Cassidy había dejado de considerarle peligroso. Era, solamente, persistente.

El desconocido suspiró y Cassidy vio el enfado que mostró de nuevo su rostro.

—Al parecer, solo tienes una cosa en la cabeza —dijo para sí—. Escucha, ¿cómo te llamas?

—Cassidy —contestó automáticamente—. Cassidy St. John.

—¡Oh, no! Así que eres medio irlandesa y medio inglesa. Bueno, con eso vamos a tener problemas.

Hundió las manos en los bolsillos. Su mirada parecía decidida a conocer hasta el último milímetro de su rostro.

—Cassidy, yo no necesito tus diez dólares y no tengo ninguna intención de mancillar tu virtud. Lo que quiero es tu rostro. Tengo un cuaderno de bocetos en mi casa.

—No iría ni a la casa flotante de Miguel Ángel en el caso de que él me lo pidiera.

Cassidy relajó la presión con la que sujetaba su bolso y se apartó el pelo de los hombros. Aunque el pintor hizo un sonido de exasperación, ella sonrió.

—De acuerdo —Cassidy sintió la impaciencia del pintor mientras este volvía la cabeza hacia atrás—. Antes tomaremos un café en un restaurante lleno de gente y bien iluminado, ¿te parece bien? Si intento alguna cosa inadecuada, puedes romper la mesa con tu famosa mano para llamar la atención.

Cassidy sonrió con labios temblorosos.

—Creo que eso sí podría aceptarlo.

Antes de que pudiera decir nada más, el pintor la agarró de la mano y tiró de ella hacia la zona de los restaurantes. Cassidy sintió una extraña intimidad en aquel gesto, acompañada de una sensación de absoluto control y determinación por parte de él. Era un hombre, decidió, que no aceptaba un no por respuesta. Caminaba con paso rápido. Cassidy se preguntó si siempre tendría prisa. Su zancada era larga y ágil.

La condujo hacia un café pequeño y un tanto lúgubre y buscó una mesa. En cuanto estuvieron sentados, volvió a fijar en ella su intensa mirada. Sus ojos, advirtió Cassidy, eran incluso más azules de lo que le habían parecido en la oscuridad. El tono bronceado de su piel y sus pestañas tupidas y negras acentuaban su oscuridad.

Se miraron a los ojos mientras ella se preguntaba qué clase de hombre viviría tras aquel azul tan increíble. La llegada de la camarera interrumpió su reflexión.

—¿Qué van a tomar?

—¡Oh! Un café —contestó al ver que su acompañante no decía nada y no dejaba de mirarla fijamente—. Dos cafés.

Cuando la camarera se fue, Cassidy se volvió de nuevo hacia él.

—¿Por qué me miras así? —preguntó. Le irritaba que sus nervios respondieran a aquella mirada—. Estás siendo muy grosero —señaló—. Además, me distraes.

—Esta luz es pésima, pero por lo menos es mejor que la niebla. No frunzas el ceño —le pidió—. Te sale una arruga aquí —antes de que Cassidy hubiera podido moverse, ya estaba deslizando el dedo entre sus cejas—. Tienes un rostro increíble. No puedo decidir si los ojos son una ventaja o un inconveniente. Uno tiende a desconfiar del violeta.

Cassidy todavía estaba intentando digerir aquello cuando la camarera llegó con el café. El pintor alzó la mirada, sacó un lápiz del bolsillo y le dirigió una de sus luminosas sonrisas.

—Solo necesito unos minutos. Tómate el café. Relájate —le ordenó con un gesto despreocupado—. Esto no te va hacer ningún daño.

Cassidy obedeció mientras él comenzaba a dibujar en el mantelito de papel que tenía frente a él.

—¿Tienes un trabajo del que debemos preocuparnos o tu marido ficticio te mantiene con sus hazañas futbolísticas?

—¿Cómo sabes que es ficticio? —le contradijo Cassidy y desvió la mirada de su rostro.

—De la misma forma en la que creo que tendrías problemas muy serios para hacer una llave de kárate —continuó dibujando—. ¿Tienes trabajo?

—Me han despedido esta tarde —musitó con la mirada fija en el café.

—Eso lo simplifica todo. No frunzas el ceño. No soy un hombre paciente. Te pagaré la tarifa habitual —alzó la mirada cuando Cassidy arqueó las cejas—. Lo que tengo en mente no debería llevarme más de dos meses, si todo va bien. No te asombres tanto, Cassidy, mis intenciones son honorables desde el principio. Ha sido solo tu escabrosa imaginación...

—No tengo una imaginación escabrosa —replicó indignada. Cambió de postura. Sentía las mejillas ardiendo—. Cuando de repente aparece alguien en medio de la niebla con aire amenazador y te agarra...

—¿Amenazador? —la interrumpió. El pintor dejó de dibujar durante el tiempo suficiente como para dirigirle una seca mirada—. No creo que haya agarrado a nadie de forma amenazadora esta noche.

—Pues desde mi punto de vista, sí que has sido amenazador —gruñó antes de beber un sorbo de café.

Bajó la mirada hacia el dibujo, dejó la taza y abrió los ojos con sorprendida admiración.

—¡Es maravilloso!

Había sabido capturar la esencia de su rostro en unos cuantos trazos. Cassidy no solo vio la forma de su pelo sino una expresión que reconoció como esencialmente suya.

—Es realmente maravilloso —repitió mientras empezaba otro dibujo—. Tienes mucho talento. Pensaba que estabas alardeando.

—Soy un hombre sincero —murmuró mientras movía el lápiz sobre el papel.

Al reconocer la calidad de su trabajo, el entusiasmo de Cassidy creció. Su mente corría a toda velocidad. Tener trabajo durante dos meses sería una bendición de los dioses. Para cuando acabara, habría tenido ya noticias de la editorial que estaba estudiando su manuscrito. ¡Dos meses sin vender tostadoras! De esa forma tendría las tardes y las noches libres para trabajar en su segunda novela. Los beneficios comenzarían a llegar y a multiplicarse. El

destino debía de haberle enviado a la señora Sommerson aquella tarde.

—¿De verdad quieres que pose para ti?

—Eres exactamente lo que necesito.

Su actitud indicaba que el asunto ya estaba resuelto. El segundo boceto estaba ya prácticamente acabado. Y su café, que no había tocado, enfriándose.

—Quiero que empieces mañana por la mañana. A las nueve sería buena hora.

—Sí, pero...

—Déjate el pelo suelto y no te maquilles porque te haré lavarte la cara. Si quieres, puedes pintarte un poco los ojos, pero poco más.

—Todavía no he dicho que...

—Necesitarás mi dirección, supongo —continuó, ignorando sus protestas—. ¿Conoces bien la ciudad?

—Nací aquí —contestó con un gesto de superioridad—. Pero yo...

—Bueno, en ese caso, no deberías tener ningún problema para encontrar mi estudio.

Garabateó una dirección en el mantelito de papel, alzó bruscamente los ojos y la miró fijamente.

Se quedaron mirándose el uno al otro en medio del tintineo de cubiertos y platos y el murmullo de las conversaciones. Cassidy no era capaz de definir lo que sintió en ese breve instante, pero sabía que era algo que no había experimentado jamás. Después, a la misma velocidad a la que había ocurrido, desapareció. El pintor se levantó, dejándola con la sensación de haber corrido una larga carrera en muy poco tiempo.

—A las nueve en punto —se limitó a decir.

Después, como si se le hubiera ocurrido en ese momento, dejó un billete sobre la mesa para pagar los cafés y se marchó sin decir palabra.

Cassidy alargó la mano para agarrar el mantelito con los bocetos y la dirección. Estudió durante algunos segundos su rostro tal como

el pintor lo había visto. ¿De verdad tenía la barbilla de aquella forma?, se preguntó mientras se la tocaba con el índice y el pulgar. Recordó la mano del pintor sosteniéndola con precisión de la misma forma. Se encogió de hombros, dejó caer la mano y dobló cuidadosamente el mantelito con los retratos y la dirección. No le haría ningún daño ir al estudio del pintor al día siguiente por la mañana, decidió mientras se lo guardaba en el bolso. Podía echar un vistazo al estudio y decidir después si quería posar o no posar para él. Si tenía alguna duda, lo único que tenía que hacer era decirle que no y marcharse. Cassidy recordó su actitud dominante y frunció el ceño. Lo único que tendría que hacer, se repitió con firmeza, sería decir que no y marcharse. Con ese pensamiento en la cabeza, se levantó y salió con paso decidido del café.

Capítulo 2

La mañana era luminosa y con un calor que prometía aumentar antes de que llegara la tarde. Cassidy se vistió de manera informal, sin estar muy segura de cuál sería el atuendo de rigor para la modelo de un pintor. Unos vaqueros y una blusa blanca de manga larga le parecieron una opción apropiada. Tal como le había pedido el pintor, se dejó el pelo suelto y el maquillaje que se puso fue tan ligero que apenas se notaba. Todavía tenía que decidir si posaría o no para aquel desconocido tan interesante que la había encontrado en medio de la niebla, pero sentía suficiente curiosidad como para ir a la cita.

Con la dirección en la libreta que guardó en el bolso, Cassidy agarró el tranvía que la llevaría al centro de la ciudad. La dirección del pintor le había sorprendido, puesto que pertenecía a una de las zonas más exclusivas de la ciudad. Sin saber muy bien por qué, esperaba que tuviera el estudio en North Beach, cerca de donde ella vivía, una zona de ambiente informal y bohemio. Pintores, escritores y músicos habitaban habitualmente la zona, manteniendo su sabor. Cassidy se preguntó si el pintor en cuestión no tendría algún cliente que le pagara el estudio. No encajaba en la idea que tenía ella de un pintor. Por lo menos hasta que le había visto las manos. Quizá fueran las manos más bonitas que había visto en su vida, recordó Cassidy, unas manos largas y estrechas de dedos ágiles. Se adivinaban los huesos bajo la superficie. Eran unas manos

sensibles. Y fuertes, añadió al recordar la sensación de aquellas manos sobre su piel.

Recordaba nítidamente su rostro y estuvo pensando en su imagen durante varios segundos. Había algo en él que despertaba en ella un vago recuerdo, pero no era capaz de concretarlo. En cualquier caso, era un rostro único en su descarnado atractivo. Pensó que, si ella fuera pintora, sería un rostro que se sentiría impulsada a pintar. Tenía unos huesos bonitos, sombras y secretos, dominado todo ello por unos aterradores ojos azules.

Las campanas del tranvía sonaron, sacando a Cassidy de su ensimismamiento. Qué tonta era, pensó, alzando el rostro hacia la brisa. Ni siquiera sabía cómo se llamaba y ya estaba obsesionada con su rostro. Se suponía que era él el que tenía que estar obsesionado con el suyo, y no al revés. Saltó del tranvía y subió a la acera. Revisó los números de los portales, buscando la dirección. No se había equivocado, pensó, admirada por el alto nivel del barrio.

Aun así, al igual que toda la ciudad, era una mezcla fascinante de elementos exóticos y cosmopolitas, prácticos y románticos. La doble personalidad de San Francisco estaba tan presente allí como en Chinatown o en Telegraph Hill. Había una mezcla constante de lo permanente y lo revolucionario. Se podía oír el sonido metálico del viejo tranvía al tiempo que se contemplaba un rascacielos de acero y cristal radicalmente nuevo.

Hacía un día soleado y cálido y el cuerpo de Cassidy lo disfrutó mientras su mente repasaba el argumento de la novela que tenía sobre el escritorio de su casa. Volvió a prestar atención al presente cuando llegó al número correspondiente a la dirección que llevaba en el bolso. La miró con el ceño fruncido.

The Gallery. Cassidy volvió a mirar el número buscando confirmación y frunció el ceño. Había visitado aquella sala de exposiciones unos meses antes y recordaba perfectamente el momento en el que la habían abierto cinco años atrás. Desde el día de su inauguración, había ganado una envidiable reputación como una de las mejores galerías del país. Una exposición en The Gallery

podía catapultar la carrera de un artista o relanzar la de un veterano. Era sabido cómo expertos y conocedores pasaban por aquella sala de exposiciones para admirar, criticar o, sencillamente, ser vistos. Al igual que otros muchos lugares de la ciudad, era una combinación de lo elegante y lo poco convencional. La arquitectura del edificio era sencilla y sin pretensiones mientras que en el interior ocultaba un tesoro de cuadros y esculturas. Cassidy también sabía que uno de los pintores de la galería era Colin Sullivan. Intentó recordar lo que había leído sobre él y comenzó a ordenar la escasa información de la que disponía.

Como inmigrante irlandés, llevaba viviendo en Estados Unidos más de quince años. Su carrera como pintor había despegado cuando apenas tenía veinte. Normalmente, pintaba al óleo y era un pintor único en el uso de la luz y de las sombras. Tenía fama de ser impaciente y brillante. Tendría poco más de treinta años, estaba soltero, aunque había tenido relaciones sentimentales con algunas mujeres, entre otras, una princesa y una primera figura del *ballet*. Sus cuadros se vendían por unas sumas exorbitantes y rara vez aceptaba encargos. Pintaba por placer, y pintaba bien. Mientras permanecía al calor del sol de la mañana, intentando conectar toda aquella información, Cassidy se acordó de por qué el rostro del artista le resultaba familiar. Había visto su fotografía en el periódico cuando había abierto la galería cinco años atrás. Colin Sullivan.

Dejó escapar el aire que estaba conteniendo y alzó las manos para controlar su melena. ¡Colin Sullivan iba a pintarla! Un pintor que se había negado rotundamente a pintar el retrato de una de las reinas de Hollywood. Y, sin embargo, quería pintar a Cassidy St. John, una escritora desempleada cuyo mayor triunfo hasta la fecha había sido publicar un cuento en una revista. Recordó de pronto que había llegado a pensar que Colin era un atracador, las cosas absurdas que le había dicho, y que incluso había tenido la audacia de decirle que sus bocetos eran buenos. Enfadada y humillada, se mordió el labio.

Colin podría haberse presentado, pensó con el ceño fruncido, en vez de colocarse tras ella y agarrarla. Ella se había comportado de la forma más normal, teniendo en cuenta las circunstancias. No tenía nada de lo que avergonzases. Además, se recordó, había sido él el que le había pedido que fuera al estudio, el que había organizado todo aquello. Ella solo estaba allí para ver si quería aceptar aquel trabajo.

Cassidy se colocó el bolso en el hombro, deseó por un momento haberse puesto algo más exótico y se acercó a la puerta. Estaba cerrada.

Volvió a empujar la puerta y concluyó con un suspiro que quizá era demasiado pronto para que estuviera abierta. O, a lo mejor, tenía una entrada trasera. Colin había hablado de un estudio; seguramente tendría su propia entrada. Con eso en mente, rodeó el edificio e intentó abrir una puerta lateral, que también encontró cerrada.

Sin dejarse amilanar por ello, continuó rodeando el edificio de ladrillo hasta llegar a la parte de atrás. Cuando encontró otra puerta que tampoco estaba dispuesta a colaborar, se fijó en las escaleras de madera que conducían a un segundo piso.

Estiró el cuello, entrecerró los ojos para protegerse del sol e intentó ver a través de las ventanas. El cristal le devolvió la luz. Si ella fuera pintora y tuviera un estudio, pensó, definitivamente, lo habría ubicado allí. Comenzó a subir las escaleras en forma de L. Los peldaños eran abiertos y empinados. Al final de la escalera, se encontró con otra puerta y probó el picaporte, vaciló un instante y optó por llamar. Lo hizo con fuerza. Miró por encima del hombro y descubrió que el suelo estaba sorprendentemente lejos. De sus labios escapó un pequeño sonido de alarma cuando la puerta se abrió.

—Llegas tarde —declaró Colin con un ceño de impaciencia.

La agarró de la mano y tiró de ella antes de que pudiera responder. El olor del aguarrás y los óleos asaltó inmediatamente sus sentidos. A la luz del día, el aspecto de Colin Sullivan no era

menos impresionante que bajo la oscura niebla. La agarró por la barbilla de la misma forma que lo había hecho el día anterior.

—Señor Sullivan... —comenzó a decir respetuosamente Cassidy, azorada.

—¡Shh! —inclinó la cabeza hacia la izquierda, entrecerró los ojos y se la quedó mirando fijamente—. Sí, con una luz decente es incluso mejor. Ven aquí, quiero hacerte unos bocetos como es debido.

—Señor Sullivan —Cassidy volvió a intentarlo mientras él la conducía a través de una habitación espaciosa llena de lienzos y útiles de pintura—. Me gustaría saber algo más sobre todo esto antes de comprometerme.

—Siéntate aquí —le ordenó, y la hizo sentarse en un taburete—. No te encojas —añadió mientras se volvía.

—¡Señor Sullivan! ¿Puede hacer el favor de escucharme?

—Dentro de un rato —contestó mientras se hacía con una libreta y un lápiz—. De momento, cállate.

Totalmente perdida, Cassidy suspiró con fuerza y cruzó las manos. Lo más fácil sería dejarle hacer los bocetos. Mientras tanto, permitió que sus ojos vagaran por el estudio.

Era enorme, con anchos ventanales y un tragaluz que a Cassidy le encantó.

Tal cantidad de cristal permitía que entrara la luz del sol a raudales. El suelo era de madera desnuda, excepto por alguna que otra mancha de pintura, y las paredes de un neutro color crema. Había lienzos sin enmarcar apoyados en las paredes, caballetes por todas partes y una enorme mesa de trabajo cubierta de pinturas, pinceles, trapos y botes. En un extremo de la habitación, había un sofá, que permanecía allí como si lo hubieran añadido en el último momento, y tres sillas de madera colocadas a una extraña distancia las unas de las otras, como si una mano impaciente las hubiera empujado y las hubiera dejado allí donde habían aterrizado. Otros dos taburetes, dos puertas interiores y una lámpara de cuello de ganso completaban la decoración.

—Mira hacia la ventana —ordenó Colin bruscamente—. Quiero un perfil.

Cassidy obedeció. El vago enfado que sentía desapareció al ver a un gorrión construyendo un nido en el recodo de una rama. El pájaro se movía laborioso, transportando ramitas en el pico. Paciente y tenaz, descendía en picado, buscaba, construía y se lanzaba de nuevo en picado. Sus alas atrapaban la luz del sol. Cassidy lo observaba fascinada. Una leve sonrisa acarició sus labios y dio calor a su mirada.

—¿Qué estás viendo?

Colin se acercó a ella, pero Cassidy estaba tan concentrada que ni se sobresaltó ni se volvió.

—Ese pájaro de allí —señaló al gorrión, que iniciaba un nuevo vuelo—. Está completamente decidido a terminar ese nido. Lo está construyendo con ramitas, hierbas, palos y todos los tesoros que un gorrión es capaz de encontrar. Nosotros necesitamos ladrillo, cemento y paredes prefabricadas, pero ese pajarillo puede construir una casa perfecta a partir de la nada, sin manos, sin herramientas, sin nada. Es maravilloso, ¿no le parece?

Cassidy volvió la cabeza. Colin estaba más cerca de lo que había imaginado. Había acercado su rostro al suyo para poder seguir su línea de visión. Cuando Cassidy se volvió, Colin apartó los ojos de la ventana para mirarla. Cassidy se sobresaltó, como si se hubiera levantado con demasiada rapidez y hubiera perdido de pronto su equilibrio interno.

—Es posible que seas incluso más perfecta de lo que en un principio pensé —dijo Colin, y le colocó la melena detrás del hombro.

Cassidy recordó de pronto su decisión de mantener una actitud profesional.

—Señor Sullivan...

—Colin —la interrumpió. Continuó arreglándole el pelo—. O Sullivan, si lo prefieres.

—Colin —obedeció pacientemente—, ayer por la noche no tenía la menor idea de quién eras. No he caído en la cuenta hasta que he llegado aquí —cambió de postura, ligeramente incómoda por la cercanía del pintor—. Por supuesto, me halaga que quieras pintarme, pero me gustaría saber qué esperas de mí y...

—Espero que seas capaz de mantener una postura durante veinte minutos sin moverte —respondió Colin mientras volvía a echarle el pelo hacia delante para, a continuación, colocárselo de nuevo hacia atrás.

Al hacerlo, le rozó el cuello con los dedos, haciéndola fruncir el ceño. Colin no pareció notarlo.

—Espero que sigas mis instrucciones y que estés quieta hasta que yo te lo diga. Que llegues puntualmente y que no me pidas salir antes de la hora porque has quedado con tu novio.

—He sido puntual —replicó Cassidy, y echó la cabeza hacia atrás, echando por tierra los intentos de Colin de arreglarle el pelo—. No me dijiste por dónde tenía que entrar y he estado dando vueltas hasta encontrar la puerta del estudio.

—Y que seas inteligente, también —añadió Colin secamente—. Tus ojos se oscurecen cuando sale a la luz tu genio irlandés. ¿Quién eligió tu nombre?

—Es el apellido de la familia de mi madre —contestó cortante.

Abrió la boca para decir algo más, pero Colin la interrumpió.

—Conozco a algunos Cassidy en Irlanda —comentó mientras le levantaba las manos para examínrselas.

—No conozco a nadie de la familia de mi madre —musitó Cassidy, desconcertada por aquel contacto—. Murió durante mi parto.

—Entiendo —Colin le colocó las manos hacia arriba—. Tienes unas manos muy estrechas. ¿Y tu padre?

—La familia de mi padre era de Devon. Mi padre murió hace cuatro años. Pero no sé qué tiene eso que ver.

—Todo tiene que ver con todo —apartó los ojos de las manos y la miró—. El pelo y los ojos son de la familia de tu madre y la

estructura ósea y el cutis son de tu padre. Tienes un rostro lleno de contradicciones, Cassidy St. John, y eso es precisamente lo que necesito. Tu pelo debe de tener una docena de tonos al menos y lo llevas como si acabaras de levantarte. Haces bien al no intentar disciplinarlo. Tus ojos van más allá de un azul celta, son de color violeta, lo que añade un punto de exotismo a su forma. Tienden a soñar. Pero tus huesos son una muestra de la aristocracia inglesa. Tu boca vuelve a quebrar el equilibrio, prometiendo una pasión que tu cutis británico niega. Una piel pura, solo un ligero rubor bajo su tono marfileño. Has tenido que enfrentarte a muchos obstáculos en la vida, pero continúas habiendo un aura de ingenuidad a tu alrededor. El cuadro que quiero hacer debe contener ciertos elementos. Necesito unas cualidades específicas en mi modelo. Y tú las tienes —se interrumpió e inclinó la cabeza—. ¿Eso satisface tu curiosidad?

Cassidy le miraba fijamente, absolutamente subyugada, intentando verse a sí misma tal y como Colin la había descrito. ¿De verdad tendría su familia tanta influencia en su aspecto?

—No estoy del todo segura de que sea cierto —musitó. Suspiró y volvió a mirarle a los ojos—. Pero soy suficientemente vanidosa como para querer que Colin Sullivan me pinte y suficientemente pobre como para necesitar el trabajo —sonrió—. ¿Me convertiré en un ser inmortal cuando termines? Porque siempre he deseado serlo.

Colin se echó a reír, y el sonido de su risa sonó cálido y libre en aquel enorme estudio. Le agarró las manos y, sorprendentemente, se las llevó a los labios.

—Serás tú el que me hagas inmortal a mí, Cass.

La titubeante réplica de Cassidy fue interrumpida al abrirse la puerta del estudio.

—Colin, necesito... —la mujer que acababa en la habitación se detuvo bruscamente y fijó la mirada en Cassidy—. Lo siento —dijo al ver sus manos unidas—. No sabía que estabas ocupado.

—No te preocupes, Gail —contestó Colin con naturalidad—. Ya sabes que cuando estoy trabajando en serio cierro la puerta. Esta es

Cassidy St. John, va a posar para mí. Cassidy, te presento a Gail Kingsley, una pintora de gran talento que dirige The Gallery.

Gail Kingsley era una mujer despampanante. Era alta y delgada como un junco, con un rostro triangular realzado por un pelo cortado en punta de color rojo intenso. Todo en ella era vital y atractivo. Tenía unos ojos de un verde oscuro y penetrante y una boca ancha de color rojo intenso. Unos aros dorados asomaban a través del pelo en punta en sus orejas. Llevaba un vestido suelto, sin una línea definida, con una caótica mezcla de verdes sobre la seda. El efecto era impactante. Avanzó, y su cuerpo entero pareció cargado de energía. Incluso sus movimientos eran rápidos e intensos. Posó sus ojos sobre Cassidy y pareció estar examinándola con la mirada. Había algo en su forma de mirar que hizo que Cassidy se sintiera inmediatamente incómoda. Era como una intromisión intencionada al tiempo que continuaba siendo completamente impersonal.

—Buena estructura —comentó Gail en un tono desdeñoso—. Pero el color es bastante soso, ¿no crees?

Cassidy intervino enfadada.

—No todas podemos ser pelirrojas.

—Eso es cierto —contestó Colin, arqueando una ceja. Se volvió hacia Gail—. ¿Qué querías? Quiero volver al trabajo.

Entre las personas que habían tenido una relación íntima, se creaba cierta atmósfera, pensó Cassidy. Era algo que podía manifestarse en una mirada, en un gesto o en un tono de voz. En el momento en el que Gail dejó de mirar a Cassidy para mirar a Colin, la primera supo que eran, o que habían sido, amantes. Sintió una ligera decepción. Incómoda, intentó apartar las manos de las de Colin, pero fue en vano. Colin la miró frunciendo el ceño con aire distraído.

—Es por el *Retrato de una joven* de Higgin. Nos han ofrecido cinco mil dólares, pero Higgin no lo aceptará a menos que tú lo apruebes. Me gustaría poder cerrar hoy el trato.

—¿Quién ha hecho la oferta?

—Charles Dupres.

—Dile a Higgin que acepte. Dupres no regatea y el precio es justo. ¿Algo más?

Había cierto distanciamiento en sus palabras. Cassidy vio encenderse los ojos de Gail.

—Nada que no pueda esperar. Voy a llamar a Higgin.

—Estupendo.

Colin se volvió hacia Cassidy antes de que Gail hubiera salido de la habitación. Estaba mirando su pelo con el ceño fruncido mientras se lo apartaba de la cara. Por encima de su hombro, Cassidy vio la mirada fulminante que les dirigió Gail antes de llegar a la puerta. La cerró con firmeza tras ella. Colin retrocedió un paso y la recorrió de los pies a la cabeza con la mirada.

—No servirá —anunció, y frunció el ceño—. No servirá.

Confundida por aquella declaración y estremecida por lo que había reconocido en la mirada de Gail, Cassidy le miró fijamente y se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué es lo que no servirá?

—Todo eso que llevas encima —hizo un gesto con la mano, señalando los vaqueros, las sandalias y la blusa.

Cassidy bajó la mirada y puso los brazos en jarras.

—No especificaste cómo tenía que venir vestida, y, en cualquier caso, todavía no estaba segura de que quisiera posar —se encogió de hombros, enfadada consigo misma por sentirse obligada a justificar su atuendo—. Podrías haberme dado algún detalle en vez de limitarte a garabatear tu dirección y marcharte.

—Quiero algo ligero y vaporoso, nada de cintura, sin interrupciones —continuó Colin, ignorando los comentarios de Cassidy—. De color marfil, no quiero nada blanco. Largo y liso —la agarró por la cintura, dejándola sin habla—. No tienes caderas, y la cintura es la de una niña. Quiero también algo de cuello alto para no tener que preocuparme por la falta de canalillo.

Violentemente sonrojada, Cassidy se bajó del taburete y le dio un empujón.

—¿Sabes? Estamos hablando de mi cuerpo. No quiero soportar tus observaciones, ni que me pongas las manos encima. Mi canalillo, o la falta de él, no tiene nada que ver contigo.

—No seas niña —la regañó enérgicamente, y la obligó a sentarse de nuevo—. De momento, tu cuerpo solo me interesa por razones artísticas. En el caso de que eso cambie, lo sabrás con tiempo suficiente.

—¡Un momento, Sullivan!

Cassidy volvió a bajar del taburete y echó la cabeza hacia atrás, como si estuviera preparándose para ponerle en su lugar.

—Espectacular —le agarró un mechón de pelo para poder verle la cara—. El genio te sienta bien, Cass, pero no es el estado de ánimo que estoy buscando. Quizá en otro momento.

Las comisuras de sus labios se curvaron mientras comenzaba a acariciarle el cuello. Aquella sonrisa fue extendiéndose lentamente por su rostro y, aunque Cassidy sospechaba que era un gesto calculado, no por ello fue menos efectivo. Inmediatamente fue consciente de los dedos de Colin sobre su piel. La esencial sensualidad de aquel gesto era una novedad para ella y la intrigó lo suficiente como para inducirla al silencio. Era algo nuevo, digno por lo tanto de ser explorado. Colin bajó la voz hasta convertirla en una caricia no menos potente que la de aquella mano sobre su piel y remarcó su leve acento irlandés.

—Lo que estoy buscando es una ilusión y una realidad. Un deseo. ¿Puedes convertirte en un deseo para mí, Cass?

En aquel momento, con el rostro del pintor a solo unos centímetros del suyo, con sus cuerpos casi rozándose y el calor de sus dedos sobre la piel, Cassidy tenía la sensación de que podía ser cualquier cosa que él le pidiera. Nada era imposible. Comprendió entonces que era allí donde residía el poder que tenía Colin Sullivan sobre las mujeres: en su encanto, en sus facciones de pirata, en la ligera insinuación de un país antiguo que su voz evocaba. A eso había que añadir una concentrada sexualidad que encendía a su antojo y la impaciencia que reflejaba su postura. Cassidy

comprendió que era consciente de su poder y lo utilizaba con descaro. Pero incluso eso resultaba atractivo. Ella misma se sentía entregada a él, arrastrada hacia él mientras sus sentimientos se imponían a lo que decía su intelecto. Se preguntó por lo que sentiría al sentir aquellos labios sobre los suyos, se preguntó si un beso de Colin sería tan excitante como imaginaba. ¿Se perdería en él o se encontraría a sí misma? ¿Sería, sencillamente, una experiencia? Para defenderse de sus propios pensamientos, le plantó las manos en el pecho y le empujó con intención de colocarle una distancia segura.

—No eres un hombre fácil, ¿verdad, Colin? —Cassidy tomó aire, intentando mantener las piernas firmes.

—En absoluto —había una clara despreocupación en su respuesta.

Cassidy definió el gesto que vio en su rostro como situado entre el enfado y la curiosidad.

—¿Cuántos años tienes, Cassidy? —le preguntó Colin.

—Veintitrés —contestó Cassidy, mirándole a los ojos—. ¿Por qué?

Colin se encogió de hombros, metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar por la habitación.

—Necesitaré saber todo sobre ti antes de acabar. Todo lo que eres se deslizará en el retrato y tendré que trabajar con ello. Tengo que encontrar ese maldito vestido rápidamente. Quiero empezar cuanto antes. Este es el momento.

Había una urgencia en sus movimientos que contrastaba con los gestos del hombre que la había seducido con su voz minutos antes. ¿Quién era Colin Sullivan?, se preguntó Cassidy. Aunque sabía que intentar averiguarlo sería peligroso, se sentía empujada a comprenderlo.

—Creo que hay un vestido que podría servir —aventuró mientras Colin paseaba nervioso por la habitación—. Aunque en realidad el color es más grisáceo que marfil, pero es sencillo y no tiene escote. Aunque también es carísimo. Es de seda...

—¿Dónde está? —preguntó Colin, y se detuvo frente a ella—. No importa —continuó cuando Cassidy comenzó a decírselo—. Vamos a verlo.

La agarró de la mano y había cruzado la puerta trasera antes de que Cassidy hubiera podido decir una sola palabra. Cassidy tuvo cuidado de bajar poco a poco las escaleras, no quería arriesgarse a romperse el cuello.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Colin cuando llegaron a la fachada del edificio.

—Está a solo unas manzanas de aquí —señaló hacia la izquierda—. Pero Colin...

Antes de que hubiera podido terminar la frase, Colin la estaba llevando a toda velocidad por la acera.

—Colin, creo que deberías saber... Dios mío, no debería haberme puesto tacones. ¿Podrías ir un poco más despacio?

—Tienes las piernas suficientemente largas —replicó, y continuó caminando sin aminorar el ritmo de sus pasos.

Haciendo un breve sonido de disgusto, Cassidy trotó para poder seguirle.

—Creo que deberías saber que el vestido está en la tienda de la que me despidieron ayer.

—¿Era una tienda de ropa?

Aquello pareció interesarle lo suficiente como para detenerse mientras la miraba. Con un gesto de inesperada familiaridad, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Y qué hacías tú trabajando en una tienda de ropa?

Cassidy le fulminó con la mirada.

—Ganarme la vida, Sullivan. Algunos tenemos que trabajar para comer.

—No seas desagradable, Cass —le aconsejó suavemente—. Tú no eres una dependienta profesional.

—Esa es exactamente la razón por la que me despidieron —sonrió, divertida por su propia ineptitud—. Tampoco soy camarera profesional, y por eso me despidieron del Jim's Bar & Grill. Protesté

porque un tipo me había pellizcado cierta parte de mi anatomía echándole un cuenco de ensalada de col encima. Y no voy a hablar de mi breve carrera como operadora en una centralita. Es una triste historia, y hoy hace un día demasiado bonito —echó la cabeza hacia atrás para sonreír a Colin y descubrió que la estaba observando con atención.

—Si no eres ni dependienta profesional, ni camarera, ni operadora, ¿qué eres, Cassidy?

—Una esforzada escritora que parece particularmente incapaz de conservar un trabajo en condiciones desde que salió de la universidad.

—Una escritora —asintió mientras la miraba—. ¿Y qué escribes?

—Novelas que nadie publica —contestó, y volvió a sonreír—. Y algún que otro artículo ocasional sobre los efectos de los perfumes en el hombre moderno. Tengo que mantener la mano ejercitada.

—¿Y eres buena? —Colin sorteó a otro peatón sin apartar la mirada de Cassidy.

—Soy un talento nuevo y desbordante sin descubrir —se colocó la melena tras los hombros y señaló con el dedo—: ¡Ahí está, The Best Boutique! Me pregunto qué dirá Julia sobre esto. Probablemente pensará que me estás manteniendo.

Se mordió el labio para reprimir una risa y miró a Colin de nuevo.

—¿Escondes una mirada ardiente bajo la manga, Colin? —la diversión bailaba en su mirada mientras abría la puerta de la tienda—. Podrías dirigirme alguna para darle a Julia algo de lo que hablar durante unas cuantas semanas —abrió la puerta con su adorable rostro sonrojado por las risas.

Fiel a su costumbre, Julia recibió a Colin con escrupulosa educación y una mínima muestra de curiosidad. Hubo una mirada especulativa hacia su anterior dependienta y, al reconocer a Colin, abrió los ojos de par en par. Arqueó una ceja cuando Cassidy le pidió el vestido de seda y después los atendió personalmente.

Una vez en el probador, Cassidy se quitó los vaqueros mientras pensaba maravillada en las ironías de la vida. Poco más de

veinticuatro horas antes, estaba fuera de ese mismo probador, con un montón de vestidos en los brazos, sin pensar en absoluto en Colin Sullivan. En aquel momento, sin embargo, el pintor parecía dominar tanto sus pensamientos como sus actos. Aquella fría seda se estaba deslizando por su cabeza porque él así lo deseaba. El corazón se le aceleró ligeramente al pensar que el pintor estaba esperando a ver el resultado. Se subió la cremallera, contuvo la respiración y se volvió. Su reflejo le devolvió la mirada con manifiesto asombro.

El vestido caía desde un cuello discretamente alto en una línea recta que la fragilidad de la tela suavizaba. Los brazos y los hombros resplandecían bajo la fina transparencia de las mangas. El pelo brillaba con vida propia contra aquel delicado color. Cassidy dejó escapar la respiración lentamente. Era un sueño de vestido, tan romántico como la tela y tan práctico como su diseño. Con él, Cassidy no solo parecía elegante y vulnerable, sino que sentía como si realmente lo fuera. Con los nervios en tensión, se humedeció los labios y salió del probador.

Colin estaba mostrándose tan encantador con Julia que esta estaba sonrojada. La incongruencia de aquel rubor en el rostro frío y compuesto de Cassidy transformó los nervios de Cassidy en diversión. Cuando Colin tomó la mano de Julia y se la llevó a los labios, Cassidy advirtió un brillo travieso en su mirada y tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer serio. Aun así, a sus labios asomaba la sombra de una sonrisa.

—Colin.

Colin se volvió cuando pronunció su nombre. La sonrisa que iluminaba sus ojos y su rostro desapareció. Le soltó la mano a Julia y dio varios pasos hacia Cassidy, pero manteniendo cierta distancia entre ellos. Cassidy, que había estado a punto de sonreír y girar en círculo para someterse a su inspección, permanecía inmóvil, hipnotizada por su mirada.

Muy lentamente, los ojos de Colin abandonaron su rostro para descender a lo largo del vestido y volver a ascender de nuevo.

Cassidy sintió que las mejillas le ardían ante aquella ráfaga de emociones. ¿Cómo podía hacerla sentir Colin tan viva y después tan tensa con solo una mirada? Quería hablar, decir algo para salir de su propio trance, pero las palabras se enredaban, negándose a colaborar. Descubrió que solo era capaz de pronunciar su nombre.

—¿Colin? —había una ligera invitación en aquella palabra, una pregunta que ni siquiera ella acertaba a comprender.

Algo brilló en la mirada de Colin, pero después desapareció. Su intensa concentración fue inexplicablemente reemplazada por la irritación. Cuando habló, lo hizo en un tono enérgico y ligeramente desdeñoso.

—Este te quedará perfecto. Pide que te lo envuelvan y llévalo mañana. Mañana empezaremos.

En la mente de Cassidy se atropellaban cientos de preguntas. El tono de Colin le había agujoneado el orgullo y el suyo fue frío cuando preguntó:

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —su voz transmitía su genio—. A las nueve en punto. No llegues tarde.

Cassidy tomó aire y lo soltó lentamente. En aquel momento, estaba convencida de que le despreciaba. Se miraron el uno al otro durante un minuto en el cual el ambiente pareció crepitar por la tensión y un sentimiento más etéreo. Después, Cassidy se volvió y se deslizó hacia el probador.

Capítulo 3

Cassidy pasó la mayor parte de la noche regañándose a sí misma. A la mañana siguiente, tenía la sensación de tener la situación controlada. No tenía ningún motivo en absoluto para estar enfadada con Colin. Su actitud enérgica e impersonal sobre el vestido era la que cabía esperar. Mientras cruzaba la ciudad en tranvía, cambió de mano la caja en la que llevaba el vestido mientras tomaba la decisión de mantener una distancia fría y profesional respecto a Colin.

Era, sencillamente, su jefe. Además de un pintor obviamente temperamental, añadió respirando con altivez. Saltó con agilidad del tranvía para terminar la última parte del trayecto a pie.

Colin era un hombre que había visto algo en su rostro y lo quería pintar. Ni él sentía nada personal hacia ella ni ella lo sentía hacia él. ¿Cómo iba a sentir nada por él si apenas le conocía? Lo que había sentido el día anterior había sido, únicamente, producto del exceso de personalidad del pintor. Colin Sullivan era un hombre muy fuerte y muy maniático. Y la inmediata afinidad que había creído percibir entre ellos se había debido a su imaginación. Las cosas no sucedían de ese modo, por lo menos, no tan rápido. La única vinculación que había entre ellos era la de un pintor y una modelo. Y ella ya estaba inventándose historias otra vez.

Cassidy se detuvo al pie de las escaleras que conducían al estudio de Colin. Aun así, pensó, debería haberle dado las gracias

por haber encontrado el vestido que estaba buscando. Pero no importaba. Hizo un gesto involuntario con la mano mientras subía las escaleras. Aquel hombre estaba tan absorto en sí mismo que seguramente hasta había olvidado que había sido ella la que había sugerido que fueran a aquella tienda. Con una rápida inclinación de cabeza, Cassidy llamó a la puerta, preparada para mostrarse eficiente y profesional en su nuevo empleo. Pero su resolución flaqueó cuando Gail Kingsley le abrió la puerta.

—Hola —la saludó, y sonrió a pesar de la mirada fría y calculadora de Gail.

La única respuesta de Gail fue un gesto para invitarla a entrar en el estudio que en cualquier otra persona habría parecido exagerado, pero a ella le sentaban bien aquellas extravagancias.

Aquel día estaba particularmente llamativa, con un sorprendente mono de color rosa que ninguna otra pelirroja se habría atrevido a llevar. A Colin no se le veía por ninguna parte. Cassidy se debatía entre la admiración por el estilo de Gail y la desilusión ante el hecho de que no hubiera sido Colin el que le hubiera abierto la puerta. Se sentía además demasiado joven y harapienta con los vaqueros y el jersey.

—¿Llego demasiado pronto?

Gail puso los brazos en jarras y caminó lentamente alrededor de Cassidy.

—No, Colin está ocupado. Lo estará durante un rato. ¿Esos rizos son naturales o te has hecho la permanente?

—Son naturales —contestó Cassidy.

—¿Y el color?

—También es mío —el intenso perfume de Gail se imponía al olor de la pintura.

Cuando Gail volvió frente a ella, Cassidy la miró a los ojos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Era simple curiosidad, cariño. Simple curiosidad.

Gail le dirigió una rápida y deslumbrante sonrisa que parecía encenderse y apagarse como con un interruptor. Pareció cegarla por

un instante. Después, desapareció todo rastro de ella.

—Colin está completamente arrebatado con tu rostro. Parece estar pasando un período romántico. Yo siempre he evitado ese tipo de tácticas —la miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera examinando hasta los poros de la piel de Cassidy.

—¿Quieres contarme los dientes? —la invitó Cassidy.

—No seas sarcástica —Gail se llevó a los labios un dedo con la uña pintada de rojo—. Colin y yo compartimos a menudo a las modelos. Me gustaría saber si puedo utilizarte para algo.

—No soy un almuerzo —respondió Cassidy con sentimiento—. No tengo ningún interés en ser compartida.

—Una buena modelo debería ser flexible —le reprochó Gail, estirando sus largos brazos hacia el techo con un largo y elegante movimiento—. Espero que no te pongas en ridículo como lo hizo la última.

—¿La última? —preguntó Cassidy.

Inmediatamente, deseó haberse mordido la lengua.

—Se enamoró locamente de Colin —Gail le dirigió otra de sus fugaces sonrisas.

Aquellos gestos rápidos y bruscos comenzaban a ponerla nerviosa, pensó Cassidy. Parecía un gato a punto de saltar sobre su presa.

—Y lo peor de todo fue que creía que Colin se había enamorado de ella —continuó explicando Gail—. Fue bastante patético. Era una chica adorable, de piel lechosa y ojos de gitana. Naturalmente, al final Colin fue terrible con ella. Tiende a serlo cuando alguien intenta atraparlo. No hay nada peor que tener a alguien llorando y suspirando por ti, ¿verdad?

—No lo sé —contestó Cassidy con tranquilidad—. Pero no tienes que preocuparte porque yo vaya a llorar y suspirar por Colin. Él necesita mi rostro y yo necesito un trabajo.

Se interrumpió un momento. Quizá, pensó, era mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—No voy a causarte problemas, Gail. Estoy demasiado ocupada como para ponerme a orquestar un romance con Colin.

Gail dejó de caminar durante el tiempo suficiente como para fijar en ella su ceñuda mirada. El ceño desapareció y se acercó rápidamente hacia la puerta.

—Eso lo simplifica todo, ¿verdad? Puedes cambiarte allí — señaló hacia la izquierda con el brazo y se marchó.

Cassidy empleó unos segundos en respirar hondo. Sacudió la cabeza. Los artistas, pensó, estaban todos como cabras. Intentando olvidar la conducta de Gail, se acercó a la puerta que le había indicado y encontró un pequeño vestidor. Se encerró en el interior y comenzó a cambiarse. Al igual que le había ocurrido el día anterior, el vestido la hizo sentirse diferente. Quizá, pensó mientras se cepillaba el pelo, era la sensación de la seda auténtica contra su piel, o la elegante sencillez del color y el diseño. ¿O sería porque era la imagen de lo que Colin quería de ella?

Fuera cual fuera la razón, Cassidy no podía negar que se sentía diferente al ponerse aquel vestido: más viva, más consciente, más femenina. Después de mirarse por última vez en el espejo, abrió la puerta y salió al estudio.

—¡Ah, estás aquí! —dijo estúpidamente cuando vio a Colin mirando un lienzo en blanco con el ceño fruncido.

Estaba de perfil y no se volvió al oírla. Tenía hundidas las manos en los bolsillos. Transmitía una impresión de aguda vitalidad que parecía estar contenida, en tensión, esperando el momento de su liberación. Iba vestido de manera informal, tal y como Cassidy estaba ya acostumbrada a verle, y la ropa parecía sentar perfectamente a aquel cuerpo delgado y flexible. Su rostro era una máscara sombría: ceño fruncido, ojos entrecerrados y boca muy seria. A Cassidy se le ocurrió pensar que era inhumanaamente atractivo, que sería terrible enamorarse de un hombre como él. Permaneció donde estaba, segura de que ni siquiera la había oído.

—Voy a empezar ahora mismo con este lienzo —anunció Colin. Aun así, no dio muestra alguna de reconocimiento—. Encima de la

mesa hay unas violetas —hizo un gesto vago con la mano—. Combinan con el color de tus ojos.

Cassidy miró hacia donde le indicaba y vio un pequeño ramillete en medio de los útiles del artista. Inmediatamente se le iluminó el rostro de placer.

—¡Son preciosas!

Se acercó a la mesa, tomó el ramillete y enterró la cara en sus delicados pétalos. La fragancia era dulce y sutil. Conmovida y encantada, sonrió para darle las gracias.

—Quiero un toque de color que resalte contra el vestido —musitó Colin.

Su intención era obvia. No miró a Cassidy y ni siquiera cambió de expresión.

Con la alegría hecha añicos, Cassidy bajó la mirada hacia las violetas y suspiró. La culpa era suya, pensó pesarosa. Colin había comprado las flores para el cuadro, no para ella. Era ridículo haber pensado otra cosa. Sacudió la cabeza, sonrió con ironía y caminó hacia él.

—¿Ya me has visto? —le preguntó—. ¿Me estás imaginando ya en el lienzo?

Colin se volvió y la miró, pero continuaba frunciendo el ceño con expresión concentrada. Le levantó la mano en la que llevaba las flores.

—Sí, quedarán muy bien. Colócate allí. Quiero que te ilumine la luz de esa ventana.

Mientras la empujaba suavemente hacia el otro extremo del estudio, Cassidy alzó la mirada hacia él.

—Buenos días, Colin —le dijo en el tono alegre de una maestra de guardería.

Colin arqueó una ceja mientras se detenía junto a la ventana.

—Cuando estoy trabajando, lo último que me preocupan son mis modales.

—Me alegro de que me lo hayas aclarado —respondió Cassidy con una enorme sonrisa.

—También soy conocido por comerme a doncellas de lengua ingeniosa para desayunar.

—¡Doncellas! —la media sonrisa de Cassidy se transformó en una enorme sonrisa de alegría—. ¡Qué maravillosamente anacrónico! Y me encanta cómo suena cuando lo dices. Aunque habría preferido que dijeras «saludables doncellas». Siempre me ha encantado esa expresión.

—No es una descripción en la que encajes.

Colin le alzó la barbilla con el dedo y le apartó el pelo con la otra mano.

—¡Vaya! —Cassidy se sintió ligeramente ofendida.

—Cuando te coloque, no te muevas. Soy capaz de lanzarte un caballete si lo haces.

Mientras hablaba, le movía el rostro y el cuerpo con las manos. Su contacto era tan impersonal como el de un médico. La trataba como si fuera un bodegón, pensó Cassidy. Por su mirada, vio que su mente iba mucho más allá de ella, que estaba completamente entregado a su arte. Reconocía aquella expresión de concentración absoluta en el trabajo. Ella también tenía tendencia a aislarse de todo lo que la rodeaba para meterse en su propio mundo.

Al cabo de unos segundos, Colin retrocedió y la miró en silencio. Era una pose natural, sencilla. Cassidy permanecía erguida, sosteniendo el ramo con las dos manos justo debajo de la cadera derecha. Los brazos estaban relajados, con los codos ligeramente doblados. Colin había dejado caer la melena libremente por sus hombros.

—Levanta la barbilla un poco más —alzó la mano para detener el movimiento—. Ya está. No te muevas, y no hables hasta que yo te lo diga.

Cassidy obedeció. Lo único que movió fueron los ojos para mirarle mientras regresaba frente al caballete. Colin alzó un carboncillo. Los minutos fueron pasando en completo silencio mientras Cassidy observaba los movimientos de sus brazos y hombros y sentía el inquisitivo poder de su mirada. Volvían una y

otra vez sobre su rostro. Cassidy sabía que podía mirarla a los ojos y leer en su alma. Quizá incluso ver más de lo que sabía ella de sí misma. Aquella sensación, más que ponerla nerviosa, despertaba su curiosidad. ¿Qué vería Colin? ¿Y cómo lo expresaría?

—Muy bien —dijo Colin bruscamente—. Puedes hablar un momento, pero no cambies de postura. Háblame de esas novelas que todavía no has publicado.

Continuó trabajando con tal concentración que Cassidy dio por sentado que la había invitado a hablar solo para que estuviera relajada. Dudaba seriamente que sus palabras pudieran hacer en él algo más que una impresión superficial. Estaba segura de que, aunque las oyera, las olvidaría unos segundos después.

—En realidad, solo tengo una novela y media. Estoy escribiendo una segunda novela mientras la primera va de rechazo en rechazo —comenzó a encogerse de hombros, pero se detuvo a tiempo—. Es sobre una joven que entra en la edad adulta, sobre las decisiones que toma y los errores que comete. Es bastante sentimental, supongo. Me gusta pensar que al final decidirá lo que realmente le conviene. ¿Sabes que es muy difícil hablar sin mover las manos? No sabía que las necesitaba tanto como las palabras.

—Eso es por tu sangre irlandesa.

Colin miró el lienzo con el ceño fruncido y alzó la mirada hacia ella. Por el movimiento de sus hombros, Cassidy supo que continuaba trabajando.

—¿Me dejarás leer el manuscrito?

Sorprendida, Cassidy se le quedó mirando fijamente durante los segundos que tardó en recobrar el habla.

—Bueno, sí, si quieres. Yo...

—Estupendo —la interrumpió, y dio una nueva pincelada en el lienzo—. Tráela mañana. Ahora, no te muevas —le ordenó antes de que Cassidy pudiera decir nada—. Voy a trabajar en la cara.

Se hizo el silencio hasta que Colin dejó el carboncillo y sacudió la cabeza.

—No me gusta —miró a Cassidy con el ceño fruncido y comenzó a caminar.

Sintiéndose insegura, Cassidy mantuvo la pose y contuvo la lengua.

—No me estás dando el sentimiento que busco. ¿Sabes lo que quiero? —había impaciencia, y un deje de genio en su voz.

Cassidy abrió la boca para contestar, pero la cerró al comprender que era una pregunta retórica.

—Quiero más que ilusión. Quiero pasión. En ti hay mucha pasión, Cassidy, más de la que necesito para este cuadro.

Se volvió de nuevo hacia ella y Cassidy sintió vibrar la tensión. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad en respuesta.

—Quiero una promesa. Quiero una mujer que invita a un amante. Quiero expectativas y quiero la frescura nacida de la inocencia. Intacta, pero no intocable. Eso es lo que tienes que darme. Esa es la esencia de lo que busco.

En medio de su frustración, el acento de su tierra se había hecho más evidente. El talento asomaba a sus ojos. Fascinada, Cassidy le observó sin decir nada ni siquiera cuando se detuvo directamente enfrente de ella.

—Quiero dulzura en tus ojos y apenas un rastro de fuego. Generosidad en unos labios que acaban de ser besados y están esperando a ser besados de nuevo. Así.

La besó rápidamente. Le enmarcó el rostro entre las manos y le acarició las mejillas con los pulgares mientras la besaba con una temblorosa intimidad. Tenía unos labios cálidos, suaves, y con mucha experiencia. Asaltó la boca de Cassidy con la lengua sin previa advertencia. Y la respuesta llegó desde lo más profundo de ella. La pasión durante tanto tiempo contenida, ardía, despertaba y se transformaba tentativamente en llama. Cassidy saboreó el gusto de aquella fuerza. Pero la boca de Colin la liberó a la misma velocidad que la había tomado.

Aunque no era consciente de ello, su expresión era exactamente la que Colin demandaba: expectante, inocente y tentadora. Por un

instante, Colin posó la mirada en sus labios. Después, apartó las manos lentamente de su rostro. La impaciencia centelleaba en sus ojos antes de que se volviera hacia el caballete.

Cassidy intentaba mantener firme la cabeza, que no dejaba de darle vueltas. La razón le decía que aquel beso no había significado nada, que había sido un medio para conseguir un fin, pero el corazón le latía con fuerza, diciéndole todo lo contrario. En solo unos segundos, Colin había despertado un hambre de la que ella no era siquiera consciente, había removido deseos cuya existencia desconocía. Más que un beso, pensó desconcertada, había sido una revelación. Obligándose a respirar lentamente, intentó analizar aquel rápido encuentro con cierta perspectiva.

Era una mujer adulta. A su edad, los besos eran algo tan normal como un apretón de manos. Había sido su traicionera imaginación la que había convertido aquel beso en algo más. Solo su imaginación, dijo mientras se calmaba, y él había mostrado una gran desfachatez. La había pillado completamente desprevenida. La había besado cuando no tenía ningún derecho a hacerlo. Y de una forma íntima y posesiva. A ningún otro hombre le había permitido nunca aquel privilegio, y el ataque la había dejado desconcertada. Cassidy podía justificar su reacción diseccionando intelectualmente la escena, sus causas y sus resultados. Repasó mentalmente sus sentimientos y revivió lo ocurrido. Examinó las motivaciones. Aun así, permanecía algo dentro de ella que no conseguía explicarse mediante la razón. Preocupada, intentó ignorarlo.

—Bueno, ahora pararemos —anunció Colin, y dejó el carboncillo.

Alzó la mirada mientras se limpiaba las manos en un trapo. Cassidy pensó que quizá aquella fuera la primera vez que Colin veía a Cassidy St. John desde que la había colocado en aquella pose.

—Relájate.

Cassidy obedeció, y la sorprendió comprobar lo tensos que tenía los músculos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó mientras arqueaba la espalda—. Seguro que más de veinte minutos.

Colin se encogió de hombros y miró hacia el lienzo.

—A lo mejor. Está quedando bien. ¿Quieres café?

Cassidy frunció el ceño ante su indiferencia por el tiempo que había estado posando.

—Veinte minutos son muchos para estar en la misma posición. A partir de ahora, traeré un cronómetro. Y sí, quiero un café.

Colin ignoró los primeros dos tercios de lo que acababa de decir y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a prepararte un café.

—¿Puedo verlo? —señaló hacia el lienzo mientras Colin corría el pestillo de la puerta.

—No.

Cassidy hizo un sonido de disgusto.

—¿Y los otros? —señaló los lienzos apoyados contra la pared—. ¿También los otros cuadros son un secreto?

—Puedes mirar lo que te apetezca. Pero no te acerques al retrato en el que estoy trabajando.

Colin desapareció, presumiblemente para preparar el café prometido.

Cassidy miró hacia la puerta haciendo una mueca, dejó el ramo de violetas y se dirigió hacia los otros lienzos. Había lienzo apilados por doquier, sin ningún orden ni concierto. Algunos eran pequeños y otros tan grandes que requirieron de un buen esfuerzo de su parte para verlos. En cuestión de minutos, cualquier irritación menor fue eclipsada por la admiración hacia el talento del pintor. Comprendió por qué Colin Sullivan era considerado un maestro de la luz y del color. Más aún, reconoció la sensibilidad y la fuerza que había detectado en sus manos. Había honestidad y perspicacia en sus retratos, vitalidad en las escenas urbanas y en los paisajes. Un juego de sombras, una mancha de luz. Colin parecía respirar por sus cuadros. Se preguntó si pintaría lo que sentía o lo que veía, y comprendió que debía de ser una mezcla de las dos cosas. Decidió que Colin veía más de lo que la media de los mortales tenía derecho a ver. Su don residía tanto en su capacidad de percepción como en

sus manos. Sus cuadros la conmovían casi tan profundamente como lo habían hecho sus caricias.

Se volvió lentamente hacia otro cuadro. El motivo era hermoso. Una mujer desnuda negligentemente tumbada en el sofá que permanecía en aquel momento vacío en el extremo más alejado del estudio. Había una sonrisa perezosa en su rostro y una despreocupada confianza en sus miembros desnudos. Por el tono de su cutis y sus ojos, Cassidy distinguió en ella a la mujer de la que Gail le había hablado aquella mañana.

—Una criatura adorable, ¿verdad? —preguntó Colin tras ella.

Cassidy se sobresaltó.

—Sí —se volvió y aceptó el café—. Jamás en mi vida había visto a una mujer tan guapa.

Colin arqueó las cejas y se encogió de hombros.

—En su tipo, es casi perfecta, y tiene un cuerpo exquisito.

Cassidy frunció el ceño e intentó fingir que no sentía una punzada de irritación.

—Es una mujer básicamente sexual y se siente cómoda con ello.

—Sí —Cassidy bebió un sorbo de café y dijo con voz queda—: Lo has captado considerablemente bien.

Su tono la traicionó.

—¡Ah, Cass! Eres un libro abierto, y, seguramente, también la criatura más deliciosa que he conocido en años —acompañaba sus palabras con un marcado acento.

Cassidy estaba segura de que mujeres mejores que ella habrían caído víctimas de su encanto irlandés. Inclino la cabeza hacia atrás, pero la mirada con la que pensaba fulminarle se transformó en una sonrisa.

—No puedo estar a tu nivel, Sullivan —le miró por encima del borde de la taza. La luz del sol iluminaba su pelo y oscurecía la seda del vestido—. ¿Por qué te instalaste en San Francisco?

Colin se sentó a horcajadas en una de las sillas del estudio sin apartar la mirada de ella. Cassidy se preguntó si estaría viéndola realmente a ella o continuaría contemplándola como a un objeto.

—Es un lugar de contradicciones. Me gustan los contrastes, y también la sórdida historia de la ciudad.

—Y supongo que también el hecho de que intente vender esa historia en vez de disculparse por ella —concluyó Cassidy con un asentimiento de cabeza—. ¿Pero no echas de menos Irlanda?

—Vuelvo de vez en cuando —se llevó la taza a los labios y bebió un largo trago de café—. Me alimenta, es como el seno materno. Aquí encuentro la pasión, allí la paz. Y el alma necesita de ambas cosas.

Alzó de nuevo la mirada y buscó su rostro. El violeta de los ojos de Cassidy se había oscurecido. Su expresión revelaba sus pensamientos. Todos referentes a él. Colin se apartó del inocente candor de aquella mirada.

—Termínate el café. Quiero perfeccionar hoy el boceto inicial y empezar a pintar mañana.

El resto de la mañana transcurrió casi en completo silencio mientras Cassidy aprovechaba la absoluta concentración de Colin para observarle. Había leído artículos sobre el aspecto diabólico y los fieros ojos azules de aquel irlandés irascible, pero en carne y hueso le resultaba mucho más atractivo. Se preguntaba por qué extraño motivo podía encontrar atractivo su malhumor.

Haciendo un mínimo esfuerzo, podía sentir la excitación que había experimentado cuando había posado los labios sobre los suyos. Arropada por aquel sentimiento, se dejó mecer en aquella agradable sensación. Por un momento, imaginó lo que sería ser abrazada por él en serio. Aunque su experiencia con los hombres había sido muy limitada, su intuición le decía que Colin Sullivan era peligroso. Le interesaba demasiado. Su carácter dominante representaba un desafío, físicamente, la atraía, y su malhumor le intrigaba.

Recordó entonces el comentario mordaz que había hecho Gail Kingsley sobre su predecesora. Se hizo una rápida imagen mental de la belleza demandante de la pelirroja y del sensual atractivo de la modelo. Cassidy St. John, reflexionó, no estaba en ninguno de los

dos extremos de aquel espectro. No era ni extraordinariamente brillante ni tórridamente *sexy*. Al parecer, lo que a Colin le atraía, como artista y como hombre, eran los extremos. Enfadada, puso fin al curso de sus pensamientos. De ninguna manera iba a involucrarse a un nivel más personal con un hombre como Colin Sullivan. «No te acerques a él», se advirtió. No podía permitir que le hiciera daño. No sabía de dónde salía la última advertencia, pero la sorprendió.

—Relájate.

Cassidy fijó en Colin la mirada y le descubrió mirando atentamente el lienzo. Estaba completamente concentrado en lo que solo él podía ver.

—Ve a cambiarte —ordenó sin alzar la mirada.

Los pensamientos de Cassidy se tornaron sombríos ante su tono. «Grosero», decidió, era una palabra demasiado moderada para describirle. Controlando su genio, se dirigió al vestidor.

Sus preocupaciones eran infundadas, se dijo a sí misma, y cerró la puerta bruscamente. Nadie querría acercarse a un hombre como él para terminar siendo herido.

Unos minutos después, salió del vestidor con su propia ropa. Colin estaba de pie frente a una ventana, con las manos en los bolsillos y los ojos entrecerrados.

—He dejado el vestido en una percha en el vestidor —dijo Cassidy fríamente—. Y ahora, como parece que ya has terminado, me voy.

Agarró el bolso de la silla en la que lo había dejado. Pero cuando estaba colocándose al hombro y volviéndose hacia la puerta, Colin la agarró de la mano.

—Vuelves a tener el ceño fruncido, Cass —alzó un dedo para dibujarlo—. Tranquilízate y come algo antes de marcharte.

Cassidy profundizó su ceño.

—No utilices ese tono condescendiente conmigo, Sullivan. No soy una admiradora con la cabeza hueca a la que puedas dar una palmadita para que se deshaga en sonrisas.

Colin frunció ligeramente el ceño.

—Tienes razón. En cualquier caso, no tienes por qué marcharte enfadada.

—No estoy enfadada —insistió Cassidy mientras intentaba zafarse de su mano—. Sencillamente, estoy teniendo una reacción perfectamente normal frente a tu grosería. Y, ahora, suéltame.

—Cuando haya terminado con esto —respondió Colin sin alterarse—. Deberías controlar tu genio, Cass, cariño. Le da un aspecto muy seductor a tu rostro y no estoy acostumbrado a resistirme a aquello que me apetece.

—Está meridianamente claro que lo único que te atrae de mí está en ese lienzo.

Cassidy sacudió la mano, en un intento de liberarla. Con un rápido movimiento de muñeca, Colin se la llevó al pecho. El enfado de Cassidy creció. Ardiendo de rabia, alzó la mirada hacia él.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Me estás desafiando a demostrarte que te equivocas.

Había diversión en su mirada, y también algo más que hizo que a Cassidy le latiera violentamente el corazón.

—No te estoy desafiando a nada —replicó con una furiosa inclinación de cabeza.

Su melena se meció con aquel movimiento y cayó después sobre sus hombros en un atractivo desorden.

—¡Oh, claro que sí! —enredó la mano que tenía libre en su pelo y la posó en su cuello—. Me arrojaste el guante el día que te encontré en medio de la niebla y creo que ya va siendo hora de que lo recoja.

—No seas ridículo —respondió Cassidy rápidamente.

Comprendió entonces que su propio genio la había llevado a su territorio y que habría sido más sensato evitarlo. Cuando empezó a hablar de nuevo, Colin le mordisqueó el labio inferior con los dientes. Fue un movimiento repentino, una presión muy ligera, y tuvo un efecto devastador.

Aunque Cassidy emitió un débil sonido de confusión y protesta, en vez de apartarle, se aferró a su camisa. Colin dibujó su labio con la punta de la lengua, como si estuviera probando su sabor. Cuando la soltó, Cassidy permanecía inmóvil. La miró a los ojos.

—Esta vez, cuando te bese, Cass, voy a hacerlo por placer — avisó mientras descendía hacia sus labios.

Sabiendo que no iba a encontrar resistencia, la rodeó por la cintura para moldearla contra él. Cassidy respondió como si hubiera estado esperando ese momento durante toda su vida. Su cuerpo parecía conocer el de Colin y sus curvas, suaves y sutiles, encajaban perfectamente con sus líneas tensas. Dejó que sus manos viajaran desde su cuello a su pelo mientras su boca se hacía más flexible bajo la del pintor. Durante un breve instante, Colin la estrechó contra él con una fuerza impactante al tiempo que se extasiaba en la boca que acababa de conquistar. Pero, casi a la misma velocidad, interrumpió el beso.

Cassidy intentó recuperar la respiración mientras se aferraba a él para mantener el equilibrio. Colin continuaba abrazándola, mantenía sus cuerpos como si fueran uno, y taladraba sus ojos con la mirada. El único sonido que perturbaba aquel silencio era el de la mezcla de sus respiraciones.

Cassidy sentía una debilidad que a ella misma le sorprendía. Las rodillas le temblaban. Sacudió la cabeza en un rápido intento por negar lo que Colin había despertado en ella. Algo profundo y secreto parecía estar luchando por liberarse dentro de ella. La fuerza de aquel sentimiento la alarmaba y fascinaba al mismo tiempo. Aun así, el miedo superaba a la curiosidad. El instinto le advertía que todavía no era el momento. Y cuando encontró la fuerza de voluntad que necesitaba para apartarse, Colin la estrechó contra él.

—No, Colin, no puedo —tragó saliva y posó la mano en su pecho.

Vio sus ojos oscurecerse mientras acercaba la boca a sus labios.

—Yo sí puedo —musitó Colin, y la besó con fuerza.

Cassidy se vio entonces de nuevo en medio de la tormenta.

Nada de lo que había experimentado a lo largo de su vida la había preparado para las nuevas demandas de su propio cuerpo. Con inocente seducción, gimió contra la boca de Colin. Le sintió mover los labios contra los suyos mientras murmuraba algo. A continuación, Colin saqueó su boca, arrastrándola a un mundo de calor y oscuridad. Pero, junto a la pasión de Cassidy, se elevaba el miedo. Cuando Colin la soltó, ella respiraba con dificultad. El deseo y la confusión velaban su mirada.

—Por favor, Colin, déjame irme. Creo que estoy asustada.

Sabía que Colin no solo era capaz de hacer el amor con ella, sino también de conseguir que se alegrara de hacerlo. Sus ojos eran de un azul llameante y Cassidy era incapaz de apartar la mirada de ellos. Dejar que aquellos ojos se posaran sobre sus labios habría sido peligroso. Colin tensó la mano sobre su cuello, la relajó y la dejó caer. Cassidy aprovechó aquel momento para retroceder. Consciente de que había escapado por muy poco, se pasó la mano por el pelo.

Colin la observó y se cruzó de brazos.

—Me pregunto si te está costando más luchar contra mí o contra tus propios deseos.

—Yo me hago la misma pregunta —contestó Cassidy con un impulsivo candor.

Colin inclinó la cabeza ante su respuesta y la miró con atención.

—Eres una mujer sincera, Cassidy. Pero procura medir lo sincera que puedes llegar a ser conmigo. Tengo pocos escrúpulos a la hora de aprovecharme de la situación.

—No, estoy segura de que no lo harías —después de soltar una larga respiración, cuadró los hombros—. Supongo que no era posible evitarlo —comenzó a decir con sentido práctico—, pero, ahora que ya está hecho, no volverá a ocurrir —frunció el ceño al ver que Colin echaba la cabeza hacia atrás y soltaba una sonora carcajada—. ¿He dicho algo gracioso?

—Cass, eres única.

Antes de que hubiera podido responder, se había acercado de nuevo a ella y había posado las manos en sus hombros. Se los masajeó con movimientos rápidos, con un gesto amistoso.

—Ese pragmatismo británico siempre estará en guerra con tu apasionamiento celta.

—Ahora eres tú el que está fantaseando —contestó, y alzó la barbilla.

—Has abierto las puertas, Cassidy.

Cassidy frunció el ceño, porque sus palabras le recordaron a lo que ella misma había estado pensando.

—Quizá hubiera sido mejor para ti que las hubieras mantenido cerradas —añadió Colin—. Sí, ya está hecho. Ahora no podrás volver a cerrarlas. Y sucederá otra vez.

La soltó y retrocedió, pero no dejó de mirarla.

—Vamos, vete antes de que olvide que estás asustada.

La fuerte tentación de dar un paso hacia él la alarmó. Para defenderse contra ella, se volvió rápidamente hacia la puerta.

—A las nueve en punto —le recordó Colin.

Cassidy se volvió con la mano en el pomo de la puerta. Colin continuaba en el centro del estudio con los pulgares en los bolsillos delanteros de los vaqueros. El sol se filtraba por la claraboya, dibujando su oscuro atractivo. A Cassidy se le ocurrió pensar entonces que, si fuera una mujer sensata, se iría en ese momento para no volver.

—No eres una persona cobarde, ¿verdad, Cass? —se burló Colin, como si le hubiera leído el pensamiento.

Cassidy echó la cabeza hacia atrás e irguió la espalda.

—A las nueve en punto —dijo fríamente, y cerró la puerta tras ella dando un portazo.

Capítulo 4

A medida que iban pasando los días, Cassidy iba sintiéndose más cómoda en el papel de modelo. En cuanto a Colin se refería, tenía la sensación de que sería raro que alguien pudiera sentirse relajado estando con él. Tenía un carácter voluble, con un amplio espectro de estados de ánimo. Se enfadaba con facilidad, pero Cassidy había comprobado que también era propenso al buen humor. Y cuantos más aspectos de aquel hombre descubría, más la fascinaba.

Justificaba sus análisis de Colin Sullivan como un privilegio de escritora. Era una personalidad como la suya, variada, impredecible y audaz, lo que necesitaba como alimento para su profesión. No había nada entre ellos, se decía a cada rato, solo una relación profesional. Se recordaba a sí misma que Colin no había vuelto a tocarla después del primer día, excepto para hacerle adoptar alguna pose. El apasionado beso había quedado vivamente impreso en su memoria, pero era solo eso, un recuerdo.

Sentada frente a la máquina de escribir en su apartamento, Cassidy se decía a sí misma que era una mujer afortunada: tenía la suerte de tener un trabajo que le permitía mantenerse y de que Colin Sullivan estuviera tan concentrado en su trabajo. Era suficientemente sincera como para admitir que se sentía más que medianamente atraída hacia él. Era mucho mejor, reflexionó, que Colin fuera capaz de volcarse en su trabajo hasta el punto de que apenas notara que ella era una mujer de carne y hueso. A menos

que se moviera cuando estaba posando. Arrugó la frente mientras miraba el reflejo del flexo en la ventana.

Sentirse atraída por Colin era algo completamente natural, decidió. No iba a comportarse como su predecesora, aquella mujer de piel lechosa y ojos de gitana que se había enamorado de él. Ella era mucho más sensata. «No seas tan engreída», musitó una voz en su interior. Las arrugas de su frente dieron paso a un ceño fruncido. Claro que era sensata, se repitió, no iba a ponerse en ridículo por culpa de Colin Sullivan. Él tenía su arte y a Gail Kingsley. Ella tenía su trabajo. Cassidy bajó la mirada hacia la hoja en blanco que tenía en la máquina y suspiró. El problema era que Colin continuaba interfiriendo en su trabajo. No más, se prometió mientras se movía en la silla para ponerse cómoda. Iba a terminar aquel capítulo aquella noche sin volver a pensar en Sullivan.

Inmediatamente, comenzaron a repiquetear las teclas de la máquina siguiendo el ritmo de sus pensamientos. En cuanto empezó, el trabajo la absorbió de tal manera que terminó completamente perdida en los personajes que ella misma había creado. La escena de amor iba desarrollándose hoja tras hoja mientras Cassidy transformaba sus sentimientos en palabras de forma inconsciente. La escena transcurría a un ritmo tan vertiginoso como su abrazo con Colin. Pero, en aquel momento, era ella la que tenía el control de la situación, la que urgía a los personajes a acercarse el uno al otro impulsando su propio destino. Todo salía como ella quería, como ella había planeado, y ni siquiera notó la influencia del hombre en el que se había prometido no volver a pensar. Ya casi había terminado la escena cuando llamaron a la puerta.

Irritada, soltó una maldición.

—¿Quién es? —preguntó y dejó de teclear a media frase.

Le resultaría más fácil transcribir sus pensamientos cuando se pusiera a escribir de nuevo.

—¡Hola, Cassidy! —Jeff Mullans asomó su amistosa y barbada cabeza por la puerta—. ¿Tienes un momento?

Como era su vecino y le apreciaba, Cassidy reprimió las ganas de suspirar y le sonrió.

—Claro.

Jeff entró con una guitarra y seis botellas de cerveza.

—¿Puedo meter esto en tu nevera? La mía ha vuelto a estropearse.

—Adelante —Cassidy giró en la silla para poder mirarle y arqueó una ceja—. Veo que has traído todos tus objetos de valor. No entiendo para qué quieres meter la guitarra en la nevera.

—No, solo las cervezas —respondió Jeff con una sonrisa mientras se dirigía hacia la diminuta cocina—. Y tú eres la única persona del edificio a la que se las confiaría. ¡Vaya, Cassidy! ¿Tú crees en la verdadera comida? Aquí solo tienes un zumo, dos zanahorias y un poco de margarina.

—¿No hay nada más contundente?

—Ven a la puerta de al lado y te prepararé una cena decente — Jeff regresó al cuarto de estar con la guitarra—. Tengo tacos y donuts caducados rellenos de gelatina.

—Suenan maravilloso, pero tengo que terminar este capítulo, de verdad.

Jeff se acarició la barba.

—No sabes lo que te estás perdiendo. ¿Has tenido alguna noticia de Nueva York?

Tras echar un vistazo a las hojas que tenía Cassidy sobre la mesa, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la guitarra en el regazo.

—Esto parece una conspiración silenciosa de la Costa Este — Cassidy suspiró—. Sé que solo han pasado unos días, pero la paciencia no es mi fuerte.

—Lo conseguirás, Cassidy. Tú tienes algo especial —empezó a rasguear la guitarra con aire ausente. Su música era sencilla y relajante—. Algo que hace importante a la gente sobre la que escribes. Si tu novela es tan buena como el cuento que te publicaron, vas por buen camino.

Cassidy sonrió conmovida por la sinceridad de aquel cumplido.

—No te gustaría trabajar como editor en alguna editorial de Nueva York, ¿verdad?

—No me necesitas, pequeña —Jeff sonrió y se echó el pelo hacia atrás—. Además, yo soy un prometedor compositor y cantante.

—Sí, eso he oído.

Cassidy se reclinó en la silla. De pronto, se le ocurrió pensar que a Colin podría gustarle pintar a Jeff Mullans. Sería el tema perfecto para él: el pelo y la barba de un rojo cegador en suave contraste con sus ojos grises, y el cariño con el que acariciaba la guitarra con sus manos largas mientras estaba sentado en la alfombra de mimbre. Sí, Colin le pintaría exactamente así, decidió, con unos vaqueros viejos y una guitarra en el regazo.

—¿Cassidy?

—Lo siento, estaba pensando en otra cosa. ¿Tienes alguna actuación a la vista?

—Dos la semana que viene. ¿Y qué me dices de tu trabajo con el pintor? —Jeff tensó la cuerda más grave ligeramente, la probó y continuó tocando—. He visto sus cuadros, bueno, por lo menos, alguno de sus cuadros. Es increíble —inclinó la cabeza y sonrió—. ¿Qué se siente al ser trasladada a un lienzo por un genio?

—Es una sensación extraña, Jeff. He intentado describirla, pero... —se interrumpió y alzó las rodillas, colocando los talones en el borde de la silla—. Nunca estoy segura de si me ve realmente a mí cuando está pintando. No sé si me reconoceré cuando termine el cuadro.

Frunció el ceño.

—A lo mejor solo está utilizando una parte de mí, de la misma forma que yo utilizo una parte de las personas que conozco para construir mis personajes.

—¿Cómo es? —preguntó Jeff.

Observó cómo vagaba la mirada de Cassidy, dejándose llevar por sus pensamientos. El resplandor del flexo formaba un aura

alrededor de su cabeza.

—Es fascinante —musitó, olvidándose casi de que estaba hablando en voz alta—. Parece un pirata, es un hombre elegante y peligroso y tiene los ojos azules más increíbles que he visto en mi vida. Sus manos son preciosas, no tengo otra palabra para describirlas. Son absolutamente bellas.

Suavizó la mirada y sus ojos comenzaron a soñar.

—Exuda una especie de sensualidad de la que no parece consciente. Es más evidente cuando está trabajando. Supongo que porque en esos momentos se deja llevar por su propia fuerza y se distancia del resto de los mortales. Me pide que hable y yo hablo de todo lo que se me pasa por la cabeza —se encogió de hombros y apoyó la barbilla en las rodillas—. Pero no sé si me oye. Tiene un carácter espantoso y, cuando se enfurece, le sale el acento irlandés. Casi merece la pena arriesgarse a provocar su enfado para oírlo. Es indignantemente egoísta e insoportablemente arrogante, pero también encantador. Cada vez que estoy con él, descubro algo más, una nueva faceta y, aun así, tengo la sensación de que no llegaría a conocerle aunque trabajara durante años para él.

Durante unos segundos, se hizo un silencio roto únicamente por la música de Jeff.

—Estás completamente loca por él —observó Jeff.

Cassidy se sobresaltó al oírle. Abrió sus enormes ojos por la sorpresa y se irguió en la silla.

—¡Qué va! ¡Claro que no! Es solo que... —«¿es solo qué, Cassidy?», se preguntó a sí misma—. Sencillamente, tengo mucho interés en aquello que le hace ser como es —contestó y encogió las rodillas—. Eso es todo.

—Muy bien, pequeña, tú sabrás.

Jeff se levantó con un ágil movimiento. La guitarra parecía una mera prolongación de su brazo.

—En cualquier caso, cuídate —sonrió, se inclinó hacia delante y la agarró por la barbilla—. Es posible que sea un gran pintor, pero, si es verdad lo que dicen las revistas de cotilleo, también es todo un

hombre. Tú eres una mujer muy atractiva y es posible que te conviertas en carne fresca para él.

—No creo que pueda considerarse carne fresca a una mujer que se ha pasado cuatro años en Berkeley —le contradijo Cassidy.

—Solo una mujer absolutamente ingenua podría haber eludido todos mis pasos para acercarme y, aun así, seguir gustándome.

Jeff acortó la distancia que lo separaba de ella y le dio un beso tan agradable y relajante como su música. El corazón de Cassidy no alteró el ritmo de sus latidos.

—No hay manera, ¿eh? —le preguntó cuando alzó la cabeza—. Pero piensa en el dinero que podríamos ahorrarnos si viviéramos juntos.

Cassidy le tiró de la barba.

—A ti solo te interesa mi nevera.

—Sabes demasiado —se burló, y se dirigió hacia la puerta—. Me voy a mi casa, a escribir algo dolorosamente triste y conmovedor.

—Dios mío, últimamente siempre estoy inspirando a alguien.

—No te lo creas mucho —le aconsejó Jeff, y cerró la puerta tras él.

Cassidy dejó de sonreír y clavó la mirada en el vacío. «Loca por él», era ridículo. ¿Acaso una mujer no podía expresar su interés en un hombre sin que alguien interpretara algo más en ello? Se acarició el labio inferior con el dedo y volvió a pensar en el beso de Jeff. Un beso tranquilo, en absoluto perturbador. ¿Qué clase de química hacía que el beso de un hombre fuera simplemente agradable y el de otro tan excitante? Una mujer inteligente se inclinaría por el beso agradable, decidió, sobre todo, sabiendo que Jeff era, básicamente, un hombre bueno y amable. Solo una estúpida preferiría a un hombre que a buen seguro iba a hacerla sufrir.

Con un rápido movimiento de cabeza, volvió de nuevo a la máquina y comenzó a trabajar. Sus dedos habían comenzado a transcribir sus pensamientos cuando volvieron a llamar a la puerta. Cassidy elevó los ojos al cielo.

—Es imposible que hayas acabado de escribir ya una canción triste y conmovedora —gritó, y continuó escribiendo—. Y la cerveza no puede haberse enfriado todavía.

—No puedo discutir ninguno de tus argumentos.

Cassidy giró en la silla y se quedó mirando fijamente a Colin. Permanecía en la puerta, apoyado contra el marco, observándola. Había una ligera diversión en su rostro y una mirada de masculina apreciación mientras deslizaba los ojos por su cuerpo. Cassidy iba apenas cubierta por unos pantalones cortos y una camiseta que había encogido en la lavadora del sótano. Aquella perezosa exploración hizo que Cassidy se sonrojara antes de que hubiera recuperado el habla.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Disfrutar de la vista —contestó Colin y dio un paso hacia el interior del apartamento. Cerró la puerta tras él y arqueó una ceja—. ¿No crees que sería más sensato tener la puerta cerrada?

—Siempre pierdo la llave, así que... —se interrumpió al darse cuenta de lo ridícula que sonaba. Algún día, se prometió, aprendería a pensar antes de hablar—. No hay nada que merezca la pena robar.

Colin sacudió la cabeza.

—Estás completamente equivocada. Cuélgate la llave al cuello, Cass, pero procura mantener la puerta cerrada.

En el cerebro de Cass, comenzó a formarse una respuesta cargada de indignación, pero, antes de que hubiera tenido oportunidad de expresarla en voz alta, Colin volvió a hablar.

—¿Quién creías que era?

—Un compositor con la nevera estropeada. ¿Cómo has averiguado dónde vivo?

—En tu manuscrito aparece tu dirección.

Señaló el grueso sobre que llevaba en la mano.

Cassidy miró el paquete con cierta sorpresa. Había dado por sentado que Colin se olvidaría del manuscrito en cuanto se lo diera. De pronto, se le ocurrió preguntarse por qué no habría preguntado

antes por él, por qué no le había preguntado si lo había leído o qué pensaba de él.

Porque sería infinitamente más difícil soportar sus críticas que el rechazo impersonal de un editor sin rostro. Bruscamente nerviosa, alzó la mirada hacia él. Pero la crítica que estaba esperando no llegó.

Colin comenzó a pasear por la habitación, toqueteó un ramo de flores secas, examinó una fotografía con un marco de plata y miró por la ventana las vistas de la ciudad.

—¿Puedo ofrecerte algo? —preguntó automáticamente.

Recordó entonces el inventario que había hecho Jeff del interior de la nevera. Se mordió el labio.

—Un café —añadió rápidamente, consciente de que solo podría ofrecérselo en el caso de que lo tomara solo.

Colin se volvió y comenzó a caminar otra vez.

—Tienes una mirada especial para el color, Cass —la alabó—. Y una capacidad envidiable para convertir un apartamento en un hogar. Siempre me han parecido lugares sin alma, faltos de privacidad y de carácter —alzó un pequeño espejo enmarcado con caracoles marinos—. Fisherman's Wharf —concluyó, y la miró—. Debe de ser uno de tus lugares favoritos.

—Sí, supongo que sí. Me gusta la ciudad en general y esa zona en particular —sonrió al pensar en ello—. Hay mucha vida en el muelle. Las embarcaciones están todas apiñadas las unas al lado de las otras. Y me gusta imaginarme dónde han estado o adónde irán.

No había terminado la frase cuando ya estaba sintiéndose ridícula. Eran unas palabras demasiado románticas después de lo mucho que se había esforzado por demostrarle a Colin que no lo era. Colin le sonrió y la vergüenza de Cassidy se convirtió en algo más peligroso.

—Voy a preparar un café —dijo rápidamente, y comenzó a levantarse.

—No, no te molestes.

Colin posó la mano en su hombro para que permaneciera en su asiento y miró después hacia el escritorio. Estaba abarrotado de hojas, notas y libros de referencia.

—Estoy interrumpiendo tu trabajo. Es imperdonable.

—Parece que es una afición muy común esta noche —Cassidy intentó sacudirse su incomodidad y sonrió mientras Colin continuaba paseando por la habitación—. No importa, porque en realidad, ya casi he terminado. Si no fuera así, supongo que habría sido tan grosera como sueles serlo tú cuando te interrumpen.

Le gustó la mirada que Colin le dirigió; su forma de arquear la ceja con expresión irónica y la ligera insinuación de una sonrisa en los labios.

—¿Suelo ser muy grosero?

—Abominablemente grosero. Por favor, Colin, siéntate. Estos suelos son muy delgados y ya lo has desgastado lo suficiente.

Señaló una silla, pero Colin continuó apoyado en el borde del escritorio.

—Esta noche he terminado tu novela.

—Sí, he imaginado que a lo mejor por eso me habías traído el manuscrito —intentaba mantener la calma, pero, al ver que Colin no decía nada, gimió frustrada—: ¡Por favor, Colin, no aguanto bien la tortura! Confesaría cualquier cosa antes de que hubieran empezado a clavarme la primera astilla de bambú bajo las uñas. Soy muy blanda. ¡No, espera!

Levantó las dos manos cuando Colin empezó a hablar. Se levantó y rodeó rápidamente la habitación.

—Si te ha parecido horrorosa, solo sufriré durante unos minutos. Estoy segura de que seré capaz de ponerme a trabajar otra vez, bueno, hasta cierto punto. Quiero que seas sincero. No quiero que te andes con paños calientes —se echó la melena hacia atrás con las dos manos y posó los dedos en las sienes durante unos segundos—. Y, por el amor de Dios, no me digas que es interesante. Eso es lo peor. ¡Lo peor del mundo!

—¿Has terminado? —preguntó Colin con voz queda.

Cassidy soltó una bocanada de aire, volvió a pasarse una mano por el pelo y asintió.

—Sí, creo que sí.

—Ven aquí, Cass.

Cassidy obedeció al instante, porque Colin se lo había pedido con voz amable y delicada. Sus ojos estaban al mismo nivel. Le tomó las manos.

—No he mencionado el libro hasta ahora porque quería leerlo sin interrupciones. Y pensé que era preferible no comentar nada hasta que no lo hubiera terminado —mientras hablaba, le acariciaba el dorso de la mano con los pulgares—. Tienes algo especial. Algo que muy poca gente posee. Talento. No es algo que hayan podido enseñarte en Berkeley, sino algo con lo que has nacido. Seguramente, los años en la universidad han ayudado a pulirlo, a disciplinarlo, pero tú has suministrado la materia prima.

Cassidy soltó la respiración que había estado conteniendo. Era increíble, pensó, que pesara tanto la opinión de un hombre al que apenas conocía. La opinión de Jeff la había complacido. La de Colin, la había dejado sin habla.

—No sé qué decir —sacudió la cabeza con un gesto de indefensión—. Ya sé que suena un poco trillado, pero es verdad.

Miró por encima de Colin el desorden de papeles que tenía en el escritorio.

—A veces me entran ganas de tirarlo todo. Tengo la sensación de que no merece la pena tanto sufrimiento, tanto esfuerzo.

—Pero, aun así, decidiste ser escritora —señaló Colin.

—No, nunca lo he elegido —le miró a los ojos. El violeta era casi negro en aquella zona en penumbra—. En realidad, fue la escritura la que me eligió a mí. ¿Tú elegiste ser pintor, Colin?

Colin la estudió en silencio y sacudió la cabeza.

—No —le hizo volver las manos y las miró con el ceño fruncido—. Hay cosas que nos vienen tanto si las pedimos como si no. ¿Tú crees en el destino, Cass?

Cassidy se humedeció los labios, que encontraba repentinamente secos, y tragó saliva.

—Sí.

Pronunció aquella única sílaba como si fuera poco más que un suspiro.

—Por supuesto, estaba convencido de que creerías en él —la miró a los ojos. El corazón de Cassidy dio un vuelco—. ¿Crees que estamos destinados ser amantes?

Cassidy abrió la boca, pero no salió ni una sola palabra de sus labios. Sacudió la cabeza en un gesto de muda negación.

—Mientes muy mal —observó Colin.

Después, la tomó por la barbilla y movió los labios sobre los suyos. En directo contraste con la tranquilidad y el placer provocados por el beso de Jeff, este le produjo un dolor que pareció vibrar en cada célula de su cuerpo. Apartó la cabeza bruscamente, poniéndose a la defensiva.

—¡No! —exclamó.

—¿Por qué? —replicó Colin—. Un beso es algo muy sencillo, el encuentro de unos labios.

—No, no es tan sencillo —protestó Cassidy, sintiendo cómo la atraía hacia él con la fuerza de su mirada—. Tú tomas mucho más.

Colin la besó en las mejillas sin apenas rozarla. Cassidy cerró los ojos.

—Solo lo que tú me das, Cass. Nada más.

Movió los labios sobre los suyos, tentándola, persuadiéndola hasta hacer que la sangre le atronara el cerebro. Le acarició delicadamente la cara.

—Sabes a cosas que había olvidado —musitó—. Frescas, jóvenes. Bésame, Cass. Te necesito.

Con un gemido entre la desesperación y el asombro, Cassidy respondió a lo que Colin le pedía.

Las llamaradas que se encendieron entre ellos fueron intensas, salvajes. El cerebro de Cassidy lanzaba protestas desesperadas, pero fue ignorado. El hambre de Colin la devoraba; su boca se tornó

urgente, escrutadora, mientras él comenzaba a explorar la suavidad de sus curvas con las manos. El miedo que sentía solo añadía excitación, un delicioso terror a perder el control. Estaba sobrecogida por una necesidad primitiva, por un deseo inmemorial. Cuando ambos entreabrieron los labios para volver a encontrarse, los de Cassidy anhelaban desesperadamente aquella unión.

Pero Colin apartó bruscamente los labios y enterró la cabeza en su cuello. Cassidy se estremeció, pero inclinó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole más. Con los dientes, Colin hizo que su piel recobrara nueva vida, víctima de un delicioso dolor. Al mismo tiempo, se abrió paso bajo la camiseta, rodeándole las costillas y acariciando los laterales de los senos con los pulgares mientras Cassidy se arqueaba contra él.

Cassidy sentía que sus articulaciones se deshacían, dejándola impotente y necesitada de apoyo. Por un instante, cuando volvieron a besarse, tuvo la sensación de que no había nada que no le perteneciera a él. Su rendición era completa e incondicional. Lentamente, Colin posó las manos en sus hombros y la apartó. Cassidy parpadeó antes de encontrar las fuerzas que necesitaba para abrir los ojos. La expresión de Colin era sombría y casi intimidante.

—Al parecer, tienes razón —dijo con la voz cargada de deseo—. Un beso no es algo tan simple. Te deseo, Cass, y será mejor que sepas que no habrá nada ni en el cielo ni en el infierno capaz de detenerme cuando decida hacerte mía —relajó las manos, convirtiendo la sujeción en una caricia—. Cuando termine el cuadro, no nos quedará otra opción que la de unir nuestros destinos.

—No.

Asustada, afectada por la intensidad de sus sentimientos, Cassidy escapó de sus brazos. Se pasó una mano temblorosa por el pelo mientras se le aceleraba la respiración.

—No, Colin, no voy a convertirme en la última de tu lista de amantes. Me tengo en más consideración. Eso también es algo que deberías saber.

Se alejó de él irguiendo los hombros con orgullo.

Colin la miró con los ojos entrecerrados. Cassidy podía ver cómo crecía su rabia.

—Eso ya lo veremos.

Dio un paso hacia ella y la agarró del pelo. Con un rápido movimiento, acercó su rostro al suyo y le dio un beso duro y fugaz. A Cassidy le tembló la respiración, pero consiguió sostenerle la mirada.

—El tiempo lo dirá todo, Cass. Ahora es tarde, son casi las doce. Será mejor que me vaya —le tomó la mano y rozó sus dedos con los labios—. El pecado es mucho más tentador después de la medianoche.

Y, con otra despreocupada sonrisa, se volvió hacia la puerta. Cuando la alcanzó, apretó el pestillo para que quedara cerrada cuando se marchara.

—Busca las llaves —le ordenó, y se marchó.

Capítulo 5

Pasó toda una semana sin que Colin y Cassidy tuvieran ningún enfrentamiento. Cassidy había regresado al estudio el día posterior a su visita decidida a resistirse. Le había dicho la verdad cuando había declarado que no estaba dispuesta a convertirse en la última de sus amantes.

Había estado esperando la llegada de una relación profunda y permanente durante toda su vida. Sus propios ideales y su dedicación a los estudios la habían mantenido alejada de los hombres, y aquel distanciamiento había prolongado su ingenuidad. Había crecido únicamente con su padre y nunca había vivido de cerca el compromiso de un hombre y una mujer. Había visto a su padre disfrutar de diferentes relaciones, pero ninguna de las mujeres que habían formado parte de su vida había llegado a ser verdaderamente importante para él. Tras haber visto a su padre vivir volcado únicamente en el trabajo, Cassidy se había prometido que algún día encontraría a un hombre con quien compartir realmente su vida.

Aquella promesa no le parecía un rasgo de romanticismo. Era, sencillamente, algo tan necesario para el alma como la comida para el cuerpo. Y hasta que no encontrara lo que buscaba, esperaría. Antes de que apareciera Colin en su vida, nada la había tentado a hacer las cosas de otra manera. Aun así, cuando había regresado al

estudio, estaba preparada para resistirse. Pero tanta preparación había demostrado ser innecesaria.

Colin apenas hablaba y, cuando la tocaba para colocarla, lo hacía de una forma completamente impersonal. Pero parecía ocultar intensas emociones bajo la máscara de su rostro, sentimientos que parecían tensar el ambiente. Cassidy no tenía manera de saber si aquel sentimiento era genio, pasión o excitación. Lo único que sabía era que era vitalmente consciente de ello... y de él.

Pasaron varios días durante los que cruzaron las palabras imprescindibles entre largos silencios. Para el final de la semana, Cassidy tenía todos los nervios en tensión. Se preguntaba si Colin también sentiría aquella tensión o si sería cosa suya. Él parecía completamente concentrado en la pintura.

El sol caía cálidamente sobre Cassidy, pero tenía los músculos cada vez más tensos al tener que mantener la pose mientras Colin permanecía tras el caballete y movía el pincel de la paleta al lienzo. Era capaz de trabajar durante horas sin descanso. Cassidy intentó imaginarse cómo la estaba pintando.

¿Colgaría el cuadro en la sala de exposiciones o lo dejaría en una esquina, de cara a la pared, hasta que decidiera qué hacer con él?, pensó. ¿Vendería su retrato por un precio astronómico y terminaría colgado en la pared de una mansión inglesa? ¿Y cómo lo titularía? ¿*Mujer en blanco*? ¿*Mujer con ramo de violetas*? Intentó imaginarse siendo analizada y valorada en una clase de arte en la universidad. ¿La contemplaría alguien al cabo de cien años en una polvorienta galería y se preguntaría por lo que estaba pensando la modelo cuando la pintaban?

Aquella idea le produjo una sensación extraña, que no estaba segura de que le gustara. ¿Hasta qué punto habría sido capaz Colin de ver su alma? ¿Hasta qué punto podría reflejarse su personalidad en un lienzo? ¿La mostraría tan desnuda como la modelo tumbada en el sofá?

Colin soltó una rotunda maldición, obligándola a mirarlo. Cassidy abrió los ojos como platos cuando el pintor tiró la paleta.

—Has cambiado de postura —caminó a grandes zancadas hacia ella en el momento en el que Cassidy comenzaba a abrir la boca para disculparse—. ¡Estate quieta, maldita sea! —le ordenó cortante.

Le colocó los hombros con impaciencia y la miró con el ceño fruncido.

—¡No voy tolerar que te muevas!

Cassidy cerró la boca sin disculparse. En medio del calor y del cansancio, creció su genio. Le apartó las manos con un movimiento brusco.

—¡No me hables de esa forma, Sullivan! —arrojó el ramo de violetas al alféizar de la ventana y le fulminó con la mirada—. No me estaba moviendo y, en el caso de que así fuera, sería porque soy humana, y no un robot o un maniquí —echó la cabeza hacia atrás, destrozando con gran eficacia la colocación de su melena—. Estoy segura de que, cuando uno está a la altura de los dioses, no resulta fácil entenderlo, pero no todos podemos ser perfectos.

—Nadie te ha pedido tu opinión —respondió Colin con voz fría a pesar del fuego de su mirada—. Lo único que se le pide a una modelo es que esté quieta —volvió a agarrarla por los hombros con firmeza—. Procura mantener tu genio bajo control cuando estoy trabajando.

—En ese caso, vete a pintar un árbol —le invitó furiosa—. Seguro que él no te contesta.

Cassidy se volvió, dispuesta a ir al vestidor, pero Colin la agarró del brazo y la obligó a volverse hacia él. El genio dominaba su expresión.

—Nadie se aleja de mí sin mi consentimiento.

—¿Ah, no? —Cassidy alzó la barbilla, furiosa por su arrogancia—. ¡Pues mira esto!

Se volvió de nuevo, pero no había dado ni dos pasos cuando Colin la sujetó.

—¡Suéltame! —le ordenó, mientras sentía rugir la sangre por sus venas. Los nervios, que llevaban casi una semana en tensión, estaban llegando a su límite—. No tengo nada más que decir y ya he estado aguantando tu maldita pose durante todo el día.

Colin aumentó la tensión del brazo.

—Muy bien, pero entre nosotros hay algo más que la pintura, ¿verdad? —le espetó, y la estrechó contra él.

A Cassidy se le subió el corazón a la garganta al sentir la violencia de sus dedos contra la piel. Sabía que era el genio el que dictaba sus actos, un genio suficientemente afilado como para poner freno a cualquiera de sus protestas. Colin era un hombre de pasiones y ella era consciente de que su lado oscuro podía llevarlos a ambos a un punto de no retorno. En un desesperado intento por mantener cierta distancia, Cassidy se arqueó. Pero, mientras se movía, Colin se apoderó de sus labios. Cassidy saboreó su furia.

Sus sonidos de protesta sonaban amortiguados por el beso, sus brazos estaban sujetos por los de Colin. El corazón, que tenía casi en la garganta, palpitaba a toda velocidad con la conciencia de que estaba completamente a su merced. Sus labios eran abrasadores, inflexibles, y su lengua penetraba su boca. Cuando intentó volver el rostro, la agarró del pelo con fuerza y la retuvo contra él. Tenía una boca dura, ardiente y despiadada. Tras los párpados cerrados, Cassidy lo veía todo rojo. Por primera vez en su vida, pensó que iba a desmayarse. Sus protestas fueron haciéndose cada vez más débiles. Y Colin fue tomando cada vez más.

La estaba arrastrando a demasiada velocidad, la llevaba por pasillos oscuros que iban más allá del sentimiento y la razón. No había delicadeza en aquel viaje, solo una dura e intransigente demanda. Incapaz de seguir resistiéndose durante un segundo más, Cassidy cedió. No protestó cuando Colin le desabrochó el vestido. El fuego del deseo consumía su cuerpo y respondía instintivamente a sus caricias. Una llamada a la puerta resonó en el estudio con la intensidad de un cañón. Ignorándola, Colin continuó devorando sus labios.

—Colin —Cassidy oyó en la distancia la voz de Gail Kingsley y el sonido de la puerta—. Hay alguien que quiere verte.

Con un salvaje juramento, Colin apartó sus labios de los de Cassidy. La soltó tan bruscamente que, al verse falta de apoyo, Cassidy se tambaleó y cayó contra él. Maldiciendo de nuevo, Colin la agarró por los brazos y la apartó, pero se detuvo al ver sus ojos enormes y asustados.

A Cassidy le temblaban los labios hinchidos por sus besos y respiraba con dificultad mientras se aferraba a él para mantener el equilibrio.

—Colin, no seas desagradable —la voz de Gail sonaba cargada de pragmatismo y paciencia al otro lado de la puerta—. A estas alturas ya debes de haber terminado.

—¡Ya va, maldita sea! —gritó bruscamente, pero mantenía la mirada fija en Cassidy.

La agarró del brazo y la acompañó hasta el vestidor. Una vez allí, la hizo volverse hacia él. En silencio, Cassidy alzó la mirada mientras se esforzaba para recuperar el equilibrio y el ritmo de la respiración. Las ganas de llorar estaban desgarrándola.

Algo cambió en la mirada de Colin.

—Cámbiate —le pidió con voz queda.

Pareció vacilar, como si estuviera a punto de decir algo más, pero se volvió. Cuando cerró la puerta, Cassidy se volvió hacia la pared y dejó que los temblores siguieran su curso. Pasaron varios minutos antes de que fuera consciente de las voces del estudio.

Se oía la voz rápida y nerviosa de Gail, la voz de Colin, más tranquila en aquel momento, sin ningún rastro del genio o la pasión que minutos antes la habían dominado. Una voz desconocida se intercalaba entre las suyas. Era una voz masculina con acento italiano. Cassidy se concentró en las voces más que en lo que decían. Se volvió y contempló su reflejo en el espejo. Lo que vio la dejó estupefacta.

El color todavía no había vuelto a sus mejillas, que estaban tan cenicientas como el vestido que llevaba. Su mirada parecía la de

una mujer hechizada. Pero era su aspecto vulnerable lo que le inquietaba: era el aspecto de una mujer que había aceptado la derrota.

¡No, no, y no! Presionó la palma de la mano contra el rostro reflejado por el espejo. Colin no iba a conseguir nada de esa forma y los dos lo sabían. Se quitó rápidamente el vestido y comenzó a ponerse su ropa. Las líneas poco marcadas de los pantalones caquis y la camisa la hacían parecer menos frágil. Una vez vestida, comenzó una cuidadosa reparación del maquillaje. La conversación que estaba teniendo lugar en el estudio comenzaba a penetrar sus pensamientos. Durante los primeros minutos, estuvo escuchando de manera inconsciente.

—Un uso interesante del color, Colin. Pareces estar buscando un efecto de ensueño.

Al oír la voz de Gail, Cassidy se dio cuenta de que estaban hablando del cuadro. Frunció el ceño mientras se aplicaba colorete en los pómulos. Les estaba dejando ver el cuadro, pensó resentida. ¿Y por qué no a ella?

—Parece casi sentimental. Eso será toda una sorpresa en el mundo del arte.

—Sí, sentimental —intervino el italiano mientras Cassidy escuchaba desvergonzadamente—. Pero hay pasión en esta disposición del color, y un frío pragmatismo en las líneas del vestido. Estoy intrigado, Colin. No consigo averiguar cuál es tu intención.

—Tengo más de una —oyó Cassidy contestar a Colin en un tono cortante e irónico.

—Ya me lo imagino —el italiano se echó a reír y comentó después con curiosidad—: Todavía no has empezado la cara.

—No.

Cassidy reconoció el tono cortante con el que pronunció aquella palabra, pero el italiano lo ignoró.

—Me interesa esa modelo, y parece que también a ti. Supongo que es guapa, y, por supuesto, suficientemente joven como para

que le queden bien ese vestido y las violetas. Aun así, debe de tener algo más.

Cassidy esperó la respuesta de Colin, pero no llegó. El italiano continuó sin dejarse amedrentar.

—¿Vas a mantenerla escondida, amigo mío?

—Sí, Colin, ¿dónde está Cassidy? —Gail formuló aquella pregunta en un tono de diversión que hizo que Cassidy entrecerrara los ojos—. Seguro que le encantaría conocer a Vince —rio con ligereza—. Es una chica muy dulce. No me digas que la hemos asustado.

Profundamente enfadada por el tono condescendiente de su descripción, Cassidy se volvió y abrió la puerta.

—En absoluto —dijo, y le brindó al trío una sonrisa radiante—. Y, por supuesto, me encantaría conocer a Vince.

Vio relampaguear los ojos de Gail con una evidente furia y desvió después la mirada hacia Colin. Su rostro no expresaba nada. Desvió de nuevo la mirada.

El hombre que estaba al lado de Colin era casi una cabeza más bajo que él, pero su cuerpo atlético y su porte orgulloso le hacían parecer más alto. Tenía el pelo tan oscuro como el de Colin, pero liso, y los ojos de un color tan oscuro que resaltaba en el tono aceitunado de su piel. Era un hombre de facciones suaves y atractivas y cuando sonreía, era irresistible.

—¡Ah, *bella!* —suspiró mientras cruzaba la habitación para tomarle las manos—. *Bellísima*. Por supuesto, es absolutamente perfecta. ¿Dónde la has encontrado, Colin? —preguntó mientras parecía acariciar su rostro con la mirada—. Porque pienso ir y plantarme allí hasta que consiga mi propio trofeo.

Cassidy se echó a reír, divertida por su en absoluto disimulado flirteo.

—Estaba en medio de la niebla —le explicó al ver que Colin permanecía en silencio—. Y pensé que era un atracador.

—¡Oh, angelito! Colin es mucho peor que un atracador —Vince se volvió hacia Colin con una sonrisa, pero no le soltó la mano a

Cassidy—. Es un perro irlandés al que le compro los cuadros porque no tengo nada mejor que hacer con mi dinero.

Colin arqueó una ceja mientras avanzaba hacia ellos.

—Vince, te presento a Cassidy St. John. Cass, Vince Clemenza, el duque de Maracanti.

Cassidy abrió los ojos como platos al oír aquella presentación.

—¡Ah, ahora la has impresionado con mi título! —los dientes de Vince resplandecieron cuando sonrió—. Muy conveniente para ti —se llevó las manos de Cassidy a los labios—. Es un placer, *signorina*. ¿Quieres casarte conmigo?

—La verdad es que siempre he pensado que sería una duquesa espectacular. ¿Debo hacer una reverencia? —preguntó sonriendo sobre sus manos unidas—. La verdad es que no estoy segura de cómo se hace.

—Normalmente, Vince exige que se ponga una rodilla en el suelo y se le bese el anillo.

Al oír aquel comentario, Cassidy se permitió mirar a Colin. Su mirada era sombría. Por un instante, alzó la barbilla y, aunque Colin no dijo nada, sintió que había reconocido el gesto.

—Exageras, amigo mío.

Vince soltó las manos de Cassidy y posó después una mano en el hombro del pintor.

—En esta ocasión, envidio más que nunca tu talento. Espero ser el primero al que le ofrezcas el retrato.

Colin no apartaba la mirada de Cassidy.

—Hay una petición anterior.

—Desde luego —Vince se encogió de hombros con un movimiento elegante y descuidado al mismo tiempo—. Tendré que superar la oferta de mi competidor.

Había una inflexión en su tono de voz propia de un hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya. Al oírlo, Cassidy se preguntó cómo podría llevarse tan bien con Colin.

—Vince quería ver *Janeen* —le cortó Gail, y cruzó el estudio para acercarse a una serie de lienzos.

—Si me perdonáis —comenzó a decir Cassidy, pero Vince volvió a agarrarla de la mano.

—No, *madonna*, quédate. Quiero que contemples conmigo el trabajo del artista —y, sin esperar respuesta, la urgió a cruzar el estudio con él.

Gail tomó el cuadro y lo colocó sobre un caballete. Era el retrato de la mujer desnuda. Cassidy alzó la mirada y vio a Gail sonriendo.

—Es la predecesora de Cassidy —anunció, y retrocedió para colocarse al lado de Colin.

Cassidy reconoció inmediatamente la naturaleza posesiva de aquel gesto. Sin mirar a Colin, volvió a concentrarse en el cuadro.

—Una mujer exquisita —musitó Vince—. Uno diría que es una mujer sin ataduras. Tiene un atractivo perverso —se volvió y le dirigió a Cassidy una sonrisa—. ¿Qué te parece?

—Es magnífica —respondió inmediatamente—. Me hace sentirme un poco incómoda, pero envidio su confianza en su propia sexualidad. Creo que intimidaría a la mayoría de los hombres, y que disfrutaría haciéndolo.

—Tu modelo parece ser una astuta juez de personalidades —Vince acarició con aire ausente los nudillos de Cassidy—. Sí, lo quiero. Y también el Faylor que Gail me ha enseñado antes. Creo que ese pintor es una gran promesa. Y ahora, *madonna*... —se volvió de nuevo hacia Cassidy con una mirada de admiración—, ¿querrás cenar conmigo esta noche? La ciudad es un lugar muy solitario sin la compañía de una mujer atractiva.

Cassidy sonrió, pero, antes de que hubiera tenido oportunidad de contestar, Colin posó la mano en su hombro.

—Los cuadros son tuyos, Vince. Mi modelo no.

—¡Ah!

Aquella única expresión estaba cargada de significado. Cassidy entrecerró los ojos con enfado. Colin se volvió lentamente para bajar el cuadro del caballete.

—Empaqueta este cuadro y el de Faylor para Vince —le pidió a Gail mientras le tendía el lienzo—. Ahora mismo bajo para que

discutamos los términos.

Sin decir una sola palabra, Gail cruzó el estudio y Salió. Vince la miró pensativo y se volvió después hacia Cassidy.

—*Arrivederci*, Cassidy St. John —le besó la mano y suspiró con pensar—. Al parecer, voy a tener que buscar mi propio sueño en medio de la niebla. Espero que me hagas un buen precio para consolarme por esta dolorosa decepción, amigo mío —miró a Colin mientras se dirigía a la puerta—. Y, si alguna vez vas a Italia... —le dijo a Cassidy, antes de despedirse con una última sonrisa.

Cassidy se volvió hacia Colin temblando de rabia en cuanto se cerró la puerta.

—¿Cómo te has atrevido a hacer una cosa así?

—Solo le he dicho a Vince que podía quedarse con mis cuadros, pero no con mis modelos —replicó Colin.

Cruzó el estudio lentamente y cubrió el retrato de Cassidy.

—Cualquier otra implicación es pura coincidencia —añadió.

—¡Oh, no! —Cassidy le siguió temblando de furia—. No ha habido ninguna coincidencia. Sabías perfectamente lo que estabas haciendo. ¡Pero no pienso tolerar esa clase de intromisiones por tu parte, Sullivan! —le clavó un dedo en el pecho—. Soy perfectamente libre para salir con quien y quiera y cuando quiera y no voy a permitir que insinúes lo contrario.

Colin se metió las manos en los bolsillos. Durante unos segundos, estudió su rostro en silencio. Cuando habló, lo hizo con una calma absoluta.

—Eres muy joven y notablemente ingenua. Vince es un viejo amigo, un buen amigo, además. Pero también es un calavera encantador, si me perdonas lo anticuado del término. No tiene escrúpulos con las mujeres.

—¿Y tú? —le espetó Cassidy, cegada por la furia.

Vio que Colin se tensaba, vio que sus ojos relampagueaban y que los músculos de su rostro se ponían rígidos. Por primera vez, fue testigo de cómo intentaba controlar su genio.

—Tienes razón, Cass —contestó suavemente. Metió las manos en los bolsillos y la miró atentamente—. No vuelvas hasta el jueves —le pidió, y se volvió hacia la puerta—. Necesito un par de días.

Cassidy permaneció sola en el estudio vacío. Podía haber ganado aquella batalla, pensó desolada, pero la victoria no estaba siendo dulce. Estaba agotada, física y emocionalmente. Regresó al vestidor para buscar su bolso. Colin no era el único que necesitaba un par de días de descanso.

—¡Vaya, me alegro de haberte encontrado aquí! —Gail entraba en el estudio justo en el momento en el que Cassidy salía del vestidor—. He pensado que podríamos tener una conversación.

Gail le dirigió una fugaz y deslumbrante sonrisa y se apoyó contra la puerta del estudio.

—Una conversación a solas —añadió.

Cassidy suspiró con evidente cansancio.

—No, ahora no —dijo, y se cambió el bolso de hombro—. Ya he tenido suficientes discusiones por hoy.

—Seré breve para que puedas marcharte cuanto antes.

Gail utilizaba un tono amable, pero Cassidy podía sentir la hostilidad que latía bajo la superficie. En cualquier caso, era mejor no discutir. Dejaría que se desahogara, se mostraría de acuerdo con todo lo que le dijera y se marcharía tranquilamente. Era lo más sensato.

Le dirigió la que esperaba fuera una inofensiva sonrisa.

—De acuerdo, en ese caso, adelante.

Gail la recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Me temo que quizá no he dejado suficientemente clara mi relación con Colin.

Hablaba con infinita paciencia, como si fuera una profesora dirigiéndose a su alumna. Cassidy ignoró el enfado que ello le provocaba y asintió.

—Colin y yo hemos estado juntos durante mucho tiempo. Ambos satisfacemos una cierta necesidad en el otro. Durante muchos años, él ha tenido aventuras que yo he sido capaz de pasar por alto. En

muchas ocasiones, esas relaciones han parecido más intensas por su impacto mediático —se encogió de hombros—. La imagen romántica de Colin ayuda a mantener la mística del artista, y yo estoy dispuesta a soportar cualquier cosa que pueda ayudar a su carrera. Lo comprendo.

Como si fuera incapaz de permanecer quieta durante más de unos segundos, Gail comenzó a pasear por la habitación.

—Me temo que no sé por qué me estás diciendo esto —comenzó a decir Cassidy.

Lo último que necesitaba era conocer toda la experiencia que Colin Sullivan tenía con las mujeres.

—Y me gustaría dejar algunas cosas claras entre nosotras —Gail dejó de pasear y miró de nuevo a Cassidy con expresión dura y fría—. Siempre y cuando Colin esté pintándote, tendré que soportarte. Sé que es mejor que no me inmiscuya en su trabajo. Pero, si te interpones en mi camino... —agarró la correa del bolso de Cassidy—, tendrás que saber que siempre encuentro la manera de quitar de en medio a la gente que se interpone en mi camino.

—Estoy segura —respondió Cassidy sin alterarse—. Pero me temo que descubrirás que no te va a resultar tan fácil apartarme —apartó los dedos de Gail de su bolso—. Tu relación con Colin es asunto tuyo, no tengo intención de entrometerme. Y no porque me estés amenazando —añadió al ver asomar una sonrisa a la comisura de los labios de Gail—. No me intimidas, Gail. En realidad, te compadezco.

Cassidy ignoró la exclamación de Gail y continuó.

—Tu falta de confianza en lo que a Colin concierne es patética. No represento ninguna amenaza para ti. Cualquiera podría darse cuenta de que él solo está interesado en lo que plasma en el lienzo —señaló con la mano el retrato cubierto—. Yo le intereso como objeto, no como persona.

Sintió una punzada de dolor al comprender hasta qué punto era cierto lo que acababa de decir, pero continuó hablando, aunque las palabras parecían salir desesperadamente de su boca.

—No interferiré en tu relación porque no estoy enamorada de Colin y, además, no quiero enamorarme de él.

Giró, se dirigió hacia la puerta trasera del estudio y la cerró a su espalda. Solo cuando fue capaz de tomar el suficiente aire como para calmar sus nervios, comprendió que había mentido.

Capítulo 6

Durante los dos días siguientes, Cassidy se volcó completamente en el trabajo. Estaba decidida a darse unos días de tranquilidad, a darse tiempo para descansar emocionalmente. Sabía que necesitaba distanciarse de Colin para conseguirlo. La interrupción del contacto diario no era suficiente. Necesitaba sacarlo de su cabeza. Además, se obligó a no considerar la conclusión a la que había llegado tras su encuentro con Gail. No podía pensar en si estaba o no enamorada de Colin, ni en las circunstancias que hacían que aquel fuera un amor imposible. Durante dos días al menos, fingiría que Colin no existía.

Se dedicó a escribir de forma frenética. A expresar con palabras sus temores, el dolor y la pasión. Se quedaba trabajando por la noche hasta tarde, hasta estar segura de que los sueños no la perseguirían. Cuando dormía, lo hacía profundamente, agotada por el ritmo que ella misma se imponía. Y en más de una ocasión, olvidó una comida.

Al segundo día, comenzó a llover. Se había formado una sólida niebla tras la ventana de la cual apenas era consciente. Abajo, los peatones caminaban con paraguas por las calles.

Su concentración era tan completa que, cuando alguien posó una mano en su hombro, gritó asustada.

—Vaya, Cassidy, lo siento —Jeff intentó mostrarse arrepentido, pero sonrió—. He llamado dos veces. Estabas completamente

concentrada.

Cassidy se llevó una mano al corazón, como para mantenerlo en su lugar. Tomó aire un par de veces.

—No pasa nada. Todos necesitamos un buen susto de vez en cuando. Ayuda a mantener la sangre en movimiento. ¿Has vuelto a tener problemas con la nevera?

Jeff esbozó una mueca mientras le pasaba el dedo por la nariz.

—¿Ahí es dónde crees que tengo mi corazón? ¿En tu nevera? Cassidy, soy un hombre sensible, mi madre puede decírtelo.

Cassidy sonrió y se reclinó en la silla.

—Esta noche tengo una actuación en el café que está al final de la calle. Ven conmigo.

—Me encantaría, Jeff, pero... —comenzó a excusarse señalando las hojas que tenía encima del escritorio, pero Jeff la cortó.

—Escucha, llevas dos días encadenada a esa máquina. ¿Cuándo vas a salir a tomar aire?

Cassidy se encogió de hombros y señaló el diccionario con el dedo.

—Mañana tengo que volver al estudio y...

—Una razón más para descansar esta noche. Te estás forzando demasiado. Tómate un descanso —Jeff observó atentamente su rostro y decidió presionar a su favor—. No me vendría mal ver una cara conocida entre el público, ¿sabes? Los artistas principiantes somos muy inseguros —sonrió a través de la barba.

Cassidy suspiró y le sonrió.

—De acuerdo, pero no puedo quedarme hasta muy tarde.

—Toco de las ocho a las once —le explicó Jeff, y le revolvió el pelo—. Antes de las doce podrás estar en casa y arropada en la cama.

—De acuerdo. A las ocho estaré allí —Cassidy frunció el ceño y le dio un golpecito a la esfera—. ¿Qué hora es? Se me ha parado el reloj a las dos y cuarto.

—¿Del día o de la madrugada? —preguntó Jeff con ironía. Sacudió la cabeza—. Son más de las siete. ¡Eh! —la miró con

atención—. ¿Has comido?

Cassidy repasó mentalmente lo que había hecho durante el día y recordó que había comido una manzana a las doce.

—No, en realidad no.

Con un sonido de disgusto Jeff tiró de ella para que se levantara.

—Ven ahora mismo conmigo y te invitaré a una hamburguesa.

Cassidy se apartó el pelo de la cara.

—¡Dios mío! Hacía tiempo que no recibía una oferta tan generosa.

—Y ponte un impermeable —le recordó Jeff mientras se dirigía hacia la puerta—. Por si no lo has notado, está lloviendo.

Cassidy miró hacia la ventana.

—Sí, es verdad —se mostró de acuerdo. Sacó un impermeable amarillo del armario y se lo puso—. ¿Puede ser una hamburguesa con queso? —le preguntó a Jeff al pasar por delante de él.

—¡Mujeres! Nunca están conformes con nada —cerró la puerta tras ellos.

A Cassidy no le importó la lluvia. Resultaba refrescante después de aquellos días de encierro. La hamburguesa con queso y el refresco fueron un banquete después de las escasas comidas de los días anteriores. El café, lleno de gente y humo, le proporcionó un contacto con la humanidad que disfrutó después de tanta soledad.

Sentada cerca de la parte de atrás, bebía un café con leche y escuchaba la música relajante e íntima de Jeff. La noche ya estaba muy avanzada cuando se dio cuenta de que había bajado la guardia. Sin que ella fuera consciente de ello, Colin había conseguido traspasar las barreras. Permanecía claramente instalado en su cerebro. Cassidy sabía que era inútil intentar forzarlo a salir otra vez. Cerró los ojos un instante y los abrió después, aceptando lo inevitable. No podía evitar pensar en él a todas horas.

Colin Sullivan era un artista brillante. También era un hombre que confiaba en sí mismo y hacía girar la vida a su antojo. Tenía ingenio, encanto y sensibilidad. Era egoísta, arrogante, vivía completamente

entregado a su trabajo. Era desconsiderado, dominante y tenía un punto de agresividad.

Y ella estaba completamente enamorada de él.

Cassidy tembló y fijó después la mirada en el café. Era una idiota, una estúpida romántica que, a pesar de conocer las trampas, caía en ellas. Sabía que Colin tenía una amante, comprendía que para él solo tenía importancia como un tema para un cuadro. Era consciente de que sería capaz de hacer el amor con ella sin poner en ello su corazón y sin conmoverse siquiera. Sabía que había habido docenas de mujeres en su vida y que ninguna había durado.

No, ni siquiera Gail, reflexionó, pese a todo lo que ella pudiera decir. Gail solo era otra mujer que había pasado rozando por su vida. Colin nunca se había comprometido realmente con una mujer. Y a pesar de saber todo eso y de estar deseando tener una relación saludable con un hombre, se había enamorado de él. Genial.

Era una locura. Un hombre como Gail la destrozaría. ¿Qué podía hacer? Cassidy levantó lentamente la copa de café y bebió un sorbo, olvidándose de todo lo que la rodeaba.

Tenía que terminar el retrato, había dado su palabra. Pero le resultaría imposible seguir día tras día en el estudio sin decir nada. Además, ella no era capaz de discutir. Apoyó los codos en la mesa con la taza entre las manos y la mirada clavada en la distancia por encima del borde de la taza.

Enfrentarse a él era demasiado peligroso porque hacía emerger los sentimientos. Y no sabía hasta qué punto era Colin capaz de ver dentro de ella. No iba a humillarse a sí misma o a ponerle a él en una situación comprometida por haber sido suficientemente estúpida como para enamorarse. Lo que tenía que hacer era comportarse con naturalidad. Mantener la pose, hablar únicamente cuando se lo pidiera y ser amable con él. El cuadro parecía estar avanzando. Al cabo de varias semanas estaría acabado. Seguramente, sería capaz de comportarse adecuadamente durante esa cantidad de tiempo. Y cuando se acabara el cuadro...

Sus pensamientos se detuvieron en una total oscuridad. Y cuando se acabara el cuadro, ¿qué? Recogería los pedazos que quedaban de ella. Por un momento, la tristeza invadió su mirada. Cuando se terminara el cuadro y Colin saliera de su vida, el universo seguiría funcionando. Qué cosa tan pequeña era la felicidad de una persona, pensó. Qué diminuta pieza de un todo.

Con un suspiro, Cassidy se sacudió de encima aquellos pensamientos sombríos y bebió un sorbo de café. Dejó la taza en la mesa y se dejó acariciar por la música de Jeff.

Cassidy se cerró la chaqueta mientras permanecía fuera del estudio, buscando en el bolso la llave que Colin le había dado.

Maldita llave, gruñó en silencio mientras la buscaba. Resopló para apartarse el pelo de los ojos y sacó una libreta, tres lápices y un caramelo cubierto de pelusa.

—¿Cómo ha llegado esto hasta aquí? —musitó. Desvió la mirada justo en el momento en el que Colin abrió la puerta—. ¡Ah, hola!

Colin inclinó la cabeza a modo de saludo y miró después hacia las manos cargadas de Cassidy.

—¿Buscabas algo?

Cassidy siguió el curso de su mirada. Avergonzada, volvió a meterlo todo en el bolso y se esforzó en recobrar la compostura.

—No, nada. No sabía que estarías tan pronto en el estudio —volvió a colocarse el bolso en el hombro.

—Parece que ha sido una suerte que esté. ¿Has perdido las llaves, Cass? —había una sonrisa en su rostro que la hizo sentirse despistada y estúpida.

—No, no las he perdido —musitó—, pero no las encuentro.

Pasó por delante de él. Al hacerlo, le rozó ligeramente el pecho y sintió un fogonazo de calor. Por lo visto, no iba a ser tan fácil como había pensado.

—Voy a cambiarme —dijo rápidamente, y se dirigió directamente hacia el vestidor.

Cuando salió, Colin estaba ya preparando la paleta y apenas la miró. El hecho de que la ignorara fue casi un alivio. «¿Lo ves?», se dijo. No tenía nada de lo que preocuparse.

—Hoy voy a comenzar a trabajar en el rostro —informó Colin mientras continuaba mezclando la pintura.

El hecho de que no personalizara fue una prueba más de que no estaba pensando en Cassidy St. John. Cassidy intentó negar la existencia del dolor que sentía en el pecho. En silencio, esperó a que terminara y después permaneció quieta mientras la colocaba. No iba a causarle ningún problema, decidió. Pero, cuando Colin la agarró por la barbilla, se tensó y apartó la cara.

La mirada de Colin se encendió.

—Necesito reconocer la forma de tu rostro a través de mis manos —volvió a colocarla con meticuloso cuidado, rozándola apenas—. No me basta con verte con los ojos, ¿lo comprendes?

Cassidy asintió, sintiéndose ridícula. Colin esperó un momento y volvió a agarrarla por la barbilla, pero muy ligeramente, acariciándola con la yema de los dedos. Cassidy se obligó a permanecer muy quieta.

—Cassidy, relájate. Necesito que te relajes.

El tono paciente de aquella orden la sorprendió de tal manera que la indujo a obedecer. Colin musitó su aprobación mientras continuaba deslizando los dedos por su barbilla.

Para Cassidy, fue una deliciosa tortura. Las caricias de Colin eran delicadas, aunque fruncía el ceño en señal de concentración. Cassidy se preguntó si podría sentir el calor que encendía en su piel. Colin dibujó la mandíbula y deslizó los dedos por sus pómulos. Cassidy se concentraba en respirar lentamente. Intentaba decirse a sí misma que el contacto de Colin era tan impersonal como el de un médico, pero, cuando posó la mano en su mejilla, le miró con recelo.

—Estate quieta —le ordenó Colin enérgico, y regresó tras el caballete—. Mírame —le pidió mientras tomaba la paleta y el pincel.

Cassidy obedeció e intentó pensar en cualquier cosa que no fuera el hombre que la estaba pintando. Pero, cuando sus ojos se encontraron, comprendió que era inútil. No podía mirarle y no verle. No podía estar con él y no ser consciente de su presencia. No podía sacarlo de su cabeza, de la misma manera que le resultaba imposible sacarlo de su corazón.

¿Estaría mal soñar un poco? ¿Se equivocaría al intentar buscar algunos pedazos de felicidad durante el tiempo que pudiera estar a su lado? La tristeza no tardaría en llegar. ¿No podía disfrutar al menos de su cercanía y pagar después el precio de la separación? En aquel momento, le parecía una concesión muy pequeña.

Cassidy memorizaba su cuerpo mientras le observaba trabajar. Llegaría un momento, lo sabía, en el que atesoraría aquellos recuerdos. Estudió su pelo tupido cayendo sobre su frente y rizándose en su cuello. Estudió el arco de aquellas cejas negras capaces de expresar todos sus estados de ánimo. Los planos de su rostro le fascinaban. Colin elevaba los ojos una y otra vez hacia su cara mientras pintaba. Había en ellos una fiera concentración, una urgencia que intensificaba el ya de por sí imposible azul de sus ojos.

Cassidy no podía verle las manos, pero las imaginaba largas, estrechas, hermosas. Podía sentir las aprendiendo su rostro, viendo lo que quizá ella nunca sería capaz de ver, comprendiendo lo que ella nunca entendería. Si una mujer tenía que enamorarse locamente de alguien, decidió, no había hombre más perfecto.

Estuvieron trabajando durante horas, tomándose pequeños descansos para que Cassidy estirara los músculos. Colin siempre estaba impaciente por volver a comenzar. Cassidy percibía su estado de ánimo, su excitación, y sabía que estaba creando algo excepcional. Se respiraba aquella sensación en el estudio. El entusiasmo y la anticipación vibraban en el aire.

—Los ojos —murmuró Colin, y dejó la paleta para acercarse a ella—. Ven, necesito verlos de cerca.

Tiró de ella hasta colocarla justo detrás del caballete.

—Los ojos pueden ser el alma del retrato.

Colin la agarró por los hombros. Tenía el rostro apenas a unos centímetros del suyo. Cassidy sentía el olor punzante del aguarrás y la pintura. Y sabía que no sería capaz de volver a percibir aquel olor sin pensar en él.

—Mírame, Cass. Mírame directamente a los ojos.

Cassidy obedeció, aunque la mirada de Colin estuvo a punto de desarmarla. Era una mirada profunda, incisiva, que iba mucho más allá de lo que le ofrecía, que parecía querer encontrar el todo. Se vio a sí misma reflejada en sus ojos.

«Soy su prisionera», pensó. Sus respiraciones se fundían y entreabrió los labios, invitándole a cerrar aquella mínima distancia. Algo se encendió en la mirada de Colin y estuvo a punto de alcanzar la dimensión de una llama. Retrocedió bruscamente hacia el lienzo.

Cassidy preguntó sin pensar.

—¿Qué has visto?

—Secretos —contestó Colin en un murmullo mientras pintaba—. Sueños. No, no desvíes la mirada, Cass. Son tus sueños lo que necesito.

Indefensa, Cassidy volvió a mirarle. Ya era demasiado tarde para resistirse. Colin dejó la paleta y el pincel, miró el lienzo con el ceño fruncido durante varios segundos, dio un paso hacia Cassidy y sonrió.

—Es perfecto. Me has dado todo lo que buscaba.

Cassidy sintió despertar las alarmas.

—¿Ya has terminado?

—No, pero casi —le levantó las manos y se las besó—. Pronto acabaremos.

—Pronto —repitió Cassidy, y pensó que era una palabra horrible. Alejó inmediatamente la tristeza—. Eso es que la cosa va bien.

—Sí, va bien.

—Pero, aun así, no quieres dejarme ver el cuadro.

—Soy supersticioso —le apretó cariñosamente la mano—. Sígueme la corriente.

—A Gail le has dejado verlo —fue incapaz de contenerse, y de evitar que su voz reflejara lo que sentía.

—Gail es una pintora —señaló Gail. Le soltó las manos y le palmeó la mejilla—. No es la modelo.

Con un suspiro de derrota, Cassidy comenzó a pasear por la habitación.

—Supongo que la habrás pintado en más de una ocasión —comentó—. Es tan llamativa, tan vital...

—No es capaz de mantener una pose durante más de cinco minutos —respondió Colin.

Comenzó a limpiar los pinceles en la mesa de trabajo.

Sonriendo, Cassidy se apoyó en el alféizar de la ventana.

—¿Lo pasas mal cuando pintas paisajes marinos? —le preguntó—. ¿O simplemente te limitas a ordenarles al mar y a las nubes que dejen de moverse? Te creo perfectamente capaz.

Se estiró y se levantó la melena. Con un enorme suspiro, la dejó caer de nuevo a su antojo. El sol centelleaba a través de sus infinitos tonos.

Cuando volvió la cabeza para sonreír a Colin, le descubrió observándola con el pincel prácticamente colgando de la mano. Algo la impulsaba, la urgía a acercarse a él. Pero caminó hacia el otro extremo de la habitación.

—El primer cuadro tuyo que vi fue un paisaje irlandés —continuó de espaldas a él, intentando hablar con naturalidad—. Era un trabajo exquisito, pintado a la luz del anochecer. Me gustó porque me ayudaba a imaginar a mi madre. ¿No te parece raro? —se volvió hacia él mientras aquel pensamiento mitigaba sus nervios—. Tengo algunas fotografías tuyas, pero ese cuadro hace que me parezca real. Rara vez me lo parece —sus propias palabras fueron suavizando su voz. Sonrió—. ¿Tus padres están vivos, Colin?

Colin le sostuvo la mirada durante varios segundos.

—Sí —continuó limpiando los pinceles—, están en Irlanda.

—Seguro que te echan de menos.

—A lo mejor. Tienen seis hijos más. No creo que les quede tiempo de sentirse solos.

—¡Seis hijos! —exclamó Cassidy. Curvó los labios en una sonrisa al pensar en ello—. Tu madre debe de ser una mujer increíble.

Colin volvió a mirarla con una sonrisa radiante.

—Tenía un afilador de cuero con el que era capaz de pegar a tres hermanos al mismo tiempo.

—Seguro que os lo merecáis.

—Seguro —contestó mientras observaba las cerdas del pincel—. Pero me recuerdo deseando en más de una ocasión que no tuviera tan buena puntería.

—Mi padre me regañaba —recordó Cassidy. Tomó aire y lo soltó lentamente—. Pero creo que a veces habría preferido que me diera un bofetón. Creo que a veces las regañinas pueden ser más dolorosas que un afilador de cuero.

—¿Cómo las del profesor Easterman en Berkeley? —preguntó Colin con una sonrisa.

Cassidy le miró parpadeando.

—¿Cómo sabes que tuve al profesor Easterman?

—Tú misma me lo contaste, cariño. Fue la semana pasada, creo. O la anterior.

—Pensaba que no me escuchabas.

Cassidy intentó recordar todo lo que había dicho desde que había empezado a posar para él. Se mordió el labio.

—No me acuerdo ni de la mitad de cosas de las que he hablado.

—No pasa nada. Yo las recuerdo muy bien.

Tras limpiarse las manos en un trapo, Colin se volvió hacia ella. Cassidy estaba frunciendo el ceño disgustada.

—Cass, estás volviendo a arrugar el ceño —le dijo Colin, y sonrió al ver desaparecer su ceño—. Eso está mejor. Te he hecho perderte el almuerzo, y eso es un crimen, cuando estás tan delgada. ¿Puedo envenenarte con algo de lo que encuentre en la cocina o te conformas con un café?

—Creo que rechazaré tus dos amables invitaciones —se volvió y se dirigió hacia el vestidor—. Prefiero arriesgarme en casa. Tengo un vecino que me abastece de donuts caducados.

Cassidy cerró la puerta tras ella y sonrió. No había estado tan mal, le dijo a su reflejo. El suelo solo parecía haber temblado un par de veces. Y una vez pasado lo peor, el resto de las sesiones serían mucho más fáciles.

Tarareando ligeramente, comenzó a quitarse el vestido. Todo iba a salir bien. Al fin y al cabo, era una mujer adulta y, por lo tanto, capaz de controlarse.

Después de quitarse el vestido, lo sostuvo en alto para alisar los pliegues. Cuando la puerta se abrió, el tarareo se convirtió en un grito. Con un rápido movimiento, sostuvo el vestido contra su cuerpo desnudo con las dos manos.

—¿Qué tal una cena? —preguntó Colin, apoyándose contra la puerta abierta.

—¡Colin!

—¿Sí? —preguntó en tono amable.

—Colin, vete, no estoy vestida —se aferró al vestido, esperando que la estuviera cubriendo por completo.

—Sí, ya lo veo, pero todavía no has contestado a mi pregunta.

Cassidy emitió un sonido de impaciencia y tragó saliva.

—¿Qué pregunta?

—La de la cena —repitió, recorriéndola con la mirada.

—¿Qué cena?

—No puedes cenar donuts caducados, Cass. No es saludable —sonrió ante la incredulidad que reflejaba su rostro.

Cassidy subió el vestido unos centímetros más.

—También tiene tacos —replicó—. Y ahora, ¿te importaría cerrar la puerta y marcharte?

—¿Tacos? ¡Oh, no! Eso tampoco sirve —Colin sacudió la cabeza e ignoró su petición—. Tendré que ocuparme yo de tu alimentación.

Cassidy estaba a punto de pedirle que respetara su intimidad cuando se detuvo. Miró a Colin con expresión pensativa.

—Colin, ¿me estás pidiendo una cita?

—¿Una cita? —repitió Colin. Permaneció en silencio mientras parecía considerar la pregunta y después arqueó una ceja—. Desde luego, eso parece.

—¿Quieres que quedemos para cenar? —preguntó Cassidy con cierto recelo.

—Sí, para cenar.

—¿A qué hora?

—A las siete.

—A las siete —repitió Cassidy con un asentimiento de cabeza mientras cerraba los oídos al lado más pragmático de su personalidad—. Ahora, cierra la puerta para que pueda vestirme.

—Desde luego.

Apareció en sus ojos un brillo travieso que hizo que Cassidy se aferrara al vestido con las dos manos. Dio un paso hacia atrás.

—Por cierto, Cass, no lo has conseguido del todo.

—¿El qué?

—Te has olvidado de cubrir la parte de atrás —le dijo mientras cerraba la puerta tras él.

Cassidy volvió entonces la cabeza y vio su trasero reflejado en el espejo.

Capítulo 7

Mientras se vestía aquella noche, Cassidy bendijo los dos meses que había trabajado en la *boutique*. Aquel vestido de crepé de China de color lila merecía la pena todas las horas que había pasado practicando la paciencia. Era un vestido de ensueño, de líneas muy ligeras. Los hombros quedaban al descubierto y el corpiño se sujetaba con un elástico justo por encima de los senos. La tela se ajustaba en la cintura y caía libremente hasta las rodillas. Se puso una chaqueta de manga japonesa a juego y se la ató a la cintura. El color resaltaba la originalidad del de sus ojos, decidió. Y aquella noche, quería parecer especial.

«No deberías haber aceptado la invitación», Cassidy se pasó el cepillo por el pelo enérgicamente en respuesta a aquella vocecilla insidiosa. No le importaba. Iba a ir. «Pero vas a sufrir», insistía la voz de su conciencia. En cualquier caso, terminaría sufriendo se dijo mientras se ponía dos pendientes de oro en las orejas. Y, al fin y al cabo, ¿no se merecía todo el mundo disfrutar de un momento especial? ¿Acaso no tenía derecho a asomarse a lo que podría ser la verdadera felicidad? Pasaría una noche con él sin ver ese maldito lienzo entre ellos. Podría disfrutar de ser ella, y no la modelo que Colin veía en el estudio.

Alzó el frasco de perfume y se aplicó una nube de una fragancia tan delicada como la de las lilas. No, no iba a pensar en el mañana. Pensaría solo en el presente. El cuadro ya casi estaba terminado y,

cuando se acabara, todo terminaría. Por lo menos, tendría algo que recordar. Una noche no era mucho pedir. Sabía que tendría que pagar el precio de aquella velada, pero iba a disfrutarla.

Después de echarse la melena hacia atrás, Cassidy miró el reloj.

—¡Dios mío, son casi las siete!

Frenética, comenzó a buscar las llaves. Estaba a cuatro patas, mirando debajo del sofá cama en el que dormía, cuando llamaron a la puerta.

—¡Sí, sí, un momento! —gritó malhumorada.

Estiró el brazo al ver algo brillante al final del sofá. Lo sacó con una exclamación de triunfo y suspiró al ver que tenía una moneda y no una llave entre las manos.

—He dicho que iba a entrar —se excusó Colin.

Cassidy alzó inmediatamente la cabeza. Colin estaba en medio de la puerta, mirando con curiosidad a la mujer que estaba allí a cuatro patas. Cassidy se levantó, resopló para quitarse el pelo de la cara y le miró con atención.

Llevaba un traje negro. Su corte perfecto realzaba la anchura de sus hombros y su complexión delgada. La camisa era una pincelada de blanco en contraste con el negro de la chaqueta y la piel bronceada que mostraba el cuello abierto de la camisa. Cassidy llegó a la conclusión de que Colin Sullivan jamás se ponía una corbata. Se echó hacia atrás, apoyándose en los talones.

—Nunca te había visto de traje —comentó. La luz del flexo iluminaba suavemente su rostro—. Pero no pareces demasiado convencional. Me alegro.

—Eres una mujer sorprendente, Cassidy —le tendió la mano para ayudarla a levantarse y, cuando se incorporó, posó la otra mano en su pelo.

Una vez de pie, Cassidy echó la cabeza hacia atrás y le sonrió.

—¿Tú crees?

Colin sonrió mientras retrocedía con la mano de Cassidy entre la suya.

—Estás adorable —la recorrió rápidamente con la mirada—. Absolutamente adorable.

Le tomó la otra mano, se la hizo girar y se encontró con la moneda.

—¿Es para pagar el taxi? —le preguntó—. Porque con esto no llegarás muy lejos.

Cassidy miró la moneda con el ceño fruncido.

—Pensaba que era la llave.

—Por supuesto —Colin tomó la moneda y la estudió con expresión crítica—. Se parece extraordinariamente a una llave.

—Se parecía cuando estaba debajo del sofá —se defendió Cassidy, y reanudó la búsqueda—. Tiene que estar por alguna parte —musitó mientras removía los papeles que tenía en el escritorio—. He mirado por todas partes, por todas absolutamente.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó Colin mientras la veía pasar las páginas del diccionario.

—Este es el dormitorio —le informó Cassidy, asomándose a través de las hojas de un helecho—. Y el cuarto de estar, el estudio y el salón. Me gusta tenerlo todo en la misma habitación, así no tengo que andar —encontró una goma de borrar debajo de un montón de libretas y la miró con el ceño fruncido—. Ayer estuve buscándola por todas partes —exhaló un largo suspiro y la dejó.

—Bueno, solo será un momento —dijo, como si estuviera hablando con la habitación, y se apoyó en el escritorio—. La encontraré.

Cerró los ojos y se frotó con el índice el puente de la nariz.

—La última vez que las utilicé fue para entrar en casa al venir del mercado —dijo, señalando hacia la puerta—. Llevé la bolsa a la cocina, puse una lata de zumo en la nevera y... —abrió los ojos de par en par antes de salir corriendo hacia la otra habitación.

Cuando volvió, lo hizo pasándose la llave de mano a mano.

—Está fría —explicó, sonrojándose ante la mirada divertida de Colin—. Estaría pensando en cualquier otra cosa cuando la dejé en la nevera.

Tomó un bolsito dorado y dejó caer la llave en el interior.

—Ya está —se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Colin la siguió muy serio y le enmarcó el rostro entre las manos.

—Cass...

—¿Sí?

—No te has puesto los zapatos.

—¡Ah! —alzó los hombros y los dejó caer—. Supongo que los voy a necesitar.

Colin le dio un beso en la frente y la dejó marchar.

—Será mejor que esté preparado para cualquier cosa —acompañó con una sonrisa el gesto de su brazo—. Me parece que están por tu escritorio.

Cassidy se acercó al escritorio en silencio y se puso los zapatos. Regresó a donde estaba Colin con expresión risueña.

—Bueno, ¿habré olvidado algo más?

Colin le tomó la mano y entrelazó los dedos en los suyos.

—No.

—¿Te gusta particularmente la gente organizada, Colin? —Cassidy inclinó la cabeza mientras formulaba la pregunta.

—No particularmente.

—Estupendo. ¿Nos vamos?

La primera sorpresa de la noche fue un Ferrari aparcado en la acera. Era de color rojo y ostentadamente elegante.

—Supongo que es tuyo —musitó Cassidy, desviando la mirada de parachoques a parachoques—. A no ser que mi vecino haya heredado de pronto una fortuna.

—Uno de los sobornos de Vince —Colin abrió la puerta de pasajeros—. A cambio de este coche, le hice un retrato a su sobrina. Una criatura notablemente simple y prognata. ¿Pongo la capota?

—No, no —Cassidy se sentó en el asiento del pasajero y le observó rodear el coche.

Cenicienta nunca había tenido una carroza como aquella, pensó sonriente.

—Pensaba que no pintabas nada a no ser que estuvieras especialmente interesado en el tema.

—Vince es una de las pocas personas a las que me cuesta negarle algo.

El Ferrari cobró vida. Cassidy lo sintió vibrar emocionada.

—¿Sabes que por lo que cuesta este coche podrías comprarte una casa de tres dormitorios en Nueva Jersey? Con garaje y cinco enebros en el jardín.

Colin sonrió y giró en la curva.

—Yo sería un pésimo vecino —respondió mientras conducía con destreza por la ciudad.

Rodearon el Golden Gate Park y evitaron el laberinto de la autopista. Colin conducía por carreteras secundarias y estrechas, y maniobraba hábilmente entre el tráfico.

Cassidy podía oler la variedad de fragancias de los vendedores de flores y oír el tintineo mecánico de la campana del tranvía. Inclinando la cabeza hacia atrás, vio la parte superior de un alto rascacielos.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

En realidad, le importaba muy poco mientras sentía la brisa nocturna acariciando sus mejillas. Le bastaba con estar con él.

—A cenar —respondió Colin—. Estoy hambriento.

Cassidy se volvió hacia él.

—Para ser irlandés, no eres particularmente hablador. Mira —se irguió en el asiento y señaló—. Está entrando la niebla.

La niebla se cernía sobre la bahía, haciendo desaparecer el puente a sorprendente velocidad. Cuando Cassidy miró, solo se veían los pináculos del Golden Gate asomando entre las nubes.

—Esta noche sonarán las sirenas para la niebla —musitó, y miró a Colin otra vez—. Es un sonido que transmite una gran soledad. Siempre me pone triste, aunque nunca he sabido por qué.

—¿Y qué cosas te hacen feliz?

Colin la miró de reojo. Cassidy apartó los mechones de pelo que volaban hacia su rostro.

—Las palomitas —contestó inmediatamente.

Rio, echó la cabeza hacia atrás y miró hacia el cielo. Tenía un penetrante color azul. ¿Cuántas ciudades podían disfrutar de la niebla y el cielo azul al mismo tiempo?, se preguntó. Cuando Colin aparcó en la acera, Cassidy bajó la mirada hasta encontrarse con un enorme hotel. Entreabrió los labios sorprendida al reconocer la zona en la que se encontraban. No había prestado atención a la dirección en la que iban.

Un portero uniformado abrió la puerta y le ofreció la mano para ayudarla a bajar. Cassidy esperó a que Colin le diera una propina y se reuniera con ella.

—¿Te gusta el marisco? —le preguntó mientras se dirigían hacia la entrada.

—Vaya, sí, yo...

—Estupendo, porque aquí tienen un marisco excepcional.

—Eso he oído —musitó Cassidy.

Con unos cuantos pasos, se trasladó desde un mundo conocido a otro al que solo había tenido acceso a través de los libros.

El restaurante era lujoso y enorme. Los techos de cristal coronaban una espaciosa sala iluminada por lámparas de araña. La alfombra era de gran calidad y las mesas estaban elegantemente vestidas de blanco. El *maître* salió inmediatamente a su encuentro y Colin se dirigió a él por su nombre. Cassidy comprendió que el pintor no era un desconocido en aquel lugar.

Les condujeron a una mesa situada en una esquina y apartada en la enormidad del restaurante, pero que, aun así, permitía apreciarlo en todo su esplendor. En aquel momento, la hamburguesa con queso de Jeff parecía estar a kilómetros de distancia. Tras haber mostrado su admiración mucho más de lo que ella misma juzgaba conveniente, Cassidy se volvió hacia Colin.

—Parece que al final voy a cenar algo mejor que unos tacos.

—Soy un hombre de palabra —contestó Colin—. Por eso raras veces la doy. ¿Vino? —preguntó, y Cassidy sonrió ante su tono encantador—. No tienes aspecto de ser muy aficionada a los cócteles.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? —inclinó la cabeza.

—Demasiada inocencia en esos enormes ojos violetas —le apartó el pelo de los hombros—. Casi me hace considerar la posibilidad de hacer algo tan infantil como cortar el vino con agua.

Un camarero vestido de negro se acercó respetuosamente a Colin.

—Una botella de Château Haut-Brion blanco —le pidió el último con la mirada fija en Cassidy.

Con una ligera inclinación de cabeza, el camarero se retiró. Cassidy le observó y miró de nuevo alrededor del salón intentando asimilar todos los detalles.

—Por el estado en el que estaba tu escritorio, he visto que estabas trabajando. ¿Va todo bien?

Cassidy miró a Colin sorprendida. A lo mejor se fijaba más en ella de lo que pensaba.

—Sí, la verdad es que creo que sí. Estoy teniendo una de esas etapas en las que parece que todo encaja en su lugar. No suelen durar mucho, pero son productivas. ¿Ocurre lo mismo con la pintura?

—Hay momentos en los que todo parece fluir sin esfuerzo, y otros en los que te estás peleando continuamente con la pintura —sonrió y la agarró por la muñeca—. Algo así como cuando tú tienes que romper hoja tras hoja, imagino.

El camarero regresó con la botella y comenzó el ritual del vino. Cassidy lo observó agradecida y en silencio. Se le había acelerado el pulso cuando Colin le había agarrado la muñeca con tanta naturalidad. Aprovechó aquellos minutos para serenarse. Cuando le llenaron la copa, fue capaz de llevársela a los labios con absoluta compostura. El vino estaba ligeramente frío y era exquisito.

—¿Te gusta? —preguntó Colin mientras la observaba beber.

Cassidy le miró a los ojos con expresión risueña.

—Esto podría convertirse en un hábito.

—Cuéntame sobre qué estás escribiendo ahora.

También él se llevó la copa a los labios, pero utilizó la mano libre para atrapar la de Cassidy.

—Estoy escribiendo una historia sobre dos personas, sobre la vida que tienen en común y los momentos que pasan separados.

—¿Una historia de amor?

—Sí, aunque un poco complicada.

Miró con el ceño fruncido sus manos unidas y volvió a mirar de nuevo a Colin. La llama de la vela se reflejaba con un brillo dorado en sus ojos violetas. Cassidy se recordó que debía disfrutar del momento y no pensar en el mañana. Una sonrisa asomó a sus labios en el momento en el que rozó con ellos la copa.

—Los dos tienen un carácter muy inestable y a veces se me escapan. Están fieramente decididos a permanecer separados, pero, aun así, algo les arrastra a estar juntos. Me gustaría pensar que el amor les permite permanecer separados en algunos aspectos de su vida.

—El amor dicta sus propias reglas dependiendo de quién esté jugando.

Le acarició los nudillos con el dedo, ascendió hacia las uñas y retrocedió otra vez. Aquel sencillo gesto le aceleró a Cassidy el corazón.

—¿Y la historia tendrá un final feliz?

Cassidy se permitió absorber el azul puro de sus ojos.

—A lo mejor —musitó—. Su destino está en mis manos.

Colin se llevó la mano de Cassidy a los labios sin dejar de mirarla a los ojos.

—Y esta noche, Cass —dijo suavemente—, el tuyo está en las mías.

Cassidy le mantuvo la mirada.

—Solo esta noche.

Colin esbozó entonces una sonrisa propia de un pirata. Alzó su copa y brindó.

—Por la noche que tenemos por delante.

Fue una cena lujosamente larga. El vino destellaba contra el cristal. Incluso después de los numerosos platos, se entretuvieron con el café. Cassidy saboreaba cada momento. Si solo iba a disfrutar de una velada con el hombre del que se había enamorado, disfrutaría cada segundo. Quizá, con su mera fuerza de voluntad, podía hacer pasar más lentamente el tiempo.

La vela había disminuido considerablemente su tamaño cuando se levantaron de la mesa. Deslizó la mano en la de Colin. Justo cuando llegaron a la entrada, alguien llamó a Colin. Al alzar la cabeza, Cassidy vio que se acercaba hacia ellos un hombre calvo vestido con un traje impecable. Sonreía de oreja a oreja con la mano tendida. Cuando llegó al lado de Colin, le estrechó la mano con entusiasmo mientras con la otra mano le palmeaba el hombro. Llevaba una sortija con un enorme diamante.

—¡Sullivan, bribón, me alegro de verte!

—Jack —al rostro de Colin asomó una sonrisa sincera—. ¿Cómo estás?

—No me va mal. Haciendo algún que otro trabajo en la ciudad —desvió la mirada hacia Cassidy y la mantuvo fija en su rostro.

—Cass, te presento a Jack Swanson, un auténtico libertino. Jack, esta es Cassidy, un auténtico tesoro.

Cassidy se debatía entre el placer por la presentación de Colin y el asombro, mientras intentaba conciliar el nombre de Swanson con aquel rostro. Durante los últimos veinticinco años, aquel hombre había producido algunas de las mejores películas de la industria del cine. Cuando Swanson le tomó la mano y se la estrechó, tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa.

—¿Libertino? —se burló Swanson sin soltarle la mano—. No te creas ni la mitad de lo que dice este irlandés. Soy un pilar de la comunidad.

—Sí, hay una placa en su estudio que lo dice —añadió Colin.

—Nunca me ha tenido el más mínimo respeto —Swanson recorrió el rostro de Cassidy con la mirada. Había admiración en su expresión—. Pero tiene un gusto exquisito. No eres actriz, ¿verdad?

—No, a no ser que cuente el haber hecho de seta en una obra del colegio —contestó Cassidy sonriente.

Swanson se echó a reír y asintió.

—He tratado con actrices que tenían menos méritos.

—Cassidy es escritora —le aclaró Colin. Le pasó el brazo por los hombros y dejó caer la mano suavemente sobre su brazo—. Siempre me has advertido que me mantuviera lejos de las actrices.

—¿Y desde cuándo has hecho caso de mis consejos? —se burló Swanson.

Apretó los labios y estudió el rostro de Cassidy. La admiración se transformó en especulación.

—Escritora. ¿Y qué clase de escritora eres?

—Una escritora muy brillante, por supuesto —contestó ella—. Sin una gota de ego o de mal genio.

Swanson le palmeó la mano.

—Tengo una reunión de última hora, pero, si no, te alejaría de este bribón inmediatamente. Cenaremos juntos antes de que me vaya de San Francisco —miró a Colin de reojo—. Puedes traerlo contigo si quieres.

Le palmeó a Colin el hombro y se marchó.

—Es todo un personaje, ¿verdad? —preguntó Colin mientras conducía a Cassidy hacia la puerta.

—Sí, es maravilloso.

Se le ocurrió entonces pensar que, desde que había conocido a Colin, le había estrechado la mano a un duque italiano y a una de las personas más influyentes de Hollywood.

Salieron a la delicada luz del anochecer. El sol ya se había puesto, pero todavía quedaba algo de luz. Cassidy montó en el Ferrari con un suspiro de satisfacción y lo observó volver a la vida. Sorprendida, advirtió que Colin se alejaba de la dirección de su apartamento.

—¿Adónde vamos?

—Quiero llevarte a un lugar que conozco —giró en una esquina y se incorporó al tráfico—. He pensado que te gustaría —la miró de reojo y suspiró—. No estás cansada, ¿verdad?

Cassidy curvó los labios en una sonrisa.

—No, no estoy cansada.

Entraron en un *pub* tenuemente iluminado; el ambiente estaba cargado de humo. Las mesas eran pequeñas y estaban pegadas las unas contra las otras. Personas con vaqueros se sentaban junto a otras ataviadas con elegantes vestidos de noche y trajes de diseño. La música procedente de una banda de metal situada cerca de una minúscula pista de baile llenaba el ambiente. Las parejas se mecían al ritmo de la música.

Colin acompañó a Cassidy a una mesa situada en uno de los laterales. Le llamaron de vez en cuando para saludarlo, pero él se limitó a hacer un gesto de reconocimiento y continuó caminando hasta que estuvieron sentados.

—¡Es maravilloso! Estoy segura de que es una tapadera para traficantes de armas y de joyas —exclamó Cassidy.

Colin se echó a reír y la agarró de las manos.

—Te encantaría, ¿verdad? —sonrió, y un brillo travieso iluminó su mirada.

Una camarera se había abierto paso hacia ellos y esperaba impaciente, cargando el peso en una cadera.

—La señorita necesita champán —le dijo Colin.

—¿Y quién no? —farfulló ella, y volvió a moverse entre las mesas.

Cassidy se echó a reír sin disimular su entusiasmo.

—Aquí no hay ninguna deferencia hacia el señor Sullivan —comentó.

—Todo es una cuestión del ambiente. En el ambiente adecuado, soy capaz de apreciar a una camarera tan descarada. Y también —añadió suavemente, volviéndole la mano y besándole el interior de la muñeca—, las mesas abarrotadas que obligan a los clientes a

estar muy juntos. La falta de luz —continuó, presionando los labios contra la palma de su mano—, y poder disfrutar del sabor de tu piel en relativa intimidad.

Con un ligero movimiento de cabeza, la besó detrás de la oreja.

—Colin —susurró Cassidy sin aliento.

Alzó la mano y la posó en los labios de Colin para defenderse, pero él la entrelazó con la suya le besó los dedos.

La botella de champán cayó sobre la mesa con un sonido sordo. Colin sacó un billete y se lo tendió a la camarera. Esta se lo guardó en el bolsillo y se alejó a grandes zancadas.

—Parece que esta noche el servicio está siendo irritantemente rápido —musitó Colin mientras abría la botella.

El estallido del corcho murió ahogado en el sonido de la banda. Cassidy aceptó una copa y bebió un largo sorbo, esperando que la ayudara a estabilizar el pulso.

Disfrutaron del champán en silenciosa compañía, observando la bulliciosa vida nocturna que giraba a su alrededor. Cassidy se sentía de un humor dulce y soñador. La realidad y la fantasía resultaban difíciles de separar. Cuando Colin se levantó y le tomó la mano, ella se levantó para ir con él a la pista de baile.

El volumen de la música había bajado al comenzar las piezas de *blues*. Colin deslizó las manos alrededor de la cintura de Cassidy y, en respuesta, ella le rodeó el cuello con los brazos.

Sus cuerpos se unieron. El aire estaba cargado de humo y perfumes penetrantes. Las otras parejas eran poco más que sombras en aquella penumbra. Apenas se movían, se limitaban a mecerse muy pegados al ritmo de la música.

Cassidy alzó la cabeza para mirarle a los ojos. Sus miradas se fundieron, sus labios estaban a menos de un susurro de distancia. Cassidy sintió una intensa oleada de deseo. No se habría sentido más a solas con él aunque hubieran estado en una isla en la que no quedara ni el más pequeño vestigio de humanidad. La música terminó con una nota del bajo.

En silencio, Colin le tomó la mano y la sacó de entre la multitud.

La luna era un gajo blanco en el cielo. El aire frío ayudó a Cassidy a desprenderse del calor de su piel y de algunas de las nubes de su cerebro. El Ferrari subió una cuesta y descendió. Cassidy sonrió para sí. No habría cambiado nada de aquella velada. Aquella noche no habría arrepentimientos.

Los largos tentáculos de la niebla se retorcían en la carretera que discurría ante ellos. Al mirar hacia un lado, Cassidy vio una sólida masa de nubes en la bahía, bajo ellos. Miró de nuevo a Colin.

—Vamos a mi casa flotante —le explicó él antes de que hubiera formulado la pregunta—. Tengo algo para ti.

En el cerebro de Cassidy se encendieron las luces de alarma. Sintió en la boca el sabor agrisado del peligro. Cassidy miró hacia la bahía cubierta por la niebla y se dijo a sí misma que debería pedirle a Colin que la llevara a casa. Pero la noche no había terminado, se recordó. Y ella se había prometido disfrutarla.

La niebla iba tornándose más espesa a medida que bajaban a nivel del mar. De vez en cuando, desde algún lugar escondido entre la niebla, llegaba el grave aullido de las sirenas. Para cuando Colin detuvo el coche, Cassidy había perdido la noción del tiempo. Una vez más, volvía a habitar el mundo de la fantasía. Un mundo dominado por la neblina y el suspiro del chapoteo del agua. El graznido histérico de un pato rompió el silencio de la noche. Un estrecho puente de cuerda se meció ligeramente bajo sus pies cuando lo cruzaron. Justo en ese instante, un golpe de viento despejó la cortina de la niebla y apareció la casa flotante frente a ellos.

—¡Oh, Colin! —Cassidy se detuvo para mirarla sorprendida y encantada—. ¡Es maravillosa!

Vio una enorme estructura de madera de dos pisos con una enorme cubierta en la proa. La niebla volvió a envolverlos cuando se acercaron.

Una vez en el interior, Cassidy se sacudió la humedad del pelo mientras Colin encendían la luz. Bajaron dos escalones para llegar al salón. Era una habitación grande y cuadrada con un sofá bajo y apetecible y diferentes mesas cómodamente distribuidas. A la derecha, otro tramo de escaleras conducía a la galería.

—Tiene que ser maravilloso vivir en el agua —Cassidy giró hacia Colin y sonrió.

—Durante las noches despejadas, la ciudad es todo prismas y cristal. En medio de la niebla, se torna taciturna y envuelta de misterio —se acercó a ella y, con un gesto ya habitual en él, le apartó la melena de los hombros—. Tienes el pelo húmedo. ¿Eres consciente de cuántas tonalidades de oro y marrón he tenido que utilizar para pintarte el pelo? Cambia con cada rayo de luz, desafiando a cualquiera que pretenda definir su color —Colin frunció el ceño de repente y dejó caer la mano—. Deberías tomar un *brandy* para quitarte el frío.

Dio media vuelta y se dirigió al armario de las bebidas. Cassidy le observó servir el *brandy* en dos copas mientras ella intentaba superar el efecto provocado por la intimidad de su voz y la caricia de su mano.

Tras aceptar la copa, comenzó a pasear por la habitación. En una de las paredes había un cuadro de la bahía durante la salida de sol. El cielo era una fusión de colores, rojos y dorados intensos. El cuadro transmitía una sensación de brillo y movimiento frenético. Incluso antes de ver la firma, Cassidy supo que era de Kingsley.

—Tiene un enorme talento —comentó Colin tras ella.

—Sí —se mostró Cassidy de acuerdo. Aquel cuadro había conseguido atraparla—. Te obliga a poner toda tu atención en el amanecer. Supongo que una salida del sol como esta debe de ser emocionante, pero creo que yo no sería capaz de comenzar el día de una forma tan violenta, por bella que sea.

—¿Estás hablando del cuadro o de la pintora?

Consciente de que la pregunta de Colin demostraba que había adivinado el curso de sus pensamientos, Cassidy se encogió de

hombros y se apartó.

—Es curioso —comenzó a decir otra vez—. Cualquiera pensaría que un pintor tendería a cubrir las paredes de su casa de cuadros. Pero tú tienes relativamente pocos.

Comenzó a examinar la pequeña colección de pintura, moviéndose lentamente de un cuadro a otro. De pronto, se detuvo con la mirada fija en un pequeño lienzo. Era el paisaje irlandés del que le había hablado a Colin esa misma mañana.

—Me preguntaba si lo recordarías.

Colin había vuelto a colocarse tras ella, pero, en aquella ocasión, posó las manos en sus hombros con un gesto que encerraba una vaga posesividad.

—Sí, claro que me acuerdo.

—Yo tenía veinte años cuando lo pinté. Fue durante mi primer viaje de vuelta a Irlanda.

—Es curioso que te haya hablado de él esta misma mañana —musitó Cassidy.

—Es el destino, Cass —respondió Colin, y le dio un beso en la cabeza.

La hizo volverse, descolgó el cuadro de la pared y se lo tendió.

—Quiero que lo tengas.

Cassidy le miró a los ojos.

—No, Colin, no podría —la tristeza y el asombro se fundían en su voz.

—¿No? —arqueó las cejas bajo los rizos que cubrían su frente—. Pues parece que te gusta.

—¡Colin, sabes perfectamente que me gusta! Es precioso, es maravilloso —la tristeza era cada vez más profunda y se reflejaba claramente en su voz—. Pero no puedo llevarme uno de tus cuadros.

—No te lo estás llevando —la contradijo—, te lo estoy regalando yo. Ese es uno de los privilegios de un artista.

—Colin —volvió a mirar el cuadro y después alzó la mirada hacia él—. No lo habrías conservado durante tanto tiempo si no significara

algo especial para ti. Lo habrías vendido.

—Algunas cosas no se venden, Algunas cosas se regalan —le tendió el cuadro—. Por favor.

Cassidy sentía un nudo de lágrimas en la garganta.

—Es la primera vez que te oigo decir «por favor».

—Ahorro esa palabra para las ocasiones especiales.

Cassidy volvió a mirarle. Colin le estaba dando mucho más que un cuadro. Aquel cuadro representaba un vínculo entre ella misma y una mujer a la que nunca había conocido. Sonrió lentamente.

—Gracias.

Colin dibujó sus labios con un dedo.

—Esta es una de las cosas más bonitas de ti —musitó—. Ven —le pidió bruscamente—. Siéntate y tómate el *brandy*.

Dejó el cuadro a un lado y llevó a Cassidy hasta el sofá.

—¿Pintas también aquí? —le preguntó Cassidy mientras bebía un sorbo de *brandy*.

—A veces.

—Recuerdo la noche que te conocí. Querías que viniera aquí para hacerme unos bocetos.

—Y tú me amenazaste con un marido que era defensa de fútbol americano.

—Fue lo mejor que se me ocurrió en ese momento.

Giró la cabeza para sonreírle y se encontró con el rostro de Colin peligrosamente cerca. Este hundió los dedos en su pelo y se acercó lentamente hasta ella hasta rozarle la mejilla con los labios. Ligero como una pluma, el beso se desplazó hasta su otra mejilla, rozándole los labios, pero sin detenerse. Aun así, Cassidy pudo sentir su sabor.

—Colin —susurró.

Posó la mano en el pecho de Colin mientras este desplazaba los labios hasta su sien. Sabía que el calor que sentía no procedía solamente del *brandy*.

—Cassidy —dibujó su boca y su mandíbula y después se apartó. La miró a los ojos y posó la mano en su hombro—. La última vez

que te besé te hice daño. Y lo siento.

—Por favor, Colin —Cassidy negó con la cabeza para interrumpirle—. Los dos estábamos enfadados.

—Tú ya me has perdonado porque el perdón forma parte de tu naturaleza. Pero no he olvidado tu mirada —deslizó la mano por su brazo hasta entrelazarla con la suya—. Quiero volver a besarte, Cass, pero solo como deberías ser besada —alzó la mano y le acarició delicadamente el cuello—. Pero necesito que me digas que esto es lo que quieres.

Sería tan fácil negarse. Lo único que tenía que hacer era decir «no» y sabía que Colin dejaría que se marchara. Pero se sentía encadenada a él como si realmente fuera su prisionera.

—Sí —dijo, y cerró los ojos—. Sí.

Colin acarició lentamente su boca y Cassidy entreabrió los labios. Los besos de Colin eran suaves y delicados, se prolongaban antes de terminar para que comenzara el siguiente. Cassidy sintió cómo le quitaba la chaqueta y disfrutó del calor de sus manos sobre su piel. Lentamente, los besos fueron haciéndose más profundos. Los brazos de Cassidy se abrieron paso hacia él. La languidez que se extendía por su cuerpo iba más allá de los efectos del vino. Sentía cómo se debilitaban sus piernas y sus brazos y su mente se nublaba al tiempo que se aguzaban los sentidos.

Cuando entreabrió los labios, Colin aflojó la fuerza de su abrazo.

—Cass...

Con un suspiro, Cassidy se acurrucó contra él y rozó su cuello con un beso. Alzó la mano vacilante hasta la seda de su camisa.

—¿Sí? —musitó, elevando el rostro hacia él.

Le miraba con expresión soñadora y sus labios eran toda una tentación. Colin juró para sí antes de apoderarse de su boca.

La respuesta de Cassidy fue instantánea. En el espacio de unas décimas de segundo, la languidez de la pasión se transformó en fuego. La sangre latía con violencia en su cerebro y se descubrió cayendo hacia atrás en el sofá. Colin, con todo el cuerpo en tensión, acarició sus hombros desnudos mientras profundizaba el beso. En

la base del cuello de Cassidy encontró más placer y allí permaneció su boca, sintiendo latir su pulso salvajemente bajo él.

El elástico del corpiño descendió ante la insistencia de la búsqueda, liberando los senos. Una pasión desenfrenada dominó entonces a Cassidy, arrancando de sus labios un gemido de deleite y anhelo. Colin buscó entonces el valle de entre sus senos para devorar su piel ardiente. Rozó las puntas de sus senos con los dedos, explorándolas, aprendiéndolas, y después sustituyó los dedos por su boca. Cassidy gimió estremecida mientras él volvía a apoderarse de sus labios, aceptando la fiera y final urgencia que la abrasaba antes de que Colin pusiera fin a su beso. Abrió los ojos y se encontró con la oscuridad de los de su amante.

Al ver el pelo revuelto que caía sobre su frente, alzó la mano para apartárselo y musitó su nombre. Colin tomó su mano y se la llevó a la mejilla. Con mucho cuidado, colocó el corpiño del vestido en su lugar y tiró de Cass para que se sentara.

—He hecho pocos gestos nobles en mi vida, Cassidy —hablaba con voz ronca y Cassidy podía sentir bajo su mano el rápido latido de su corazón—. Este es uno de ellos.

Se levantó, la instó a levantarse y le puso la chaqueta por los hombros.

—Te llevaré a casa.

—Colin —comenzó a decir Cassidy.

En aquel momento, solo era capaz de pensar que quería ser suya.

—No, no digas nada —apartó las manos de sus hombros para metérselas en los bolsillos—. Esta noche has puesto tu destino en mis manos. Te llevaré a casa. La próxima vez, la decisión será tuya.

Capítulo 8

El sol brillaba en lo alto. Cassidy lo observaba desde su habitación, tumbada en la cama. Se reflejaba tembloroso en el suelo de la habitación. Desvió la mirada hacia el cuadro que colgaba a su izquierda. Llevaba solo dos días allí, pero ya conocía hasta el último detalle, hasta la textura de la última pincelada. Suspirando, clavó la mirada en el cielo.

Recordaba también hasta el último momento de la velada que había pasado con Colin, desde el instante en el que la había encontrado a cuatro patas mirando debajo del sofá hasta la breve despedida de la puerta.

Cuando había regresado la mañana posterior a la cita, Colin había vuelto a retomar la rutina habitual con aparente facilidad. Lo que había pasado durante la velada, había decidido Cassidy, no iba a repetirse. Para él, todo había terminado. Y para ella, pensó, mientras contemplaba el cuadro que le había regalado, duraría eternamente.

Debería estarle agradecida por haberla llevado a su casa cuando lo había hecho. Si se hubiera quedado allí, se dijo tras tomar aire, se habría convertido en otra más de sus amantes. Y después, él habría retomado su vida allí donde la había dejado y ella se habría sentido más sola incluso de lo que se sentía en aquel momento. Tal y como había transcurrido todo, por lo menos tenía una noche excepcional que recordar. Vino, velas y música.

—Tonterías románticas —musitó bruscamente, dio media vuelta en la cama y le propinó un puñetazo a la almohada.

—¡Cassidy!

La llamada a la puerta fue una fugaz concesión antes de que Jeff la cruzara.

—¡Hola Cassidy! —se detuvo y la miró disgustado—. ¿Todavía estás en la cama? Son las once.

Cassidy se tapó hasta la barbilla y se sentó en la cama.

—Sí, todavía estoy en la cama. Anoche estuve trabajando hasta las tres y media —frunció el ceño mirando por encima del hombro de Jeff—. Creía que había cerrado la puerta.

—Me temo que no.

Jeff avanzó rápidamente y se dejó caer en la cama mientras ella se sonrojaba con timidez.

—Siéntete como si estuvieras en tu casa —dijo, señalando la habitación con la mano libre—, no me importa.

—¡Échale un vistazo a esto! Sales en el periódico.

—¿Qué? —Cassidy bajó la mirada hacia el periódico que Jeff llevaba en la mano—. ¿De qué estás hablando?

—He cometido el exceso de comprar el periódico del domingo —comenzó a explicarle. Después, sonrió de oreja a oreja y le acarició la nariz con el dedo—. ¿Y a quién me encuentro al mirar en la sección de sociedad? A mi amiga y vecina Cassidy St. John.

—Te lo estás inventando —lo acusó Cassidy, y se apartó de la cara el pelo revuelto por el sueño—. ¿Qué he hecho yo para salir en las páginas de sociedad?

—Bailar con Colin Sullivan —respondió Jeff mientras sacudía el periódico bajo su nariz.

Cassidy le agarró por la muñeca para que se detuviera y se quedó boquiabierto. Fijó la mirada en la fotografía sin poder creerse lo que estaba viendo. Con dos rápidos movimientos, apartó las sábanas y agarró el periódico que Jeff le había llevado.

—Déjame ver eso.

—Hazlo —respondió Jeff con amabilidad.

Jeff se echó hacia atrás, apoyando el codo en la cama para observar la mirada de expresiones que cruzaban su rostro. El rubor del sueño parecía haberse intensificado.

—Parece que os han visto juntos. Han hecho unas fotografías y han añadido unas cuantas especulaciones sobre la última amante de Sullivan —se frotó la barba y se echó a reír—. ¡Qué poco saben ellos que está ahora mismo está aquí sentada, con una camiseta de fútbol con el número cincuenta y tres que le queda mucho mejor que a cualquier jugador! —se echó a reír otra vez—. También estabas muy bien en el periódico.

—¡Eso son todo... estupideces! —Cassidy soltó el periódico bruscamente, se puso de rodillas en la cama, apartó a Jeff y se levantó—. ¿Has leído lo que dicen? —preguntó mientras le daba a una patada a una zapatilla deportiva—. ¿Cómo se atreven a insinuar algo así?

Jeff observó mientras ella caminaba nerviosa por la habitación.

—¡Eh, Cassidy, es solo una historia inventada! No tienes por qué dejar que te afecte. Además... —recogió el periódico del suelo y lo alisó—. Son bastante halagadores en lo que a ti concierne. Escucha, dicen que eres —se interrumpió y buscó la frase—. ¡Ah, sí! «Una belleza joven y atractiva», suena bastante bien.

Cassidy emitió un sonido de furia y pateó la otra zapatilla deportiva en dirección contraria.

—Sí, eso es muy propio de un hombre —se volvió furibunda hacia él.

Se apartó, abrió un cajón y sacó unos pantalones cortos. Dio media vuelta y los blandió delante de Jeff.

—Creen que con hacer unos cuantos cumplidos se arregla todo —Cassidy se volvió de nuevo hacia el cajón y sacó una camiseta de color rojo—. Bueno, pues no es así. ¡Por supuesto que no es así!

Se apartó el pelo de la cara y tomó aire.

—¿Puedo quedármelo?

—Claro —Jeff se levantó con recelo y le tendió el periódico. Se aclaró la garganta—. Bueno, supongo que tendré que conformarme

con leer el resto del periódico —le dijo.

Pero Cassidy ya estaba mirando la fotografía con el ceño fruncido ora vez. Aprovechando la distracción, Jeff salió sigilosamente del apartamento.

Menos de una hora después, Cassidy estaba en el muelle, dirigiéndose hacia la casa flotante de Colin. En la mano llevaba la página de sociedad del periódico del domingo. Llena de justificada indignación, cruzó el puente y aporreó la puerta. La respuesta fue el silencio y el chapoteo de las olas. Miró a su alrededor y frunció el ceño al ver el Ferrari.

—¡Ah, así que estás en casa, Sullivan! —musitó sombría, y volvió a aporrear la puerta.

—¿Por qué demonios estás dando esos golpes? —tronó la voz de Colin por encima de su cabeza.

Cassidy se apartó de la puerta, alzó la mirada y el sol la cegó. Furiosa, se protegió los ojos con la mano.

Vio a Colin inclinado en la barandilla de la terraza de cubierta. Iba con el pecho desnudo y cubierto únicamente por unos pantalones cortos. Sostenía en la mano un pincel recién mojado en pintura azul.

—Tengo que hablar contigo —gritó Cassidy, mostrándole el periódico.

—Muy bien, sube, pero deja de aporrear la puerta.

Desapareció de la barandilla antes de que Cassidy hubiera podido pronunciar palabra. Esta caminó por la proa hasta encontrar las escaleras. Tras subirlas, permaneció en la cubierta con los brazos en jarras y mirando con el ceño fruncido la espalda de Colin.

Este estaba sentado en un taburete, frente a un lienzo, pintando con pinceladas rápidas y seguras. Cassidy miró hacia el frente y vio los botes que estaba reproduciendo. Se mecían sobre la bahía con las velas hinchadas en un vivo remolino de colores.

—Bueno, ¿qué te impulsa a aporrear la puerta de mi casa, Cass?

Su voz sonaba amortiguada por el pincel que sostenía entre los dientes como si fuera el sable de un pirata. Volvió a mirar el lienzo. Cassidy dio una patada en el suelo y, sin miedo, blandió el periódico delante de su rostro.

—¡Esto!

Con sorprendente calma, Colin dejó los dos pinceles, miró a Cassidy arqueando una ceja y le quitó el periódico.

—La foto es buena —comentó al cabo de unos segundos.

—¡Colin!

—Calla, estoy leyendo.

Permaneció en silencio con la mirada fija en el periódico mientras Cassidy recorría la cubierta con los dientes apretados. Soltó de pronto una carcajada, pero alzó la mano cuando Cassidy intentó hablar. Ella cerró la boca con algo parecido a un gruñido y se volvió de espaldas a él.

—Bueno —dijo Colin al fin—, es bastante divertido.

Cassidy giró furiosa.

—¿Divertido? ¿Eso es lo único que tienes que decir sobre esta... basura?

Colin se encogió de hombros.

—Supongo que podría estar mejor escrito. ¿Quieres un café?

—¿Lo has leído? —preguntó Cassidy y caminó furiosa hasta colocarse delante de él. El viento le revolvió la melena y Cassidy se la echó a hacia atrás, indignada—. ¿Has leído lo que dice? ¿Las cosas que...?

Se interrumpió y dio un zapatazo en el suelo frustrada. Después, le dio a Colin un puñetazo en el pecho.

—¡No soy tu última conquista, Sullivan!

—Ah.

Cassidy echaba fuego por la mirada.

—¡No utilices ese tono conmigo! ¡No soy tu última conquista, y me molesta esa expresión! También me molestan sus insinuaciones.

Me fastidia que digan que somos amantes —echó la cabeza hacia atrás—. ¿Con qué clase de lógica puede llegarse a la conclusión de que por el hecho de que bailemos juntos tenemos que ser amantes?

—Tienes que admitir que la idea es atractiva —se echó a reír al ver la mirada furibunda de Cassidy.

La brisa que se levantaba en la bahía continuaba revolviéndole el pelo. Colin se lo apartó con un gesto distraído y posó la mano en su hombro.

—¿Quieres que denuncie al periódico?

Cassidy advirtió el tono burlón de su voz y hundió las manos en los bolsillos.

—Quiero que se retracten —contestó con cabezonería.

—¿Por qué? ¿Por habernos hecho una fotografía? ¿Por haber hecho unas cuantas especulaciones? Cariño, esa fotografía habla por sí misma —se la mostró—. Estas dos personas parecen estar completamente absortas la una en la otra.

Cassidy se volvió y caminó hasta la barandilla. Sabía que había sido la fotografía la que había alentado los rumores. Sus cuerpos permanecían muy cerca, ella le rodeaba el cuello con los brazos y estaban extraordinariamente unidos. El ambiente oscuro y cargado de humo era el telón de fondo. No hacían falta palabras para completar la imagen. Recordó aquel momento, la sensación que la había inundado, la intimidad que habían compartido.

Aquella fotografía era una invasión a lo más íntimo de ella misma y la odiaba. Detestaba la columna que la acompañaba y que la vinculaba tan a la ligera con Colin. Sin saber siquiera su nombre, la describían como la mujer del momento en la vida de Colin, hasta que apareciera la siguiente. Cassidy frunció el ceño mientras fijaba la mirada en las gaviotas que se zambullían en el agua.

—No me gusta —musitó—. No me gusta aparecer en una fotografía y que la gente especule sobre mí entre el café y los cereales. No me gusta verme convertida en algo que no soy por culpa de la vívida imaginación de alguien. Y no me gusta ser descrita como una...

—«Una belleza joven y atractiva» —Colin le suministró la frase.

—No le veo nada gracioso a esa frase. Me hace sentirme absurda —se cruzó de brazos—. No es ningún cumplido, penséis tú y Jeff lo que penséis.

—¿Quién demonios es Jeff?

—A él el artículo le ha parecido genial —continuó, de nuevo colérica—. Esta mañana se ha sentado en mi cama y ha tenido la desfachatez de decirme que debería sentirme halagada, que debería...

—A lo mejor —la interrumpió Colin acercándose a ella—, deberías explicarme quién es Jeff y por qué estaba metido en tu cama esta mañana.

—No estaba metido en mi cama, estaba sentado en mi cama —le corrigió Cassidy con impaciencia—. Y no te desvíes de lo que estamos hablando, Sullivan.

—Preferiría aclarar esto antes.

Dio un último paso hacia ella y la agarró por la barbilla con dedos sorprendentemente firmes.

—¿Quieres hacer el favor de parar ya? —le exigió Cassidy, y se apartó bruscamente—. ¿Cómo voy a conseguir nada cuando estás fastidiándome y menospreciándome constantemente?

—¿Fastidiándote y menospreciándote? —repitió Colin. Echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas—. ¡Esa sí que es una buena frase! Ahora, háblame de Jeff.

—Deja a Jeff fuera de esto, ¿quieres? —Cassidy resopló frustrada y abrió los brazos—. Me ha traído el artículo esta mañana. Te lo advierto, Colin, no voy a engrosar la lista de tus conquistas pasadas y futuras. Y no pienso dejar que me utilices para sostener la mística romántica del artista.

Colin la miró con el ceño fruncido.

—Y ahora, ¿te importaría aclarar cuál es exactamente el significado de esa última frase, para aquellos que nos perdimos el primer capítulo?

—Creo que está bastante claro, es una frase enunciativa en primera persona. Lo he dicho en serio, Colin.

—Sí —la miró con curiosidad—. Ya lo veo.

Se miraron en silencio. Cassidy era dolorosamente consciente de la atracción que ejercía en ella aquel cuerpo delgado de piel bronceada, cubierto únicamente con unos pantalones vaqueros. Perdido el equilibrio por culpa de sus propios pensamientos, se volvió y se inclinó sobre la barandilla. Durante unos segundos, estuvo escuchando el delicado chapoteo del agua contra el barco. Se encogió de hombros y suspiró.

—Yo soy, básicamente, una persona sencilla, Colin. Nunca he salido del estado y apenas me he alejado más de quinientos kilómetros de esta ciudad. No tengo un pasado fascinante y no soy una mujer misteriosa.

Una vez recobrada la compostura, se volvió hacia él. La brisa le levantaba la melena y se la echaba hacia atrás.

—No me gusta que distorsionen mi imagen —alzó las manos un momento y las dejó caer a ambos lados de su cuerpo—. Yo no soy la clase de mujer que me hacen parecer en el periódico.

Colin dobló el artículo y se lo guardó en el bolsillo trasero antes de acercarse a ella.

—Eres infinitamente más fascinante que la clase de mujer que te hacen parecer en el periódico.

Cassidy sacudió la cabeza.

—No estaba buscando un cumplido.

—En realidad es una frase sencilla —la besó antes de que Cassidy hubiera podido decidir si iba a aceptar o no su beso—. ¿Te sientes mejor?

Cassidy le miró con el ceño fruncido.

—No soy una niña que acabe de tener una rabieta.

Colin arqueó una ceja.

—¿Una belleza joven y atractiva, entonces?

Cassidy le miró con los ojos entrecerrados y bajó la mirada hacia su propio cuerpo.

—Desde luego, yo diría que soy suficientemente atractiva.

—Y, desde luego, también eres joven.

Cassidy alzó los ojos y le dirigió una provocativa mirada.

—¿Y no crees que soy una belleza?

—No.

—¡Oh!

Colin se echó a reír y capturó su rostro entre las manos.

—Esa cara —dijo, recorriendo su rostro con la mirada—, tiene unos huesos soberbios y una piel exquisita. Hay fuerza, fragilidad y vivacidad, y no eres en absoluto consciente de ello. Tienes un rostro único y expresivo. «Belleza» es una palabra demasiado vulgar.

El color caldeó las mejillas de Cassidy. Se preguntaba por qué, después de que la hubiera examinado tantas veces de cerca, la sangre todavía le ardía cuando estudiaba su rostro.

—Tienes una forma encantadora de compensar un insulto —replicó jovial—. Debe de ser cosa del irlandés que hay en ti.

—Tengo mejores formas de hacerlo.

El beso fue tan rápido e insistente que Cassidy no tuvo tiempo de pensar una respuesta. De sus labios escapó un gemido de placer mientras deslizaba las manos por el pecho desnudo y musculoso de Colin. Sentía el calor del sol y de su propio e instantáneo deseo. Su boca se tornó ávida. El deseo giraba en su sangre, haciéndola exigir más que rendirse. La pasión que Colin liberaba parecía dominarla, transformando la sumisión en acción. Sintió que Colin tensaba los brazos a su alrededor y oyó su ronco gemido de aprobación.

—Cassidy —musitó al tiempo que movía los labios sobre su rostro—, me tienes hechizado.

Con una curiosidad que parecía nacida de ellas mismas, las manos de Cassidy exploraron su torso, los nervudos músculos de sus brazos y su espalda. El corazón de Colin latía contra el suyo mientras le acariciaba. Estaba en un mundo nuevo y su boca buscaba la de Colin con voracidad mientras lo descubría.

—¡Oh, parece que interrumpo algo!

Sorprendida, Cassidy apartó la boca de la de Colin, pero fue incapaz de dejar de abrazarlo. Volvió la cabeza y se quedó mirando fijamente a Gail Kingsley. Permanecía al final de la escalera con una mano en la barandilla. Llevaba al cuello un pañuelo verde esmeralda que volaba con el viento.

—Me parece que es bastante obvio —respondió Colin sin alterarse.

Sonrojada hasta la raíz del cabello, Cassidy intentó desasirse.

—Lo siento, Colin, cariño. No sabía que tenías compañía. Al fin y al cabo, es raro en ti, tratándose de un domingo —le dirigió una sonrisa con la que parecía querer indicar que estaba completamente al tanto de sus costumbres—. Vengo a buscar esos lienzos de Rothchild ¿te acuerdas? Y teníamos que hablar un par de cosas. Te espero en el piso de abajo.

Cruzó la cubierta mientras hablaba y abrió la puerta que conducía al interior.

—¿Preparo café para tres? —añadió, y desapareció sin esperar respuesta.

Cassidy volvió la cabeza hacia Colin y presionó las manos contra su pecho.

—Déjame irme —le pidió entre dientes—. Déjame irme inmediatamente.

—¿Por qué? Hace un momento parecías contenta.

Cassidy echó la cabeza hacia atrás mientras lo empujaba. Pero los músculos que acababa de acariciar hacían inútiles sus esfuerzos.

—Hace un momento estaba cegada por una lujuria animal. Ahora empiezo a ver las cosas con claridad.

—¿Lujuria animal? —repitió Colin sonriendo con abierta apreciación—. Qué interesante. ¿Y eso te ocurre a menudo?

—No sonrías, Sullivan, ¡no te atrevas!

Colin la soltó sin cambiar de expresión.

—A veces es difícil no hacerlo.

—¡No te atrevas a seguir abrazándome mientras Gail está allí con esa sonrisa de superioridad!

Sorbiendo por la nariz con gesto altivo, se alisó la camiseta y los pantalones.

—Vaya, Cass, ¿estás celosa? —su sonrisa se hizo más ancha —. Qué halagador.

Cassidy alzó bruscamente la cabeza. Su respiración era cada vez más rápida.

—¡Eres un hombre arrogante, insufrible...!

—Y tú parecías estar deseando soportarme cuando estabas cegada por una lujuria animal.

De la garganta de Cass escapó un gemido furioso.

Forzando el límite, le intentó propinar un gancho que le hizo a ella girar en círculo. Colin lo esquivó y agarró a Cassidy por la cintura.

—Se supone que las mujeres dan bofetadas, no puñetazos.

—No sé cuáles son las normas —le espetó y se apartó.

Cassidy se volvió con intención de marcharse tal y como había llegado. Colin le agarró la mano, la obligó a volverse y la estrechó contra su pecho. La besó en la punta de la nariz.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Hay un viejo refrán irlandés que dice «tres son una multitud» —replicó Cassidy, y volvió a empujarle.

Colin le palmeó la mejilla riendo.

—Cass, no seas tonta.

Colin elevó los ojos al cielo y rezó apelando a su propia fuerza de voluntad. Gritar no serviría de nada. Tomó aire.

—¡Oh, sigue pintando tus barcos! —le sugirió, y comenzó a bajar los escalones.

—Cassidy St. John, eres una mujer preciosa —gritó Colin tras ella exagerando su acento irlandés.

Cassidy le miró por encima del hombro con los ojos centelleantes. Colin permanecía cómodamente inclinado sobre la barandilla.

—Y la verdad es que no es más difícil ver cómo te enfadas que ver cómo te desenfadas. La próxima vez te pintaré en una postura que muestre tus extremos más encantadores.

—¡Cuándo las vacas vuelen! —le gritó y redobló el ritmo de sus pasos.

Las carcajadas de Colin la siguieron.

Capítulo 9

Cassidy sabía que el cuadro estaba prácticamente terminado. Tenía la frenética sensación de estar viviendo una vida prestada. Aunque sentía que el final sería casi un alivio, una liberación de la tensión de la espera, intentaba aguantar a pura fuerza de voluntad. Mientras posaba, tenía la impresión de que Colin estaba perfeccionando el cuadro, puliéndolo, más que creando algo nuevo. Su impaciencia parecía haber desaparecido.

No mencionó la visita del domingo y Cassidy se lo agradeció. Al pensar en ello, con el genio razonablemente atemperado, sabía que había exagerado. Y también se veía obligada a admitir que había hecho el ridículo. El más completo ridículo.

No era la primera vez, reflexionó. Y quizá fuera justificable. En aquel momento, solo fue capaz de ver que habían hecho pública una fotografía suya revelando sus sentimientos más íntimos. Y aquel estúpido artículo... Recordó entonces lo que Gail le había contado sobre la imagen de Colin y la prensa del corazón. Cassidy se contuvo para no fruncir el ceño. En cualquier caso, ya no tendría por qué seguir oyéndola durante mucho tiempo. Y haría bien en comenzar a recomponer su vida y comenzar a pensar en el futuro. Un nuevo trabajo, concluyó con pesimismo. Un nuevo comienzo, se corrigió. Nuevas experiencias, nuevos conocidos. Y noches vacías.

—Es una suerte que terminara la cara ayer —comentó Colin—. Has cambiado de expresión una docena de veces en los últimos

diez minutos. Es increíble el abanico de expresiones que tienes.

—Lo siento. Estaba... —buscó una palabra adecuada y se decidió por una poco comprometida— pensando.

—Sí, ya me he dado cuenta —la miró a los ojos—. Y no parecían pensamientos muy agradables.

—No, estaba pensando en una de las escenas de la novela.

—Um —comentó Colin en un tono neutral. Se apartó un paso del caballete—. No parece una escena particularmente alegre.

—No, no todas pueden serlo —tragó saliva—. Ya está terminado, ¿verdad?

—Sí, prácticamente terminado.

Cassidy dejó escapar un suspiro mientras observaba a Colin estudiar el cuadro con expresión crítica.

—Vamos, ven a echarle un vistazo —la invitó.

Le tendió la mano, pero continuaba con la mirada fija en el cuadro.

A Cassidy la sorprendió darse cuenta de que tenía miedo. Colin alzó la mirada hacia ella y arqueó una ceja.

—¡Vamos, acércate!

Cassidy tensó los dedos alrededor del ramo de violetas, pero caminó hacia él. Obediente, deslizó la mano en la que Colin le tendía. Se volvió y miró.

Había intentado imaginarse aquel cuadro cientos de veces, pero no se parecía en absoluto a como lo había imaginado. El fondo era oscuro, sombrío, jugaba con la idea de profundidad y sombras. Su figura, con el vestido de seda, resaltaba en medio del cuadro. El ramo de violetas era un intenso toque de color que arrastraba la atención hacia la fragilidad de sus manos. El orgullo se manifestaba en la pose, en la inclinación de la cabeza. El pelo lo llevaba gloriosamente revuelto, compensando la inocencia del vestido. Era una incitación a la pasión. Había una delicadeza en su rostro de la que Cassidy no había sido hasta entonces consciente, una fragilidad que competía con la fuerza de sus rasgos. No se había equivocado al pensar que se vería como nunca se había visto.

Tenía los labios entreabiertos, no sonreían, pero parecían estar esperando una sonrisa. La sonrisa de bienvenida a un amante. En su expresión se adivinaba la anticipación de algo que estaba por llegar. Su mirada lo decía todo. Aquellos eran los ojos de una mujer consumida por el amor... Los ojos de la inocencia deseando ser sometida. Nadie que viera aquel cuadro ignoraría que la mujer que aparecía en él estaba enamorada del hombre que lo había pintado.

—¿Y ese silencio, Cass? —murmuró Colin, pasándole el brazo por los hombros.

—No encuentro palabras —susurró con labios temblorosos—. Ninguna me parece adecuada, y cualquier otra cosa me parecería banal.

Se reclinó un momento contra él.

—Colin...

Cassidy intentó olvidar por un momento que los ojos que aparecían en aquel cuadro dejaban su amor al descubierto. Intentó ver el todo, y no solo la revelación de sus sentimientos. Secretos, había dicho Colin. Sueños.

Colin la besó en el cuello por encima de la seda del vestido y la soltó.

—Rara vez una artista contempla su trabajo y le asombra haber sido capaz de crear algo tan extraordinario con sus manos —Cassidy detectaba la emoción de su voz. Percibía en ella un asombro que no le creía capaz de sentir—. Es lo mejor que he hecho en mi vida —se volvió hacia ella—. Te estoy muy agradecido, Cassidy. Tú eres el alma del cuadro.

Cassidy se apartó, incapaz de soportar sus palabras. Tenía que aferrarse al poco orgullo que le quedaba. Desesperada, hizo un esfuerzo por mantener la voz serena.

—Siempre he pensado que el artista es el alma de un cuadro —Cassidy dejó el ramo de violetas sobre la mesa y continuó caminando por la habitación. La seda le acariciaba las piernas—. El cuadro es tuyo, es obra de tu imaginación y tu talento. ¿Cuánta parte de mí hay verdaderamente en ese cuadro?

Se hizo un largo silencio, pero Cassidy no se volvió hacia él.

—¿No lo sabes?

Cassidy se humedeció los labios y se esforzó en mantener la ligereza de su tono mientras se volvía hacia él.

—Mi rostro —contestó, después, señaló el vestido y añadió—, mi cuerpo. El resto es tuyo Colin, no puedo atribuirme el mérito. Has sido tú el que ha buscado el estado de ánimo, el que ha sabido sacar a la luz lo que había visto. Tú tuviste la visión. Me pediste que me convirtiera en un deseo y eso es lo que has reproducido. Una ilusión.

Pronunciar aquellas palabras le causaba más dolor del que se había creído nunca capaz de soportar. Aun así, sentía que no podía dejar de decirlas.

—¿Es así como lo ves? —la mirada de Colin era especulativa, pero Cassidy sentía bullir el enfado bajo la superficie—. Tú has posado y yo he movido los hilos.

—Tú eres el pintor, Colin —contestó, encogiéndose de hombros—. Yo solo soy una escritora sin trabajo.

Tras una larga y silenciosa observación, Colin dio un paso hacia ella. La forma en la que posó las manos en sus hombros estaba perfectamente calculada. Cassidy había sentido aquella mirada escrutadora e inquisitiva en otras ocasiones y se tensó, intentando defenderse contra ella. Colin presionó los dedos sobre sus hombros.

—¿La mujer del retrato tiene algo que ver contigo? —preguntó lentamente.

Cassidy tragó saliva, intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Por supuesto, Colin. Te lo acabo de decir...

Colin la sacudió de tal manera que Cassidy tuvo la sensación de estar tragándose sus propias palabras. Vio la furia en su rostro, aquel genio tan vivo que, sabía, podía llegar a ser violento.

—¿Crees que solo quería tu rostro? ¿Que solo estaba buscando la fachada? ¿No hay nada en ese cuadro que esté dentro de ti?

—¿Tienes que tenerlo todo? —preguntó Cassidy, enfadada y desesperada—. ¿No puedes quedarte con menos? —la emoción enronquecía su voz—. Me has vaciado, Colin. Ese cuadro me ha vaciado —señaló el cuadro con la mano—. Te lo he dado todo, ¿qué más quieres?

Le empujó, envuelta en una oleada de angustia.

—Tú nunca me has mirado realmente, no me has visto realmente, solo me has mirado a través de ese cuadro —se echó la melena hacia atrás con las dos manos y se presionó las sienes con los dedos—. No voy a darte nada más. No puedo, no me queda nada. ¡Está todo allí! —volvió a señalar el cuadro con voz temblorosa—. Pero, gracias a Dios, todo ha terminado.

Con un rápido movimiento, se alejó de él y salió corriendo del estudio.

Cassidy pasó las dos semanas siguientes en el apartamento que unos amigos tenían para las vacaciones. Le dejó una nota a Jeff, se llevó la máquina de escribir y se enterró completamente en el trabajo. Desconectó el teléfono, echó el cerrojo y se encerró en sí misma. Durante dos semanas, intentó olvidar que había un mundo fuera de los personajes y los lugares que recreaba su imaginación. Se entregó a sus personajes en un intento de olvidar a Cassidy St. John. Si no existía, no podía sentir el dolor. Al final de aquel periodo, había perdido casi tres kilos, había escrito cientos de páginas y casi había recuperado el equilibrio.

Al regresar, cargando la máquina por las escaleras de su apartamento, oyó la guitarra de Jeff tras su puerta. Vaciló un instante, pensando en avisarle de que había vuelto, pero al final se metió en su propio apartamento. Todavía no estaba preparada para enfrentarse a ninguna pregunta. Consideró también la posibilidad de llamar a Colin para disculparse y al final decidió que era preferible no hacerlo. Era mejor que la ruptura fuera completa. Si al final se separaban en buenos términos, era posible que Colin sintiera la

tentación de ponerse en contacto con ella de vez en cuando. Cassidy sabía que jamás soportaría una mera amistad con él.

Guardó el vestido que se había llevado puesto al salir a toda velocidad del estudio. Acarició la tela mientras lo metía en la caja. ¡Cuántas cosas habían pasado desde la primera vez que se lo había puesto! Alisó el papel de seda que lo cubría y cerró la tapa. Aquella parte de su vida había terminado. Se volvió y se acercó al teléfono para llamar a The Gallery. La recepcionista la remitió inmediatamente a Gail.

—¡Vaya! Hola, Cassidy, ¿dónde te habías metido?

—Tengo el vestido con el que posé para el retrato y la llave del estudio —le dijo Cassidy—. Me gustaría que alguien viniera a buscarlos.

—Ya entiendo —se produjo una ligera vacilación antes de que Gail continuara—. Pero me temo que ahora estamos terriblemente ocupados, cariño. Sé que Colin tenía un interés especial en ese vestido. ¿Tendrías la amabilidad de traerlo tú misma? Puedes ir directamente al estudio y dejarlo allí. Colin no está y ahora mismo estamos bastante agobiados.

—Preferiría no...

—Gracias, cariño, ahora tengo que colgar —colgó el teléfono.

Con un rápido juramento, Cassidy también colgó.

Colin estaba fuera, pensó mientras recogía la caja del vestido. Ya había llegado el momento de poner punto final a aquella relación.

Poco tiempo después, Cassidy estaba abriendo la puerta trasera del estudio de Colin. Los olores que la recibieron conjuraron al instante la imagen de Colin. La apartó con resolución. Aquel no era el momento, se dijo, y caminó con paso decidido hasta su mesa de trabajo para dejar allí las llaves y el vestido.

Permaneció durante unos instantes en el centro de la habitación, mirando a su alrededor. Había pasado muchas horas allí, muchos días. Todos los detalles permanecían nítidamente grabados en su memoria. Pero quería volver a verlo. Una parte de ella temía haber olvidado algo, algo que podía ser pequeño, insignificante y al mismo

tiempo vital. Le sorprendió ver el retrato todavía en el caballete. Olvidando la promesa de irse rápidamente, Cassidy recorrió el estudio por última vez.

No entendía cómo podía Colin ver aquel retrato y creer lo que le había dicho, pensó mientras lo contemplaba. En realidad, era una suerte que la hubiera creído. Debería agradecer que hubiera creído en sus palabras en vez de en lo que él mismo veía. Alargó la mano y acarició las violetas del retrato.

Cuando la puerta del estudio se abrió, Cassidy apartó la mano del cuadro y se volvió con el corazón en la garganta.

—¿Cassidy? —Vince entró en el estudio a grandes zancadas y con una enorme sonrisa—. ¡Qué sorpresa!

En cuestión de segundos, le había tomado la mano.

—Hola —le temblaba ligeramente la voz, pero consiguió esbozar una sonrisa.

Vince advirtió el temblor de su voz y vio que estaba ligeramente pálida.

—¿Sabes que Colin ha estado buscándote?

Cassidy miró aterrada hacia la puerta.

—No, no lo sabía. He estado fuera. He estado trabajando. Yo solo... —alzó las manos y volvió a unir las manos mientras se oía divagar—. He venido a traer el vestido que llevaba en el retrato.

Los ojos oscuros de Vince la miraron con astucia.

—¿Has estado escondiéndote?

—No —Cassidy se volvió y caminó hacia la ventana—. No, claro que no. He estado trabajando.

Vio al gorrión, ocupado en alimentar a sus polluelos.

—No sabía que ibas a quedarte en los Estados Unidos tanto tiempo.

«Di cualquier cosa», se decía a sí misma, «pero no pienses en nada hasta que no estés fuera de aquí».

—Me he quedado algo más de lo que pensaba para convencer a Colin de que me venda un cuadro del que no quiere deshacerse.

Cassidy se aferró al alféizar de la ventana. En realidad, sabía que lo iba a vender. Desde el primer momento sabía que lo único que conservaría Colin de aquel cuadro serían unos miles de dólares. ¿De verdad esperaba que lo conservara para pensar en ella? Sacudió la cabeza con un sonido de desesperación.

—Cassidy...

Vince posó la mano en su hombro.

—No debería haber venido —susurró Cassidy, sacudiendo la cabeza—. Debería haberlo sabido.

Comenzó a marcharse, pero Vince la agarró del brazo y la hizo volverse hacia él. Mientras estudiaba su rostro con atención, alzó la mano para acariciarle la mejilla.

—Por favor, no seas tan amable conmigo. No soy tan fuerte como yo misma pensaba...

—Y le quieres mucho.

Cassidy abrió los ojos como platos.

—No, es solo que yo... —Vince la silenció posando un dedo en sus labios. Su mirada parecía estar entendiéndolo todo—. He visto ese retrato. Es mucho más elocuente que tus palabras.

Cassidy bajó la cabeza y se llevó la mano a la frente.

—Yo no quería... Intenté evitarlo con todas mis fuerzas... Ahora tengo que irme —dijo rápidamente.

—Cassidy —Vince la agarró por los hombros. Hablaba con voz delicada—. Tienes que verle, tienes que hablar con él.

—No puedo —posó las manos en su pecho y sacudió la cabeza con un gesto de desesperación—. Por favor, no se lo digas. Por favor, llévate el retrato y haz que todo esto acabe de una vez por todas.

Se le quebró la voz y, cuando se descubrió acunada contra el pecho de Vince, no protestó.

—Yo siempre he sabido que esto iba a terminar.

Cerró los ojos para contener las lágrimas, pero permitió que la abrazara hasta que cedió la necesidad de derramarlas. Vince le acariciaba la melena y permaneció en silencio hasta que sintió que

relajaba la respiración. Con mucha delicadeza, le dio un beso en la frente y le hizo inclinar el rostro hacia el suyo.

—Cassidy, Colin es mi amigo...

—Interesante...

Cassidy clavó los ojos en la puerta al oír esa voz y vio... ¡a Colin!

—Yo también lo pensaba —dijo con voz queda—, pero, al parecer, últimamente me he equivocado con más de una persona.

Incluso antes de que entrara en el estudio, Cassidy sintió el peligro que la acechaba.

—Gail me ha dicho que estabas aquí —dijo cuando llegó frente a ellos— con mi amigo.

—Colin... —comenzó a decir Vince.

Colin le interrumpió con una fiera mirada.

—Quítale las manos de encima y mantente al margen de esto. Cuando haya terminado, podrás retomar las cosas donde las has dejado.

Al percibir la cólera de sus palabras, Cassidy se apartó de Vince.

—Por favor —le pidió. No quería causar ningún problema entre ellos—. Déjanos solos un momento.

Como Vince no apartaba la mano de su brazo, desvió la mirada hacia él.

—Por favor —repitió.

Vince dejó caer la mano con relucencia.

—Muy bien, *cara* —se volvió brevemente hacia Colin—. No creo que nunca te hayas equivocado con nadie, amigo mío.

Cruzó la habitación y cerró la puerta tras él. Cassidy esperó un momento antes de hablar.

—He venido a devolver las llaves y el vestido —se humedeció los labios al ver que Colin se limitaba a mirarla fijamente—. Gail me dijo que no estabas.

—Supongo que ha sido una suerte que el estudio estuviera disponible para Vince y para ti.

—Colin, no...

—¿Pretendes convertirte en duquesa? —le preguntó fríamente—. Debería advertirte que Vince es conocido por su generosidad, pero no su constancia —recorrió su rostro con la mirada—. Aun así, una mujer como tú podría durarle un par de semanas.

—Eso es demasiado bajo para ti, Colin.

Se volvió y se alejó de él, pero Colin la agarró de la melena. Cassidy se volvió con un pequeño sonido de dolor y sorpresa y se le quedó mirando fijamente.

Sus ojos parecían haberse oscurecido, al igual que la mandíbula, cubierta por la barba de al menos un día. A Cassidy se le ocurrió entonces pensar que parecía agotado. Al pensar en ello, comprendió que nunca le había visto cansado, ni siquiera después de largas horas de trabajo. Colin tensó los dedos en su pelo.

—Colin —Cassidy alzó la mano, intentando defenderse.

—¡Cuánta inocencia! —dijo Colin suavemente—. ¡Cuánta inocencia! —repitió—. Eres una mujer muy inteligente, Cassidy.

Posó las manos en sus hombros con un gesto despiadado. Cassidy alzó la mirada hacia él en silencio, sintiendo el sabor del miedo en la boca.

—Una cosa es mentir con palabras, pero otra muy distinta mentir con una mirada, mentir con la mirada día tras día. Para eso hace falta ser una profesional del engaño.

—No —Cassidy sacudió la cabeza mientras las palabras de Colin arrancaban las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos—. No, Colin por favor.

Quería decirle que nunca le había mentido, pero no podía. Le había mentido la última vez que habían estado juntos. Lo único que podía hacer era sacudir la cabeza y dejar que rodaran las lágrimas.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó Colin.

Su voz era más colérica a medida que las lágrimas iban empapando las mejillas de Cassidy. El sol que penetraba a través de la claraboya las hacía destellar.

—¿Quieres que olvide que te he mirado día tras día y he visto en tus ojos algo que nunca ha estado allí?

—Te he dado lo que tú querías —las lágrimas se convirtieron en sollozos mientras se resistía contra él—. Por favor, déjame marcharme. Ya te di lo que querías. Ahora todo ha terminado.

—Me diste una fachada, una máscara. ¿No fue eso lo que me dijiste? —la estrechó contra él, obligándola a echar la cabeza hacia atrás para mirarle—. El resto estaba en mi imaginación. ¿Todo ha terminado, Cass? ¿Cómo puede terminar algo que en realidad nunca ha existido? Me dijiste que te había vaciado. ¿Tienes idea de lo que me has hecho tú a mí?

La sacudió ligeramente y los sollozos de Cassidy se hicieron más intensos.

—Tenías razón cuando me dijiste que solo había pintado tu rostro y tu cuerpo. En ti no hay ningún sentimiento. He sido yo el que ha creado a la mujer del cuadro.

—Por favor, Colin, ya basta —se llevó las manos a los oídos para no tener que oír aquellas palabras.

—¿Te asusta la verdad, Cassidy? —le apartó las manos de los oídos y la obligó a mirarle otra vez—. Solo tú y yo sabremos que ese cuadro es mentira, que la mujer del cuadro no existe. Al fin y al cabo, todos intentamos satisfacer las necesidades de los demás —la apartó y soltó un juramento—. ¡Fuera!

Una vez libre, Cassidy corrió ciegamente para escapar de allí.

Capítulo 10

Era la última hora de la tarde cuando Cassidy llegó al edificio en el que se encontraba su apartamento. Había caminado durante largo rato después de que se le secaran las lágrimas. La ciudad estaba abarrotada de gente y ella había buscado aquella multitud, aunque se sentía muy lejos de ella. El cansancio había amortiguado el dolor. Estaba a dos manzanas de su casa cuando había empezado a llover, pero no había aumentado el ritmo de sus pasos.

Una vez en el interior del edificio, buscó las llaves del buzón con movimientos de autómeta. Aunque sus movimientos fueran mecánicos, se obligaba a sí misma a seguir sus rutinas. No iba a dejarse arrastrar por la desesperación. Saldría adelante. Sobreviviría. Se lo había prometido durante aquel largo paseo.

Cuando metió por fin la llave en la cerradura, Cassidy levantó la tapa del buzón y sacó el correo. Rebuscó entre la publicidad y las facturas sin prestar demasiada atención mientras subía las escaleras. Y sus pies se detuvieron bruscamente cuando vio el remite de uno de los sobres: *New York*.

Durante algunos minutos, solo fue capaz de mirar el sobre en silencio, girándolo en sus manos una y otra vez. Regresó al buzón, dejó dentro el resto del correo y se apoyó contra la pared. ¿Una carta de rechazo?, se preguntó, mordiéndose el labio inferior. Pero entonces, ¿dónde estaba el manuscrito? Volvió a girar el sobre y tragó saliva.

—¡Al diablo con todo! —musitó, y rasgó el sobre.

Leyó la carta dos veces en absoluto silencio.

—¿Por qué ahora? —se preguntó, y se odió a sí misma por estar llorando otra vez—. Ahora no estoy preparada para una cosa así —se obligó a reprimir las lágrimas y sacudió la cabeza—. No, es el momento perfecto —se corrigió.

Se obligó a leer de nuevo la carta. No podía haber un momento mejor.

La guardó en el bolsillo y salió de nuevo a correr bajo la lluvia. A los diez minutos, estaba aporreando la puerta de Jeff.

Jeff le abrió con la guitarra en la mano.

—¡Cassidy, has vuelto! ¿Dónde has estado? Estábamos a punto de llamar a los marines —se detuvo y la recorrió de la cabeza a los pies—. ¡Eh... estás empapada!

—¡He sido aceptada en los anales de la literatura! —exclamó Cassidy chorreando. Le mostró una botella de champán—. Imprimirán mi libro y lo colocarán en tu biblioteca pública.

—¡Has vendido el libro!

Jeff soltó un aullido de alegría y la abrazó. Cassidy sintió la presión de la guitarra en la espalda. Le apartó riendo.

—¿Es esa la manera de expresar un momento tan trascendental? Demasiado vulgar —se echó el pelo hacia atrás con la mano libre—. Sin embargo, como soy una persona superior, compartiré esta botella de champán contigo en mi salón. No hace falta llevar corbata.

Se volvió y caminó hacia la puerta de su casa, la empujó y le hizo a Jeff un gesto. Este dejó la guitarra y la siguió.

—Dame —dijo Jeff tras cerrar la puerta tras ella. Tomó la botella—. Yo la abriré. Tú vete a buscar una toalla y sécate si no quieres morir de pulmonía antes de que llegue el primer ejemplar a las librerías.

Cuando regresó del baño envuelta en un albornoz y frotándose el pelo con una toalla, Jeff estaba ya descorchando la botella. El champán salió disparado.

—Es bueno para la alfombra —le aseguró—. Solo he encontrado vasitos de gelatina.

—Mi cristalería está hecha añicos —respondió Cassidy mientras tomaba el vasito—. Por un hombre muy sabio —dijo con solemnidad.

—¿Por quién? —Jeff alzó su copa.

—Por mi editor —anunció, sonrió y bebió—. Un año excelente —comentó, mirando el vasito con expresión crítica.

El champán burbujeaba débilmente.

—¿De qué año es? —Jeff alzó la botella con curiosidad.

—De este —Cassidy rio y bebió un sorbo—. Yo solo compro champán del año.

Bebieron otra vez. Jeff se inclinó entonces sobre ella y la besó.

—Felicidades, pequeña —le quitó la toalla de los hombros—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé —echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Me siento como si fuera otra persona.

Volvió a llenar el vaso rápidamente. Sabía que tenía que continuar moviéndose. Tenía que continuar hablando. No podía pensar seriamente en lo que había ganado aquel día, porque eso la llevaría a pensar en lo que había perdido.

—Debería haber traído dos botellas —dijo, girando en círculo—. Definitivamente, esta es una ocasión que se merece dos botellas de champán.

Bebió, sintiendo que el champán iba subiéndosele a la cabeza.

—La última vez que bebí champán... —se interrumpió al recordar y sacudió la cabeza. Jeff la miró perplejo—. No, no —Cassidy hizo un gesto como si quisiera apartar aquel pensamiento—. Tomé champán en la boda de Barbara Seabright, en Sausalito. Uno de los acompañantes del novio me hizo proposiciones en el guardarropa.

Jeff se echó a reír y bebió otro sorbo. En ese momento, llamaron a la puerta.

—Adelante, hay suficiente para... —se interrumpió al ver que era Colin el que abría la puerta.

El color desapareció lentamente de su rostro. Su mirada se oscureció. Jeff los miró alternativamente y dejó la copa.

—Bueno, será mejor que me vaya. Gracias por el champán, pequeña. Hablaremos después.

—No, Jeff —comenzó a decir Cassidy—. No tienes que irte...

—Tengo un concierto —anunció, apartando la mano con la que Cassidy intentaba retenerlo.

Cassidy le vio intercambiar una larga mirada con Colin antes de salir por la puerta.

—Cass —Colin dio un paso adelante.

—Colin, por favor, vete.

Cerró los ojos con fuerza y se presionó el puente de la nariz con los dedos. Sentía una fuerte tensión en el pecho y detrás de los párpados. «¡No llores! ¡No llores!», se ordenó a sí misma.

—Sé que no tengo ningún derecho a estar aquí —comenzó a decir Colin. No había dureza en su voz—. Sé que no tengo derecho a pedirte que me escuches, pero te lo pido de todas formas.

—No hay nada que decir —Cassidy se obligó a permanecer de pie frente a él—. No quiero verte aquí —le dijo con rotundidad.

Colin pareció encogerse.

—Lo comprendo, Cassidy, pero creo que tienes derecho a una disculpa, a una explicación.

Cassidy tenía las manos apretadas. Fue extendiendo los dedos lentamente, fijando en ellos la mirada.

—Te agradezco el ofrecimiento, Colin, pero no hace falta. Ahora... —alzó la mirada hacia la de Colin—, si eso es todo...

—¡Cass, por el amor de Dios, sé más compasiva de lo que lo he sido yo! Por lo menos déjame disculparme antes de sacarme para siempre de tu vida.

Cassidy se limitó a mirarle fijamente. Se sentía incapaz de responder. Colin se inclinó para tomar la botella de champán.

—Parece que he interrumpido una celebración —dejó la botella donde estaba y la miró—. ¿Estás celebrando algo?

—Sí —Cassidy tragó saliva e intentó hablar con naturalidad—. Sí, celebro algo. Han aceptado mi novela para publicarla. He recibido hoy una carta.

—Cass...

Colin caminó hacia ella y alzó la mano para acariciarle la mejilla.

Cassidy se tensó y retrocedió rápidamente. Al ver la mirada de Colin comprendió que le había herido. Colin dejó caer la mano.

—Lo siento —comenzó a decir Cassidy.

—No tienes por qué. No puedo esperar que aceptes una caricia mía. Te he hecho daño.

Se interrumpió y bajó la mirada hacia su mano antes de volver a alzarla hacia el rostro de Cassidy. Buscó sus ojos.

—Porque te conozco tanto como a mí mismo, soy consciente de lo mucho que te he hecho sufrir. Tendré que vivir con ello. No tengo derecho a pedirte que me perdones, pero quiero pedirte que me escuches.

—De acuerdo, Colin, te escucho —respondió Cassidy con recelo. Tomó aire e intentó hablar con calma—. ¿Por qué no te sientas?

Colin sacudió la cabeza, se volvió hacia la ventana y miró hacia la calle, apoyando las manos en el alféizar.

—Ha dejado de llover y está cayendo la niebla. Todavía recuerdo el aspecto que tenías aquella noche, en medio de la niebla y mirando hacia el cielo. Pensé que eras un espejismo —la última frase la musitó como si estuviera diciéndola para sí—. En mi mente tenía la imagen de una mujer, mi propia idea de la perfección, el equilibrio entre sus diferentes cualidades. Cuando te vi, supe que la había encontrado. Tenía que pintarte.

Por un momento, permaneció en silencio, mirando sombrío aquella tarde plomiza.

—Después, cuando comenzamos, comprendí que eras todo lo que siempre había estado buscando: bondadosa, inteligente, fuerte,

apasionada y vivaz. Cuanto más te pintaba, más me apasionabas. En una ocasión te dije que me habías hechizado. Casi lo creo de verdad. Nunca he deseado a una mujer como te he deseado a ti.

Se volvió y se enfrentó a ella. El juego de la luz arrojaba sombras sobre su rostro.

—Cada vez que te tocaba, te deseaba. No hice el amor contigo aquella noche en mi casa porque no quería que te consideraras una más de mis amantes. No podía aprovecharme de que estabas enamorada de mí.

Al oír sus palabras, Cassidy cerró los ojos. Colin hizo un sonido de desesperación.

—Por favor, déjame terminar. El día que terminé el cuadro, lo negaste todo. Dijiste que todo era producto de mi imaginación. Te mostraste tan fría y desapasionada... Estuviste a punto de destrozarme. La verdad es que no sabía que tenías tanto poder sobre mí. Cuando te marchaste, estaba tan enfadado que dejé que te fueras. Vine a buscarte a tu casa, pero ya te habías ido. He estado completamente desquiciado durante dos semanas, no sabía dónde estabas o, peor aún, si volverías... Lo único que tenía tu vecino era la nota que habías dejado, nada más.

—¿Estuviste con Jeff? —le preguntó.

—Cassidy, ¿no lo comprendes? Desapareciste. La última vez que te vi, te fuiste corriendo de mi lado y después desapareciste. No sabía dónde estabas ni cómo podía encontrarte. Si te hubiera ocurrido algo, me habría vuelto loco.

Cassidy dio un paso hacia él.

—Colin, lo siento, no sabía que te ibas a preocupar tanto.

—¿Preocuparme? —repitió—. Estaba histérico. ¡Dos semanas, Cassidy! ¡Dos semanas sin decir una sola palabra! ¿Sabes la impotencia que se siente al no poder hacer nada más que esperar? No creo que quieras saberlo. He recorrido el Fisherman's Wharf de cabo a rabo, he recorrido hasta el último rincón de la ciudad. ¿Dónde demonios estabas? —preguntó furioso.

Él mismo alzó la mano antes de que Cassidy pudiera contestar. Cassidy le vio tomar aire antes de volverse.

—Lo siento. Últimamente no he dormido mucho. No soy capaz de controlarme.

Comenzó a moverse nervioso otra vez. Se detuvo, tomó la copa que Cassidy había dejado y la examinó con atención.

—Un concepto interesante de copa de champán —musitó. Se volvió y brindó por ella—. Por ti, Cassidy. Solo por ti —y vació la copa de un trago.

Cassidy bajó la mirada.

—Colin, siento haberte preocupado. Estaba trabajando y...

—No —la interrumpió. Cassidy le miró entonces—. No tienes por qué darme explicaciones. Escúchame. Cuando he entrado hoy en el estudio y te he visto con Vince, ha estallado algo en mi interior. Puedo poner muchas excusas: la presión, el cansancio, el enfado, elige lo que más te guste. Pero nada de eso justifica las cosas que te he dicho —su mirada era de lo más elocuente—. Me desprecio por haberte hecho llorar. Odiaba las cosas que te decía incluso mientras las estaba diciendo. Pero al encontrarte allí con Vince después de tantos días...

Se interrumpió, sacudió la cabeza y se dirigió hacia la ventana.

—Gail preparó el momento perfecto —continuó diciendo—. Sabía lo que había pasado durante esas dos semanas y me conoce suficientemente bien como para predecir cómo iba a reaccionar al encontrarte sola con Vince. Le envió al estudio con una excusa inventada antes de que yo llegara. Me dijo que os ibais a encontrar allí. Fue una sugerencia velada, pero me la creí.

Se frotó la nuca como si no pudiera soportar la tensión.

—Fuimos amantes ocasionales hasta hace un año, cuando las cosas comenzaron a complicarse entre nosotros. Debería haberme acordado de con quién estaba tratando, pero no era capaz de pensar con claridad. Gail ha decidido tomarse un año sabático en la Costa Este, y quizá lo prolongue de forma permanente. Y me

gustaría pensar que eres capaz de comprender por qué me he comportado de una forma tan abominable.

Cuando se hizo el silencio, Cassidy oyó la guitarra de Jeff a través de las delgadas paredes del apartamento.

—Colin —Cassidy buscó sus ojos y suavizó su mirada—, estás muy cansado.

La expresión de Colin cambió y, por un momento, Cassidy pensó que iba a enfadarse con ella. Sin embargo, permaneció callado, manteniendo la distancia entre ellos.

—No sé cuándo me enamoré de ti. A lo mejor fue esa primera noche que te encontré en la niebla. O quizá fue cuando te pusiste ese vestido. O a lo mejor te conocí años antes de encontrarme contigo. Supongo que no importa cuándo.

Cassidy le miraba sin ser capaz de pronunciar palabra.

—No soy un hombre fácil, Cassidy, tú misma me lo dijiste en una ocasión.

—Sí —consiguió decir—, lo recuerdo.

—Soy un hombre egoísta con tendencia al mal genio y al mal humor. Tengo muy poca paciencia con todo lo que no sea mi trabajo. Sé que te haré sufrir, que te enfadarás conmigo, que seré irracional e impaciente, pero nadie te amará más que yo. Nadie —se interrumpió, pero Cassidy seguía sin ser capaz de hacer otra cosa que mirarle absolutamente cautivada—. Te estoy pidiendo que olvides la sensatez y te conviertas en mi esposa, en mi amante y en la madre de mis hijos. Te estoy pidiendo que compartas tu vida conmigo, que me aceptes tal como soy...

Se interrumpió de nuevo y bajó la voz.

—Te amo, Cass. Esta vez, el destino está en tus manos.

Cassidy le miró mientras hablaba, oía la cadencia de su acento nativo hacerse cada vez más fuerte en su discurso. Aun así, Colin continuaba sin acercarse a ella, permanecía en medio de la habitación con las sombras jugando sobre su rostro. Cassidy recordó su expresión al verla retroceder ante su contacto.

Caminó lentamente hacia él. Alzó la mano, le rodeó el cuello con los brazos y enterró la cara en su hombro.

—Abrázame.

Colin la rodeó delicadamente con los brazos mientras apoyaba la mejilla en su pelo.

—Abrázame, Colin —le ordenó de nuevo.

Se presionó contra él y volvió la cabeza para buscar su boca.

Colin tensó los brazos y Cassidy gimió satisfecha al sentir su fuerza.

—Te quiero —susurró cuando separaron sus labios—. Y llevo mucho tiempo necesitando decírtelo.

—Me lo decías cada vez que me mirabas —Colin enterró el rostro en su pelo—. Me negaba a creer que me había enamorado de ti, a pensar que podía haber pasado tan rápidamente sin hacer ningún esfuerzo. Prácticamente había terminado el cuadro cuando reconocí que no sería capaz de vivir sin ti —bajó la voz y la estrechó contra él—. Llevo dos semanas volviéndome loco, mirando tu cuadro sin saber dónde estabas o si volvería a verte alguna vez.

—Ahora ya me tienes —musitó Cassidy sin poner ninguna objeción cuando Colin deslizó las manos bajo la camiseta para acariciarla—. Y Vince podrá quedarse con el cuadro.

—No. Ya te dije en una ocasión que hay cosas que no pueden venderse. Ese retrato tiene demasiadas cosas de ambos —sacudió la cabeza y respiró la fragancia de la lluvia en su pelo—. Ni siquiera a Vince.

—Pero yo pensaba...

Comprendió entonces que había sido ella la que había dado por sentado que Vince estaba hablando del retrato. Y sintió una nueva oleada de felicidad al saber que Colin no había querido vender la que ella consideraba una revelación de su amor.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Colin.

—No, en nada —presionó los labios contra su cuello—. Te quiero.

Deslizó la boca lentamente por su mandíbula, saboreando lo que ya sabía suyo.

—Cass. ¿Sabes lo que me estás haciendo?

Cassidy sintió el corazón de Colin latiendo contra el suyo y tensó las manos en su pelo.

—Enséñamelo —le susurró Cassidy al oído.

Con un gemido, Colin la besó. Cassidy podía saborear su deseo y se preguntaba por su intensidad. Su respuesta fue ofrecérselo todo.

—Nos casaremos pronto —musitó Colin antes de tomar de nuevo sus labios. Deslizó las manos por los costados de Cassidy en una larga caricia y la atrajo hacia él—. Muy pronto.

—Sí —Cassidy cerró los ojos satisfecha y apoyó la mejilla contra la de Colin—. Ya tengo el vestido perfecto —suspiró y se acurrucó contra él—. ¿Cómo vas a titular el cuadro, Colin?

—Ya le he puesto un título —la miró sonriente a los ojos—. *La mujer de Sullivan*.



ELEANOR MARIE ROBERTSON. (Silver Spring, Maryland, 10 de Octubre de 1950). Fue la menor de cinco hermanos, la única niña. Fue educada durante un tiempo en una escuela católica antes de casarse muy joven con el Ronald Aufem-Brinke y establecerse en Keedysville, Maryland. Durante un tiempo trabajó como secretaria legal pero permaneció en casa después del nacimiento de sus dos hijos. El matrimonio Aufem-Brinke se divorció.

Comenzó a escribir durante una tormenta en febrero de 1979, y su primera novela, *Irish Thoroughbred*, apareció en 1981, publicada por Silhouette. Para firmar sus novelas románticas ha utilizado el seudónimo de Nora Roberts, diminutivo de su nombre y apellido.

Conoció a su segundo marido, Bruce Wilder, cuando lo contrató para hacerle unas baldas. Se casaron en julio de 1985.

Bajo el seudónimo de J. D. Robb, Robertson también escribe la serie "*In Death*" de ciencia ficción futurística sobre temas policíacos. Las protagonizan la detective de Nueva York Eve Dallas y su marido Roarke y tienen lugar a mediados del siglo XXI en Nueva York. Las iniciales "J. D." son de sus hijos, Jason y Dan, mientras que "Robb" es una forma apocopada de Robertson.

Robertson es famosa por ser muy prolífica. En 1996 superó el listón de las 100 novelas con *Montana Sky*. Escribe ocho horas cada día, todos los días, e incluso trabaja durante las vacaciones.

Muchos lectores y estudiosos de la ficción romántica atribuyen la transformación hacia una heroína romántica más fuerte en parte a la habilidad de Robertson para desarrollar personajes y narrar una buena historia.

Otras autoras de novela romántica se refieren a ella humorísticamente como "The Nora".

Se han rodado más de una docena de telefilmes basándose en sus novelas.